
ALMAS
DURMIENTES
OCTAVI PINA

Almas durmientes

Octavi Pina

ALMAS DURMIENTES

OCTAVI PINA

Título original: *Almas durmientes*

Publicado en 2023 por Octavi Pina

Primera edición: junio de 2023

Diseño de la portada y maquetación: Javier Arroyo

Agradecimientos

Quiero agradecer la paciencia, el apoyo, la colaboración y el cariño (y muchas otras cosas) de mi pareja, familia y amigos en este largo camino. Son ocho años escribiendo, y ellos han estado en todo momento a mi lado. Sin vosotros hubiera sido mucho más complicado. Por el camino, gracias a todas vuestras propuestas, he conseguido enriquecer aún más toda la trama de cada obra.

Especialmente a mi pareja, Marci, quien fue la primera en leer mis esbozos de las tres novelas y me ha seguido apoyando con el tercero día a día. Gracias por todo el apoyo, cariño y por estar todo este tiempo a mi lado. Te quiero mucho, ya lo sabes.

A mis dos mejores amigos, Victor y Lluís, por concederme el honor (y su autorización implícita) de poner sus nombres y parte de su personalidad en dos de los protagonistas de las tres novelas. Os estoy muy agradecido.

Y, cómo no, y no por ser el último, menos importante, agradecer la estrecha colaboración de mi hermano Albert. Por ser tan meticuloso y exigente en muchos aspectos del desarrollo de mi novela, del título y de la sinopsis. Gracias por ser tan pesado con algunas cosas. A algunas no les daba tanto valor y, al final, han sido las mejores ideas. Yo sé que en algunos momentos he sido aún más pesado. Te pido perdón

De verdad, de todo corazón, muchísimas gracias a vosotros y a todos los que me han ayudado, directa e indirectamente, a cumplir mi sueño de publicar esta novela. ¡¡GRACIAS!!

Capítulo 1

Una llamada interrumpió la conversación. Era de la comisaría. Se levantó y cogió el teléfono. Joan Molins era inspector de la unidad territorial de investigación de homicidios de la ciudad de Barcelona.

—Dime.

—Tenemos un caso. Un trabajador ha encontrado un brazo en una de las plataformas del centro de residuos Ecoparc de la Zona Franca —dijo el subinspector. Víctor Linares era su mano derecha en la comisaría como subinspector de policía.

—En media hora estoy allí.

—Lluís también se dirige a la zona. —Joan colgó la llamada y se dio más prisa.

Lluís Montes era otro subinspector del cuerpo y gran amigo suyo desde la escuela. Ellos tres formaban una unidad de homicidios en una de las áreas territoriales de investigación de la ciudad.

Después de la fuga de su anterior comisario, había habido remodelaciones en el escalafón policial. Mònica Castro había ascendido desde su puesto de intendente y ahora era la nueva comisaria. El cambio había sido muy positivo. Y él había sido propuesto para el cargo de inspector. Aún se estaba acostumbrando a las nuevas funciones de mando.

Joan estaba sentado de espaldas a la ventana. Los primeros rayos de sol se colaban entre las persianas y se reflejaban en una de las esquinas de la mesa. Enfrente, su novia Laura. Los dos desayunaban mientras tenían una conversación sobre sus próximas vacaciones. La llamada había interrumpido la charla, pero Laura estaba dispuesta a retomarla ahora mismo.

—Deberíamos ir a un lugar atractivo este verano. He visto un par de sitios interesantes. Pero hay que reservarlo ya.

Joan asintió sin prestar mucha atención. En ese momento, ya tenía el caso en la cabeza, y este absorbía toda su atención. Ella se dio cuenta enseguida y volvió a insistir en ello:

—¿Me has escuchado? Faltan pocos meses.

—Sí, pediré dos semanas de fiesta en el trabajo. Lo prometo. Envíame los enlaces de los dos lugares y luego les echo un vistazo.

Joan tenía que cumplir con la promesa. El año pasado no pudieron

ir a ningún lugar de vacaciones por culpa de su maldito trabajo. Así lo había descrito Laura en su última discusión sobre el tema y no se podía repetir.

Desde su ascenso a inspector hacia un año, no había podido darse un respiro en el trabajo. Un caso detrás de otro absorbían todo su tiempo. Pero también existía un tema personal detrás. Desde la noticia de la enfermedad de su antiguo superior, Sergi, él no había estado centrado al cien por cien en el trabajo. Poco a poco, la enfermedad fue avanzando, y ahora ya se notaban los primeros efectos, principalmente, en la movilidad. En los primeros meses, había intentado acompañar a Sergi al hospital. Y si no llegaba, Víctor o Lluís estaban presentes. Los tres se conjuraron para que Sergi no pasara este trance solo. Eso era primordial, pero el desgaste era descomunal. Laura intentaba estar a su lado en todo el proceso y era un gran apoyo para él. Sobre todo, cuando llegaba exhausto de una de esas jornadas interminables. «Quizás necesito ese descanso más que nadie».

Joan devoró el resto del desayuno y se despidió de Laura con un beso.

—Voy al trabajo, cariño. —Él cogió la pistola, la cartera y salió por la puerta apresuradamente.

Joan llegó a la escena veinte minutos más tarde. El lugar estaba lejos de casa. Por suerte, aún era muy temprano y había poco tráfico en las salidas de la ciudad. Algunas nubes habían cubierto el sol, y el clima era un poco lúgubre. Estaban en una calle del polígono industrial de la Zona Franca, ubicado al sur de Barcelona. Ya se vislumbraba un reguero continuo de trabajadores llegando a sus puestos de trabajo en las naves industriales del polígono. La policía controlaba los accesos a la planta.

Una vez en el interior, un agente lo acompañó hasta el edificio de pretratamiento. Allí había sido descubierto el brazo. Una cinta amarilla recorría el muelle de entrada de los camiones para impedir el paso a gente ajena a la policía. Varios trabajadores asomaban la cabeza por una de las entradas principales mientras dos agentes vigilaban. «Tanta policía llama mucho la atención», pensó él. Cuando entró en el edificio, un olor intenso a basura invadió su nariz. Un agente le ofreció una mascarilla, y él lo agradeció.

En el centro de la planta había un grueso de técnicos de la policía científica, la unidad canina, el forense y unos pocos trabajadores del centro que estaban ayudando a la policía. Accedió por una de las plataformas hasta llegar al punto de entrada de las líneas de residuos orgánicos y del resto a la planta de pretratamiento.

Lluís ya había llegado. Estaba en el centro del perímetro con un

aire despreocupado y un poco ausente. Llevaba su característica larga melena castaña recogida con una cinta y, como siempre, vestía unos tejanos descoloridos y una simple camiseta. La forma de vestir tan informal encajaba perfectamente con su personalidad. «Siempre indomable».

—¿Qué tenemos?

Lluís lanzó una mirada a la derecha. En ese momento, dos profesionales de la policía científica estaban extrayendo el brazo con mucho cuidado. Ellos se acercaron, y pudo comprobar la silueta del miembro amputado lleno de sangre. La parte superior de la extremidad terminaba justo debajo de la zona del hombro. A medida que se acercaban, el hedor era más fuerte. Restos de comida se mezclaban con otros desechos orgánicos y algunos restos de plásticos y cartones. Según Lluís, en este edificio llegaban los camiones, se identificaba el origen, peso y el tipo de residuo. Fue durante la tarea de separación de residuos cuando el trabajador halló la extremidad. Por fortuna, habían hallado el brazo en la entrada al edificio y aún no había empezado el proceso de compostaje. Con este, la materia se convierte en compost.

En la planta de pretratamiento había cuatro líneas separadas con residuos orgánicos y de resto. El brazo había aparecido en la segunda línea, y, gracias a los registros, podían identificar la zona de procedencia. Los agentes de la policía científica, junto a otros policías, estaban delimitando la enorme montaña de basura. La unidad canina también estaba trabajando sobre el terreno para encontrar más partes del cuerpo. Cuando el forense los vio llegar, se retiró para hablar con ellos. Llevaba un mono hasta la cintura, al igual que los otros profesionales, para trabajar entre los desechos.

—Por la longitud, parece un brazo de un adulto. El corte es bastante limpio, hasta la zona del hueso. Seguramente, se hizo con una herramienta muy cortante y de grandes dimensiones.

—¿Estaba muerto cuando se produjo la amputación? —dijo Joan.

—Por la coagulación de la sangre, parece que sí. Pero es muy precipitado aventurar nada.

—¿Podemos saber alguna cosita más? —dijo Lluís.

—De momento es difícil precisar más. Me falta el resto del cuerpo, subinspector. Igualmente, tengo que llegar al Instituto y analizarlo mejor. Os mantendré informados.

Joan asintió y se apartó para dejar trabajar a los técnicos del Instituto Forense.

—Según el registro, el camión venía de la zona de Collserola, concretamente del barrio La Floresta, al sur de Sant Cugat del Vallès

—dijo Lluís.

Joan asintió.

—Quiero que se paralice la actividad de la planta. Se debe empezar por esta línea, y después se ampliará a las otras tres.

—¡Pueden ser días!

—Traeremos más agentes si hace falta. Con la ayuda de los perros será más ágil. Hay que encontrar el resto del cuerpo.

—¡Sargento! —gritó Lluís. Un agente uniformado de unos 40 años se acercó rápidamente. También iba vestido con un mono parecido al del forense.

—Revisen cada línea por sectores. No quiero que se escape un gramo de mierda, ¿entendido? —ordenó Joan.

El sargento asintió y se fue a dar las órdenes a varios agentes. Cada grupo tenía un perro guía que había olfateado el brazo para facilitar la tarea de búsqueda.

Joan miró a su alrededor y localizó cerca del muelle a un trabajador de pie.

—Ese es el empleado que encontró el brazo. —Según Lluís, un agente había hablado con él—. Estaba en la zona de control y se encontró esa sorpresita que sobresalía de una bolsa de color negro.

—Vuelve a charlar con él y confirma su versión. —Aunque Joan sabía que este hombre había encontrado el brazo por accidente. Era un simple trabajador de la empresa.

Unos metros más abajo se escuchó un grito, y, segundos después, vino el sargento corriendo hacia ellos.

—Hemos encontrado la cabeza.

Joan, Lluís y el forense se dirigieron rápidamente hacia allí. Un agente de la policía científica estaba custodiando una bolsa, y uno de los perros estaba olfateándola. Joan dio órdenes para marcar la zona. El forense se abrió paso entre los restos de basura para llegar al lado del agente. Este hizo varias fotografías y, después, con mucho cuidado, abrió la bolsa para sacar la cabeza. Joan intentó enfocar la mirada hacia ese punto, pero era muy difícil distinguir nada. «El olor es insoportable».

Cuando el forense se acercó un poco más, se fijó en el rostro. Este estaba congelado y con una expresión de miedo. «O quizás es su propio reflejo». La cara tenía la boca y los ojos medio abiertos. Esa imagen hizo retroceder a Joan y se tambaleó un poco hacia atrás. Se alejó de la escena para recuperar el aire. El olor de comida podrida se juntaba con la peste de la cabeza medio descompuesta. Aunque tenía un buen estómago y no se mareaba con facilidad, en esta ocasión se había visto un poco superado.

Lluís acompañó a Joan. Cuando había observado esa cabeza, sabía que se enfrentaban a una mente macabra.

—¿Qué opinas? —dijo Joan.

—Esto tiene que ser obra de un puto psicópata. ¿Qué persona humana hace esto? —Joan asintió—. Y son profesionales con pocos escrúpulos —añadió Lluís.

Un agente interrumpió la conversación para informarles de la llegada del juez. Ambos salieron del edificio para encontrarse con él.

Afuera, de pie, al lado de la garita de control, estaba el juez Bruno Izquierdo. Era muy alto, delgado y rubio. Aún no había coincidido con él en ningún caso anterior porque llevaba muy poco tiempo en la magistratura.

—Inspectores, ¿qué tenemos?

Joan relató los detalles del caso y los hallazgos de la cabeza y el brazo.

—He ordenado la paralización de la actividad del centro —dijo Joan.

—Me parece correcto. Debemos ser muy discretos. Si salta a la luz pública, puede crear cierta alarma.

—Eso es inevitable. Los trabajadores ya están al corriente. Y si paralizamos la empresa, la prensa nos saltará encima.

El juez Izquierdo asintió con desgana.

—Hablaré con la comisaria. ¿Me acompañan dentro?

Joan y Lluís acompañaron al juez al primer sector, donde se había descubierto el brazo. Después, se dirigieron al otro sector y hablaron brevemente con el forense. La autoridad judicial se encargaba de la investigación, y el juez debía levantar el cadáver. Una vez realizados los trámites burocráticos, Joan decidió irse.

—Creo que aquí ya no podemos hacer nada más. Tú habla con el testigo e infórmame de las novedades. Yo regreso a la comisaría.

Lluís asintió y se alejó en dirección al muelle donde esperaba el empleado.

Para despejar la mente y quitarse ese olor pestilente de la mente, Joan paró en una gasolinera. Tenía unas ganas insaciables de beber. Así que entró en la tienda y compró una lata de cerveza para quitar el mal gusto de la boca. Bebió un buen trago, y, solo con probar el sabor amargo, le alivió. Nunca había sido un gran amigo de la cerveza, pero últimamente tenía el hábito de beber más de una al día. Le ayudaba a superar mejor ciertas situaciones que en los últimos meses se habían sucedido sin parar.

Capítulo 2

Víctor se dirigía al Instituto Anatómico Forense, cerca del Hospital Clínic y a pocas calles de la comisaría, para recabar más datos de la víctima. No era su lugar preferido y siempre intentaba evitarlo. Era de naturaleza aprensiva y ver un cadáver siempre le imponía respeto. Pero esta vez, Joan y Lluís estaban ocupados y necesitaban la información preliminar. Joan quería visitar a Sergi, y eso se había convertido en una prioridad en los últimos meses. Mientras, Lluís seguía en la escena, en el Ecoparc.

En las últimas horas, habían encontrado el resto de las partes del cuerpo. Seis en total. Estaban repartidas por la primera línea de la planta de pretratamiento, lo que significaba que procedían de la misma zona: el barrio de La Floresta. Eran afortunados, porque ninguno de los restos había pasado al otro edificio.

Cuando llegó a su destino, ya eran pasadas las seis de la tarde. Fue directamente al despacho del doctor. No había nadie, y preguntó a un auxiliar. Este lo acompañó hasta una de las salas forenses. El doctor estaba empezando la autopsia del cadáver. «¡Momento cumbre!», pensó él. Se fijó en su visitante y dejó sus instrumentales a un lado con gran pesar.

Encima de la mesa de autopsias había seis trozos de un cuerpo ligeramente descompuesto, lleno de sangre seca. El cadáver tenía un ligero color azulado que era más intenso en la cabeza que en las extremidades. El olor era perceptible, pero, a esa distancia, aún no llegaba a ser nauseabundo. «Solo voy a estar el tiempo estrictamente necesario», se dijo a sí mismo. Seguramente, habían pasado pocos días desde su muerte. Esperaba que el doctor arrojara luz a sus dudas.

—Aún no tengo casi nada. Solo algunos datos preliminares.

—Lo sé. Pero Joan quiere algo ya.

El doctor asintió con desgana.

—La impaciencia no es un buen compañero de viaje.

Víctor hizo caso omiso al comentario. Luego, el forense se fue a un ordenador del fondo de la sala y enseñó las primeras averiguaciones.

—Introduje las huellas en la base de datos cuando llegué al Instituto y envié el ADN a la científica. El ordenador arrojó un resultado. —El doctor introdujo unos parámetros y mostró la pantalla

al subinspector—. La víctima se llama Paco Alonso.

Víctor miró la ficha y descubrió un primer dato interesante. Estaba en la base de datos de la policía porque había desaparecido su hija Marina unos meses atrás. Aún no se había resuelto el caso.

—¿Puedo imprimir una copia de la ficha? —dijo Víctor.

El doctor asintió. Fue un momento a su despacho y regresó con varios papeles. Entonces Víctor miró el cuerpo de forma involuntaria, y los dos se acercaron. El doctor iluminó el cadáver con una lámpara de gran potencia situada justo encima del cuerpo. Cuando él se acercó, el olor a podrido fue aumentando, y prefirió guardar una cierta distancia. El doctor, al ver su incomodidad, le ofreció una mascarilla, y él aceptó agradecido.

—Tiene varias heridas de cuchillo en el torso y el abdomen. Parecen de poca profundidad. Por el *rigor mortis*, puedo calcular que su muerte se produjo hace unos dos o tres días. Cuando termine la autopsia, podré precisar un poco más. Ahora coja unos guantes.

Víctor miró al doctor con incredulidad, pero estaba hablando totalmente en serio. Se quedó inmóvil. Entonces el doctor cogió los guantes y se los puso encima de sus manos. No iba a tener mucha paciencia, así que Víctor se colocó los guantes y, después, lo ayudó a dar la vuelta al cuerpo. Estaba frío y medio entumecido, pero también un poco blando por la descomposición. A él le vinieron unas arcadas. El doctor puso mala cara y le enseñó una papelera por si no aguantaba el impulso de vomitar. Víctor aguantó sin casi respirar y se fijó en un dibujo de la espalda de la víctima.

—¿Qué es este extraño grabado? —dijo Víctor como pudo.

—No lo sé. He enviado una fotografía a la científica. Está marcado a fuego, como si fuera un animal. Una salvajada. Ellos te darán más información.

Con la imagen del grabado marcado a la espalda, mezclado con el olor a podredumbre y un poco a quemado, Víctor no pudo reprimir sus ganas de vomitar. Dejó el cuerpo en manos del doctor y se fue corriendo hacia la papelera. En su huida, aún oyó unas últimas palabras del doctor:

—¡Qué poco estómago tenéis algunos policías! —le pareció que renegaba el doctor.

Llegó justo a tiempo para sacar toda la comida del mediodía dentro del recipiente. No había resistido más. Respiró hondo, cogió los documentos y salió de la sala de autopsias sin apenas despedirse. Necesitaba recuperar la compostura y alejarse de ese olor a carne quemada impregnado en sus orificios nasales. Se sentó en una silla y se puso a leer el informe mientras se recuperaba un poco más. Así,

distraía su mente con otra cosa.

Joan subía unas escaleras de un edifico muy antiguo cerca del barrio Gótico. El ascensor, como otras veces, estaba estropeado. Iba a visitar a su amigo Sergi, que vivía en el segundo piso. Antes de entrar, recibió la llamada de Víctor informándolo de las novedades y de la identificación de la víctima. Por su manera de hablar, la visita al forense no había ido del todo bien. Su amigo era bastante aprensivo.

Él pidió la dirección de la familia de Paco. Según Víctor, solo tenía a una exmujer, la propia madre de Marina. Después de la visita a Sergi, iría a ver a esa mujer.

—¡Joan! ¡¡Qué alegría más grande!! Pasa, pasa —dijo Sergi invitándolo amablemente a entrar.

La última visita a Sergi había sido hacía tres semanas. Demasiado tiempo, pero había estado desbordado en el trabajo. Igualmente, en su interior se sentía culpable porque eso no podía ser una excusa. Siempre decía que la salud era lo primero.

—Perdona por haber tardado tanto tiempo. Lo siento.

—¡Qué va! Ya sé cómo es el trabajo. Te absorbe. ¿Quieres tomar algo?

—No sé… ¿Tienes una copita de ese licor tan delicioso? —dijo Joan con la boca un poco empalagosa. Tuvo que repetirlo una segunda vez para que Sergi lo entendiera.

—¿De este? —dijo Sergi mientras le enseñaba una botella de Baileys.

Sergi sonrió y asintió. Joan se desplomó en el sofá. Cuando Sergi regresó, este preguntó por las novedades en la comisaría. Mientras, Sergi rellenó la copa hasta arriba. Antes de hablar, Joan tomó un sorbo, y un repentino calor entró por la garganta hasta llegar al estómago. «Qué rico», pensó él.

Sergi siempre quería escuchar sus casos. Era una manera de no desconectar de su día a día como policía y sentirse parte de la familia.

—Tenemos una nueva investigación. Supongo que habrás oído algo en las noticias. Un caso tenebroso… —Sergi asintió, pero por la expresión en la cara, quería oír todo por su propia boca. Joan sonrió —. Ya hemos recuperado el cuerpo entero, y tenía impreso a fuego un dibujo extraño en la espalda. No me acuerdo si Víctor me ha dicho algo más… —terminó Joan con alguna dificultad en la dicción.

Sergi se puso a reír, y Joan se extrañó un poco.

—De todo el caso, tú te preocupas del dibujo. Te he enseñado a fijarte bien en los detalles importantes.

—Todo es muy extraño. No aparece un cuerpo a trozos cada día, pero el dibujo ese me inquieta mucho. Me da mala espina.

Joan contó las otras averiguaciones, pero tuvo que repetir algunas palabras varias veces. Tenía la boca un poco empalagosa y le costaba pronunciar bien. Sergi, finalmente, le dio un único consejo:

—Sigue tu instinto. —Joan asintió.

Él llenó otra vez el vaso con ese licor tan bueno. Estaba delicioso. Y cuando tomó un par de sorbos más, la cabeza se le nubló un poco. «Quizás he tomado demasiado».

—Quizás ya has tomado demasiado —dijo Sergi apartándole la copa del alcance de la mano.

Joan, sin rechistar, quiso cambiar de tema e interesarse por el avance de su enfermedad, pero Sergi no quiso soltar nada. Según él, ya tenía suficientes preocupaciones con los médicos para, encima, hablar de ellas.

Siguieron hablando de temas insustanciales unos minutos más hasta que Joan se levantó. Al girar a la derecha, tropezó con la pata de la silla y cayó al suelo de rodillas. Cuando se levantó, rápidamente, se sintió un poco mareado. Él reparó en que Sergi lo estaba mirando fijamente. Parecía tener una cara de reprobación, pero no le hizo mucho caso.

Los dos se despidieron, y Joan también se fijó en la cojera de una de las piernas de Sergi. Esa señal era nueva. Él se quedó preocupado mientras bajaba la escalera, aún con alguna dificultad. Luego, llamó otra vez a Víctor para confirmar la dirección de la exmujer de Paco. «Se me ha ido de la cabeza».

Ella residía al otro lado de la ciudad, así que tardaría casi media hora en llegar al destino. Al salir a la calle, respiró el aire puro, y la neblina de su cabeza empezó a desaparecer poco a poco.

La madre de Marina vivía en un pequeño piso de la periferia, al norte del barrio de Sant Andreu, en una zona de bajo estrato social. Varias noches, había peleas entre bandas. Según las investigaciones, se habían mudado pocos meses atrás. Los gastos de los detectives privados habían sumido a la familia casi en la pobreza. Además, de nada había servido. Y luego había llegado la separación de los padres.

El nombre de la exmujer era Anna. Aún no se le había notificado la muerte de su exmarido. Dar este tipo de noticias no era un trago nada agradable.

Ella misma abrió la puerta tras identificarse Joan como policía. Cuando le dio la fatal noticia, ella se derrumbó en el sofá y empezó a llorar. Él le acercó un pañuelo, y ella aceptó.

—Cuando he visto a la policía, pensaba que habían encontrado a Marina. No me esperaba esta noticia —ella pronunció estas palabras entrecortadamente. Intentó respirar hondo y lanzó una pregunta—:

¿Cómo ha sido?

—Aún es muy pronto para saberlo. Estamos trabajando en ello. —Él hizo una pausa—. Tengo que hacerle unas preguntas. —Ella asintió —. ¿Cuándo habló con él por última vez?

—Hace una semana. Me llamó para contarme que tenía una pista sobre la desaparición de Marina. —Según ella, Paco estaba investigando por su cuenta.

—¿Le contó algo más?

—No, solo eso. Cuando insistí, me dijo que me avisaría cuando tuviera algo cierto.

Joan asintió, y en ese momento la mujer se levantó y le ofreció algo de beber. Aceptó y pidió una cerveza. Ella se disculpó por haber sido tan descortés. Cuando regresó de la cocina, él bebió un poco y, luego, formuló la siguiente pregunta:

—¿Dónde estuvo hace dos días?

—Pasé el día con una amiga. —Joan le preguntó si estuvo en algún lugar en concreto, y ella asintió. Le entregó la tarjeta de un restaurante a unas manzanas de su casa. Comprobaría la coartada más tarde.

—¿Cuánto tiempo lleva Marina desaparecida?

—Seis meses sin ninguna pista. Cuando me llamó Paco, la esperanza resurgió dentro de mí. Estaba cerca, y alguien se encargó de silenciarlo. Han sido los mismos que tienen a Marina. Estoy segura —dijo Anna bastante exaltada.

—Si es así, me encargaré de que paguen por su crimen. —Joan puso una mano sobre el hombro de Anna para intentar tranquilizarla.

—No quiero oír más promesas, inspector.

—Lo entiendo. —Joan se tomó una pausa para recordar cual iba a ser la siguiente pregunta. Por fin, la encontró—: ¿Cuál era la relación entre Paco y su hija?

—Muy buena. Eran uña y carne. Iban a todos los sitios juntos, aunque en los últimos años se habían distanciado un poco.

—¿Por?

—La rebeldía de la adolescencia. Se vuelven insoportables. Luego, cuando ella desapareció, Paco se volvió loco.

—¿Marina había tenido algún comportamiento o actuado diferente en los últimos días?

—Ya contesté a estas preguntas mil veces…

—Lo sé, pero haga un esfuerzo.

—No, ella se había ido a vivir con una amiga al poco de cumplir los 18 años. La típica rebeldía de su edad. Siempre ha sido una chica muy fuerte y con carácter. —Anna volvió a llorar cuando recordó a su

hija.

—Hablaré con el inspector del caso de su hija y haré todo lo posible por encontrarla. Se lo aseguro. —Joan se levantó y le entregó su tarjeta—. Llámeme si recuerda cualquier otra cosa que nos sea de utilidad.

Ella asintió.

—Así lo haré, inspector.

Joan estaba casi debajo del umbral de la puerta cuando realizó una última pregunta:

—¿Cuánto tiempo llevaba separada de su marido?

—Formalmente, unos tres meses. Pero el matrimonio no funcionaba desde hacía más tiempo.

—¿Y cuál era el motivo?

—El amor se fue consumiendo, y la desaparición de Marina fue la estocada final. Discutíamos continuamente. ¿Por qué?

—Por nada. Le mantendremos informada. —Joan se despidió, y Anna cerró la puerta.

Capítulo 3

Al salir de casa de la exmujer, Joan llamó a Víctor.

—Comprueba la coartada de Anna e investiga las últimas semanas de la vida de Paco.

—¿Oculta algo ella?

—Según ella, él estaba investigando por su cuenta. Quizás pidió algún favor a alguien. Habla con amigos y con su jefe en el trabajo.

—¿Qué crees?

—Creo que Paco encontró una pista y por este motivo lo mataron. Estaba cerca de encontrar a su hija Marina.

Joan creía que si seguían los pasos de los últimos días podían llegar a la misma conclusión y así estar más cerca de encontrar a Marina.

—Ahora mismo me pongo a ello —dijo Víctor.

—Investiga también sus finanzas y las de la víctima.

—De acuerdo.

Luego, Joan realizó otra llamada a su otro amigo mientras se dirigía hacia casa. Unas horas antes, Lluís había confirmado la versión del empleado del Ecoparc.

—Mañana hablaré con los compañeros de Marina en el instituto. Ella estaba en el último curso de formación profesional —dijo Lluís.

—Víctor investigará desde la comisaría. A ti te quiero sobre el terreno. Sigue los pasos de Paco.

Joan también compartió muy brevemente las conclusiones de la conversación con la exmujer de Paco, y luego se despidieron.

Ya eran casi las nueve de la noche cuando cruzó el umbral de la puerta de su piso. Laura había quedado con unas amigas, pero estaría a punto de llegar. Fue al dormitorio y, luego, a la cocina para preparar la cena. Cuando estaba terminando, Laura llegó. Le dio un beso y se fue a dar una ducha rápida. Estaba bastante cansada. Ella trabajaba en un periódico como redactora, y había sido un día muy ajetreado en la redacción. Joan iba a abrir un vino, pero ella declinó el ofrecimiento. Igualmente, él se puso una copa.

Laura le contó la bronca de su jefe a otro compañero por redactar mal el cuerpo de una noticia.

—Si hay suerte, moverán al inútil de mi jefe a otro departamento y

quedará el puesto vacante. —Joan se rio del comentario, pero ella no hizo mucho caso de la interrupción. Se disculpó, pero no había podido reprimir el impulso por el comentario de su novia. «Un sorbo más y dejo el vino por hoy», se dijo.

Laura tenía la intención de ocupar ese cargo y ser la nueva redactora jefa. Joan le mostraba todo su apoyo. Llevaba cinco años allí y era una de las más veteranas. En un periódico siempre había mucha rotación y era complicado mantenerse mucho tiempo en un mismo puesto de trabajo.

—Espera el momento ideal y ataca a la yugular de tu adversario —dijo Joan después de recuperarse del ataque de risa.

—Parece que tenga que cazar a una presa. —Joan asintió y dibujó una sonrisa en los labios.

Después, ella se interesó por su trabajo, aunque estaba bien informada porque todos los periódicos habían cubierto la espectacular noticia. Ya se imaginaba los titulares del día siguiente: «Desconocido aparece troceado en la principal planta de residuos de Barcelona». O alguna cosa similar. El pensamiento provocó varias carcajadas aún más exageradas. Laura no entendía nada, preguntó si se encontraba bien, y él asintió. Ella prosiguió con la conversación, pero su rostro mostraba un poco de incredulidad.

—Somos más humanos de lo que piensas, cariño. —Laura le tocó la mejilla suavemente, pero él tenía ciertas reservas sobre esta afirmación.

Se serenó de nuevo y contó las averiguaciones de la policía a lo largo del día.

—De momento no tenemos nada nuevo. La víctima estaba investigando por su cuenta el caso de la desaparición de su hija, Marina.

Después contó muy brevemente los primeros hallazgos de la autopsia. No quería preocuparla demasiado y tampoco revelar todo el contenido. Igualmente, no estaba preocupado por las revelaciones, porque uno de sus pactos implícitos era no divulgar nunca ninguna conversación que ocurría entre aquellas paredes. Aunque pudiera ser la gran exclusiva del año. Así, Joan se sentía con total libertad de compartir las novedades con ella. Laura vio en los ojos de Joan una latente preocupación que no tenía nada que ver con el caso actual.

—¿Aún sigues ocupando tu mente con la desaparición de tu antiguo comisario?

Joan se sorprendió por la agudeza de Laura. Había dado en el clavo, pero fingió una cierta despreocupación con la que no logró engañar a su prometida.

—¿David? De eso hace ya prácticamente un año… Está casi olvidado.

—De ese *casi* me preocupo. No han aparecido nuevas pistas desde que aterrizó en ese país remoto sin opciones de extradición. Sé que lo has pasado mal durante este tiempo. Te has sentido traicionado y no hemos hablado mucho de ello.

Aunque Laura tenía razón, él no quería hurgar en la herida. Era un tema pendiente que tarde o temprano debería cerrar. Hasta ese día, no habían tenido noticias de David. La Interpol también seguía de cerca las cenizas de la organización Los Inferno. Según los últimos informes, había reaparecido en Brasil, pero no tenían muchos más datos.

La comisaria había ocupado su puesto y había ordenado investigar los papeles del escritorio y los datos del ordenador del antiguo inquilino. De ello, sacaron varias conclusiones. La principal fue que su colaboración con Los Inferno venía de meses atrás, incluso un año y medio. Con cuantiosos sobornos al principio y poder después, el excomisario había proporcionado información muy valiosa a la organización criminal. La elección de este comisario y no de otro se debía a que David Camps tenía ciertas opciones de ascender a la comisaría central. Además, Ricardo Ferreira, el líder de la banda de Los Inferno, había movido algunos hilos y contactos para que ese nombramiento fuera realidad más pronto que tarde. Pero hacía unos pocos meses, David no se conformó y quiso ganar más poder. De esta manera, había traicionado a Ricardo para, seguramente, hacerse con el control total de la organización.

Joan regresó a la conversación, pero, con un gesto conciliador, hizo entender que no quería sacar a relucir el pasado, y Laura no insistió más. Cuando habían tocado este tema, siempre había terminado de la misma forma: en un silencio sepulcral por parte de Joan, y él era muy consciente de ello.

Una vez terminada la cena, ambos se fueron a la cama, y él cayó rendido a los pocos minutos.

«Joan estaba sentado en un asiento de primera clase de un avión. Bebía una copa de *whisky* cuando la aeronave realizó una maniobra a la derecha acompañada de varias turbulencias. Él preguntó a la azafata por el desvío, y esta lo tranquilizó. Pero, acto seguido, otra sacudida fue la antesala de un movimiento más brusco, y la aeronave empezó a descender a gran velocidad. Una sirena sonaba con estruendo en los oídos de Joan mientras avanzaba lentamente en dirección a la cabina. Le costaba llegar a su destino, hasta que alcanzó la puerta. El supuesto piloto giró la cabeza y apareció el rostro sonriente del excomisario David Camps. Él intentó arrebatarle los

mandos del avión, y empezaron a pelearse. Poco a poco, con el prolongado descenso, la aeronave se acercaba peligrosamente a tierra. Él cada vez sudaba más mientras intentaba noquear a David. Pero cuando ya era inevitable el impacto, él cruzó los brazos, y el avión se estrelló…».

Joan se levantó de la cama, sudoroso y con la respiración muy agitada. Había tenido otra vez la misma pesadilla que otras noches. El recuerdo de Laura sobre los acontecimientos de hacía un año había despertado los fantasmas otra vez. Él se incorporó silenciosamente y se dirigió a la cocina. Las ganas de sostener una copa de *whisky* entre sus manos era una de las imágenes que se le repetían en la mente. Abrió la nevera y cogió una cerveza ante la ausencia de alguna bebida más fuerte. Con pocos tragos, se bebió la lata entera y, aún con el recuerdo de la pesadilla en la mente, regresó a la cama. El alcohol había relajado su cuerpo, y se encontraba mucho mejor.

Sonó un timbre, y una estampida de alumnos salió disparada hacia el patio del instituto. Lluís estaba en el Instituto de la Escuela de Trabajo, dentro de la Escuela Industrial. Fuera, en el pasadizo, apoyado en una columna, estaba esperando a los compañeros de Marina. La directora del centro habló primero con los chavales para informar de la trágica noticia, y luego se dirigieron a una sala de visitas para hablar tranquilamente. Aunque había salido en todos los telediarios, aún no se había divulgado el nombre de la víctima. Lluís fue al grano:

—Creemos que el padre de Marina había encontrado alguna pista sobre su paradero. Necesito que repitáis todo lo que contasteis a la policía hace unos meses.

Los chavales parecían cansados de contar siempre la misma historia, pero la directora insistió. Uno de los chicos, finalmente, contó todo el relato otra vez. Con su forma de hablar se entendía que había repetido esa narración varias veces. Se la sabía de memoria.

—¿Conocíais hace mucho a ese chico?

—Unas semanas. Se juntó mucho con Marina, y se enrollaron.

Lluís asintió.

—¿Alguno de vosotros habló con Paco recientemente?

Todos asintieron. Y una de las chicas cogió el testigo de su compañero:

—Vino aquí hace poco más de una semana. Quería los detalles de la última noche con Marina.

Lluís confirmó el nombre del bar con ellos. Se llamaba La Palometa, en el barrio de Sant Antoni. En el informe policial ponía que el inspector del caso ya había interrogado al propietario. Pero iba

a ir otra vez allí para confirmar la visita de Paco.

—¿También hablasteis sobre su extraño novio?

Los jóvenes se miraron entre ellos sin responder. Lluís esperó y clavó la mirada en uno de ellos. Este se vio intimidado y finalmente respondió:

—Sí, se lo dijimos. Después de esto, se fue.

Lluís se dio por satisfecho, agradeció la ayuda y cogió el coche para dirigirse al centro de la ciudad.

El bar tenía la persiana medio bajada. En el rotulo ponía las letras «La Palometa». Estaba en una calle del barrio de Sant Antoni, bastante cerca de la Avenida del Paral·lel. Lluís se agachó, pasó el brazo por debajo y picó a la puerta de cristal. Un muchacho se acercó y abrió el cerrojo. Lluís enseñó la placa y entró en el local. Se presentó como subinspector de policía.

Solo había encendidas un par de luces, y era complicado ver la dimensión de todo el local. Al fondo de la sala, había un pequeño escenario para actuaciones, y a su izquierda, había un rincón con unos sofás para sentarse cómodamente mientras tomabas una copa. También había algunas mesas pegadas a las paredes, y en el centro de la sala, había una pista de baile. «Es un bar musical muy coqueto». Lluís se aproximó a la barra y se sentó en un taburete.

—¿En qué puedo ayudarle, subinspector? —El nombre del camarero era Martin. Tenía una media melena castaña, llevaba gafas y en su rostro destacaban unas grandes pecas. El chico le ofreció una cerveza, y Lluís aceptó.

—¿Puedo hablar con el propietario?

—Ha salido. Vendrá por la tarde. —Lluís puso una mueca de fastidio por este contratiempo. El camarero trabajaba a jornada completa desde hacía casi un año, así que estuvo presente la noche de la desaparición de Marina. «Me sirve su testimonio».

—Estamos investigando un asesinato. ¿Conoce a esta persona? —Martin se acercó a la fotografía y dudó en la respuesta.

—Me suena, pero no sé decir…

—Se llama Paco Alonso y es el padre de una chica desaparecida hace seis meses aquí, Marina. —Lluís sacó otra fotografía para refrescar la memoria del camarero. Esta vez, Martin sonrió y recordó a los dos.

—Sí, ahora recuerdo. Este hombre vino hace unos días por aquí. Habló con mi jefe. Quería toda la información sobre la noche en que desapareció su hija. —Martin había recuperado la memoria.

—¿Por qué no recordaba a Paco cuando le he enseñado la fotografía? Según usted, hacía pocos días de su visita.

—Subinspector, ¿sabe cuánta gente entra aquí cada día? Es imposible recordar todas las caras, incluso sobre un tema tan sensible como este —dijo Martin en un tono un poco sarcástico que no gustó mucho a Lluís.

Él asintió con desgana y se interesó por la información revelada a Paco. Martin volvió a explicar los sucesos de la noche de la desaparición de Marina y cómo se marchó con un joven que coincidía con la descripción del informe policial. Era un chico de entre 20 y 25 años, moreno, con una media melena negra y bastante atlético. Esta descripción incluía a más de la mitad de los jóvenes de la ciudad, pero era la única pista.

—¿Cuántas veces vio a ese joven por aquí?

—Un par de veces, no más —dijo Martin.

Lluís se dio por satisfecho con la última respuesta.

—Le doy mi tarjeta por si recuerda algo más. Sería muy importante para nosotros. —Lluís se levantó y se despidió de Martin.

La información coincidía letra por letra con el informe del inspector del caso de Marina. Paco había conseguido lo mismo, pero, con la revelación de estas averiguaciones, alguien se había puesto nervioso y lo había quitado del medio. «Tiene que haber alguna vinculación directa con este bar», pensó él. De momento, esta era la opción más plausible.

Capítulo 4

Un joven de unos veinte años entró acompañado por una chica de la misma edad. Se adentraron en una mansión gigante, y el vestíbulo daba buena prueba de ello. El suelo de mármol de color blanco relucía tanto que incluso llegaban a reflectarse las imágenes de los dos desconocidos en él. Por el pasadizo de la derecha se acercaba, lentamente, un hombre mayor con un bastón. Se llamaba Patrick, aunque allí dentro se le conocía como líder supremo.

—Joseph, ¿eres tú?

—Sí, padre. He regresado.

—¿De dónde vienes?

—De caza —dijo Joseph entre sonoras carcajadas. Mientras se jactaba de su habilidad, Patrick le golpeó con el bastón en una de las piernas. Pero cuando iba a golpear de nuevo, Joseph agarró el bastón y lo tiró para atrás.

—¡No me vuelvas a pegar! —dijo Joseph muy irritado.

—Pues la próxima vez obedecerás mis órdenes. Eres demasiado atrevido e ingenuo. Ya hay demasiadas almas para sanar. —Aún con el enfado en todo su auge, Patrick notó la presencia de una desconocida. Se acercó y puso una de sus manos en el rostro, como si estuviera palpando un objeto. La chica se apartó y se asustó al ver sus ojos en blanco. Chilló varias veces hasta que Joseph la hizo callar.

—Es un nuevo regalo para ti, líder supremo —dijo Joseph, agachando la cabeza, en un intento de calmar los ánimos del líder. Él sabía cómo aplacar la ira del viejo.

—Prepárala, entonces —dijo Patrick muy complacido. La ira había desaparecido de su rostro, y sus facciones habían regresado a la normalidad.

Joseph asintió y llamó a otra chica. Por una de las puertas laterales, apareció una joven muy hermosa acompañada de un guardia. Rubia, con un brillo especial en el pelo que deslumbraba al propio Joseph. Él se quedó boquiabierto con su belleza y no pestañeó durante varios segundos.

Sin mediar palabra, ella agarró a la chica nueva y la acompañó hasta su nuevo hogar. Joseph los siguió. Ambos se dirigieron al piso superior, entraron en una celda y dejaron a la invitada en la cama.

—Aquí puedes cambiarte y asearte un poco.

Luego, tanto él como la misteriosa chica salieron. Joseph cerró la puerta y besó apasionadamente a esa hermosa joven de cabello rubio y piel tan clara. Los dos se acercaron más hasta notar el contacto con su piel. Este acercamiento erizó el vello de Joseph, pero, en ese momento, la chica se apartó de golpe. Joseph hubiera mantenido ese beso hasta la eternidad. Cuando regresó a la realidad, pronunció unas pocas palabras de agradecimiento:

—Agradece a tu amiga el chivatazo tan valioso de esta mañana.

—¿Ha funcionado?

—Sí. Me gustaría conocer a la compañera que te está ayudando —dijo Joseph.

—¿Para qué?

—Para ser agradecido.

—No hace falta. Ya se lo agradezco yo.

—¿Me ocultas a tu amiga?

—Quiere mantener el anonimato. —Joseph asintió y no insistió más. A él no le gustaban los secretos porque le ponían muy nervioso. Así que, dentro de poco, averiguaría la identidad de esa amiga desconocida.

Al anochecer, Joseph regresó a la misma celda. Iba vestido con una túnica de color negro hasta los pies. Una pequeña luz en el techo alumbraba el rostro de la invitada. La chica estaba levantada y vestida con otra prenda de color blanco. «Está preparada». Ella entrecerró un poco los ojos, y Joseph le dio unas palmaditas en la espalda. Aún estaba adormilada por los efectos de los somníferos. Ella volvió a recobrar el sentido, y Joseph abrió la puerta.

Ambos descendieron por la escalera principal y se dirigieron a la zona trasera de la casa. Entraron en un viejo almacén con estanterías llenas de latas de comida, y uno de los guardianes abrió un portón del suelo. Volvieron a descender por unas escaleras y, después, entraron en una enorme sala con numerosas columnas. Estaban en el interior de un santuario. El espacio era cuadrado y las paredes eran de piedra natural. Por los cuatro lados descendían unas escaleras hasta llegar al centro. La iluminación era muy tenue porque solo había algunas antorchas colgadas en las columnas y en las paredes del recinto. La decoración, la arquitectura y la vestimenta de todos los desconocidos reunidos allí eran de otra época. Como si hubieran viajado a un tiempo pasado.

En los escalones del fondo, justo en la parte superior, estaba llegando Patrick para sentarse encima de unas almohadas. «Llega tarde», pensó él. Otro desconocido, rubio y muy musculado, se sentaba

a su lado. Se llamaba Tony, era el guardaespaldas del líder supremo e íntimo enemigo de Joseph. Los dos se acercaron lentamente ante la atenta mirada de varios jóvenes, la mayoría vestidos con túnicas de color blanco y solo unos pocos, con unas prendas de color rojo.

Ellos dos sortearon al público y subieron los primeros escalones. Cuando llegaron arriba del todo, Joseph obligó a la joven a inclinarse y le sujetó la barbilla hacia arriba. Ella miró a Patrick y se asustó de nuevo. Esa mirada vacía inquietaba a cualquier ser humano, y aún más en ese entorno tan tenebroso.

La chica temblaba de miedo y no podía estar quieta. Joseph, en cambio, disfrutaba con el sufrimiento ajeno y esa sensación de poder le gustaba mucho. Él sujetó con más fuerza a la desconocida y los temblores cesaron.

Mientras esto sucedía, abajo, entre el público, su amante acababa de llegar. Se había sumado más tarde que el resto de los compañeros. «¿De dónde saldrá esta?». La inquietud por desconocer el secreto de ella cada vez era más acusada, y él no lo soportaba. Eso debía terminar.

Un sacerdote con la túnica roja se acercó con un cáliz en la mano, se lo entregó a Joseph y este obligó a la chica a tomar el líquido del interior del recipiente. Aunque opuso cierta resistencia, fue inútil y la chica terminó bebiendo el contenido. El resto de los presentes hicieron el mismo movimiento.

Luego, Patrick sacó una mano de debajo de la túnica. Joseph acercó otro cáliz, y Patrick, con la ayuda de Tony, introdujo dos dedos dentro. Estos salieron impregnados de un polvo gris, concretamente de ceniza. La joven, medio drogada, se intentó resistir, pero Joseph le sujetó la cabeza con más fuerza y le susurró unas palabras al oído.

—Obedece y será todo más fácil. Esto, de momento, no duele. —Entonces Patrick se acercó y le dibujó una cruz en la frente. Mientras, Joseph se giró junto a la chica y alzó los brazos—. DÉMOSLE LA BIENVENIDA A NUESTRA HUMILDE MORADA —gritó Joseph.

Todos, sin excepción, jalearon sus palabras y gritaron de júbilo. Entonces Joseph abrió la túnica de la chica por la espalda y la estiró encima de un altar de piedra. Mientras él la sujetaba, el mismo sacerdote anterior se acercó y le tatuó un grabado en la piel.

El breve ritual de presentación terminó con la entrega de una medalla. Ya tenían un nuevo miembro dentro de sus filas, y Joseph estaba orgulloso de su contribución.

Capítulo 5

Por la tarde del día siguiente a la aparición del cadáver de Paco, Joan acudió a la oficina forense. La autopsia había terminado con revelaciones interesantes que quería conocer de primera mano. «Y Víctor tampoco estaba listo para una segunda visita casi consecutiva», pensó él. El doctor estaba sentado en su despacho terminando un informe. Joan pidió permiso y entró. Ambos se saludaron y entraron en materia.

El forense confirmó el intervalo de tiempo de la muerte.

—Hace tres días, entre las ocho y las once de la noche. —No podía precisar más por culpa de la desmembración del cuerpo y el entorno donde había sido descubierto. Joan cogió el informe y empezó a leer las primeras frases mientras se dirigían a la sala de autopsias.

Una vez delante del cadáver, el doctor levantó la sábana que cubría el cuerpo y siguió con la exposición:

—Los cortes fueron hechos *post mortem*. Con un hacha bien afilada. Fíjate. —Según el forense, la forma del corte indicaba que había sido hecho por este tipo de herramienta, y la coagulación de la sangre significaba que la víctima ya estaba muerta. Joan se fijó en la sangre y en algunos huesos astillados.

Al doctor siempre le gustaba dejar el plato fuerte para el final. Normalmente, nunca indicaba la causa de la muerte al principio, y así fue esta vez. Ahora puso la atención en las heridas del torso.

—Estas son diferentes. Encontré la punta de un cuchillo en el interior de una de las heridas. Había cinco perforaciones en total, muy irregulares y poco profundas, menos la última. La asesina empleó un poco más de fuerza, y por eso se rompió la punta. —Según él, estas heridas habían sido hechas por una persona más joven y débil. En cambio, la desmembración fue realizada por un varón de entre 25 y 35 años, de complexión muy fuerte—. Hace falta mucha fuerza y dominio para cortar un hueso.

—¿Ha dicho «la asesina»? Entonces, ¿hay dos responsables de su muerte?

—Así es. Como mínimo. Y le puedo decir aún más: he encontrado un pelo rubio en el cuerpo, concretamente en el interior de una de las cinco heridas del torso. De una mujer. Lo envié a la científica.

—¿Las dos acciones fueron consecutivas? —preguntó Joan.

El doctor negó con la cabeza.

—Pasaron unas dos o tres horas entre ellas.

Joan no daba crédito a las revelaciones. Había dos asesinos, un hombre y una mujer, y, además, entre la muerte y la desmembración habían transcurrido varias horas. «Increíble».

—¿Causa de la muerte?

—Con estas pequeñas heridas, tardó varios minutos en desangrarse y morir. En el lugar del asesinato tiene que haber mucha sangre. —Joan asintió—. Y una última cosa… —El doctor consultó unos datos con el ordenador—. El informe toxicológico muestra restos de un sedante muy potente en la sangre.

—¿Estaba dormido?

—Es posible. Han pasado varios días y es difícil precisar la cantidad. Pero hay evidencias, sí.

—¿Alguna prueba más?

—No. Este hombre sufrió bastante. Enviaré el informe al juez. —Joan asintió, y el forense añadió—: Espero que encuentren a los responsables. ¡Suerte, inspector!

Joan se despidió del forense y se dirigió directamente al laboratorio analítico de la división de la policía científica. Allí tenían las muestras del cabello, la punta del cuchillo y los grabados en el cuerpo.

Unos minutos más tarde, estaba entrando por la puerta del laboratorio. Esperó un par de minutos más, y uno de los técnicos salió a su encuentro. Lo siguió.

El técnico abrió el ordenador y buscó el informe de la investigación. Empezó por el pelo.

—Hemos podido extraer ADN y estamos estudiándolo. Los resultados tardarán un par de días más.

—¿Qué más tiene?

—Sobre la punta del cuchillo, es un cuchillo normal, de cocina. Pero no puedo decir mucho más porque el trozo es minúsculo.

—¿Y los grabados de la espalda? —dijo Joan.

—Estaban marcados a fuego. Como indicó el forense, también fueron impresos *post mortem*. Uno de los dibujos es una calavera con dos huesos entrecruzados —dijo el técnico mientras mostraba la representación—. Simboliza el veneno y también es el símbolo de la muerte. El otro no se puede ver con claridad. He enviado las fotografías a la científica de la unidad de investigación criminal especializada en crimen organizado de otra comisaría para saber si coincide con alguna organización, secta o grupo clandestino. —Joan

se acercó a la fotografía. Efectivamente era una calavera normal y corriente. La otra foto, en cambio, estaba muy borrosa por las quemaduras en la piel.

—¿Te han respondido ya?

El técnico asintió.

—Coincide con un caso de dos jóvenes encontrados a las afueras de la ciudad, cerca de Collserola. Hay varias similitudes. —El investigador le facilitó el nombre del inspector que llevaba la investigación, y Joan se fue directamente a la otra comisaría.

Llegó a la comisaría del inspector Vázquez media hora más tarde. Este era el inspector encargado del caso, formaba parte de la Región Metropolitana Norte, y la comisaria estaba situada en Sant Cugat del Vallès. Esta abarcaba una gran parte de la zona de Collserola. El inspector era un hombre de mediana edad, moreno y con un aspecto un poco creído, según pudo comprobar rápidamente en el primer intercambio de palabras.

—¿Usted es el inspector del caso del mutilado ese?

Joan se quedó perplejo ante las palabras utilizadas por el inspector para hacer referencia a Paco. Él, molesto, le indicó que la víctima tenía nombre y merecía un mínimo de respeto. El inspector Vázquez ignoró esta indicación y le entregó un dosier.

—Aquí está todo nuestro caso. Dos tipos apuñalados con extraños dibujos impresos en la piel. A fuego. Eso tuvo que doler —dijo Vázquez con cierta ironía. Joan obvió el último comentario y leyó el informe, de unas pocas páginas.

Según la documentación, los jóvenes fueron encontrados en un callejón oscuro al este de la ciudad, al lado de unos contenedores de basura. Era una zona muy próxima a Collserola, en dirección a Cerdanyola del Vallès. «Todo tiene relación por aquí». En uno de los contenedores había un dibujo de un pentagrama invertido de color rojo. En los cuerpos, tenían marcados unos dibujos con la misma técnica y varias puñaladas de poca consideración en el torso, muy parecidas. Además, tenían varios moratones de diferente consideración repartidos por el cuerpo. En el grabado del primer joven había una cabra con unos cuernos, y en el otro, un ojo enorme. Debajo de estos grabados, también había un tatuaje un poco emborronado. Uno tenía marcado el número 45, y el otro, el 51. No sabían el significado. Un *modus operandi* muy parecido, a excepción de la desmembración de las extremidades y de la cabeza, y de los números en la espalda.

Cuando levantó la cabeza del informe, Vázquez estaba observándolo con mucho detenimiento. Tuvo la sensación de que no

era bienvenido a ese lugar y el inspector quería marcar su territorio.

—¿Ha encontrado la científica algún significado?

—Vamos a verlo. Usted primero.

Se dirigieron a otra planta, donde estaba ubicado un pequeño laboratorio de la propia comisaría. Un joven salió a su encuentro.

—Todos los símbolos tienen algún significado en la simbología antigua. La cuestión es encontrarlo —respondió el chico ante la pregunta de Vázquez. Joan esperó, pero, al ver que ese joven no pronunciaba ninguna palabra más, insistió en ello:

—¿Y bien? —dijo Joan.

—Ay, disculpadme. ¿Por dónde iba? —Vázquez estaba muy tranquilo. «Creo que ya está acostumbrado a estos lapsus». Pero Joan estaba empezando a perder la paciencia. «No hay ni uno normal en esta comisaría».

—Nos iba a contar el significado. ¿Se puede centrar? No tengo todo el día…

—Sí, sí. Calma, inspector. —Joan aún se enfureció más, pero se mantuvo callado—. El ojo como símbolo de vigilancia, es el rey del infierno, Lucifer. La cabeza de la cabra es el símbolo del dios de los brujos; es una manera de burlarse de Dios. Y el pentagrama es más conocido, representa a Satanás.

Joan iba bastante flojo en historia y no conocía el primer símbolo. Vázquez parecía igual de perdido, por la pregunta que formuló a continuación:

—¿El asesino es un empollón de los símbolos antiguos?

—Puede ser. Pero tampoco hace falta ser un especialista. Puede ser un simple aficionado —dijo el técnico dejando en ridículo a los dos policías.

—¿Y las impresiones de mi víctima?

—El símbolo de la calavera tiene varios significados. Desde el veneno o la muerte, tal como indicaba su compañero, hasta la identificación de los piratas. Pero si juntamos este con los otros símbolos, me decantaría por la muerte. Y el otro dibujo es ilegible. No está bien impreso en la piel. Una chapuza. —El técnico tampoco sabía nada de los números tatuados debajo de los grabados. Podían ser cualquier cosa.

—¿Podría ser parte de algún ritual? —dijo Vázquez.

—Sí, satánico —dijo el técnico.

Joan asintió.

—¿Alguna anomalía en los análisis? —dijo Joan cambiando radicalmente de tema.

—Sí, tenían restos de un sedante y de la droga de la escopolamina.

Joan puso cara de incertidumbre, y Vázquez se dio cuenta.

—Claro. En sus barrios pijos no están acostumbrados a esta clase de drogas. Se conoce como burundanga. Esta sustancia logra controlar la voluntad del individuo —dijo con sarcasmo. Joan obvió otra vez el comentario del inspector, pero, a la tercera vez, recibiría una contestación y no sería agradable.

—Ya había oído hablar de esta droga, pero no dentro de nuestras fronteras, inspector. No soy estúpido.

—En esta zona de la montaña, entre Sant Cugat y Cerdanyola, ya hay un par de bandas traficando con esta sustancia.

Terminaron con el técnico y los dos inspectores regresaron a la mesa de Vázquez.

—Así que la muerte, el ojo vigilante, el dios de los brujos y el pentagrama. Los jóvenes traicionaron al asesino, y Paco… ¿Puede tener relación con alguna de sus bandas? —dijo Joan.

—¿«Mis bandas»? —Vázquez se revolvió en su asiento.

—Sí, ya me ha entendido, inspector. Mi víctima fue abandonada en contenedores de basura del barrio de La Floresta —dijo Joan, perdiendo de nuevo la paciencia.

—Pues no. No hay ninguna de mis «bandas» que utilice estos símbolos satánicos, se lo puedo asegurar. ¿Y usted puede explicar cómo llegó el símbolo a su víctima? —Vázquez arrastró mucho la última palabra, y Joan ya no pudo aguantar más sus indirectas.

—¿Tiene algún problema con la educación o conmigo? No recordaba que los de las provincias fueran tan maleducados.

—¿Provincias? Ustedes se creen el centro del mundo, y no me gustan los polis pijos del centro. Ven un caso así y se escandalizan. Nosotros tenemos investigaciones escabrosas cada día. Las bandas de la periferia pueden ser muy violentas para marcar su territorio.

—No he venido aquí para discutir sobre la delincuencia de la periferia. —Joan ya estaba harto, pero no quería empezar un enfrentamiento, porque, aunque no le gustara, necesitaba la colaboración del inspector. Así que cerró el conflicto—. Si usted me mantiene informado sobre sus avances, yo haré lo mismo. Si no, cada uno puede ir por su cuenta. —Y Joan se alejó y salió del despacho. Estaba claro que el inspector ocultaba información. Sabía bastante más de lo que contaba, pero no iba a compartir nada con él. De momento, poca colaboración podría recibir de un individuo así.

Él salió tan alterado de la comisaría que por dentro le volvieron a crecer las ganas de tomar un buen trago. Era un cosquilleo incesante, casi imperceptible. Entró en el primer supermercado 24 horas y compró unas minibotellas de ron Bacardi. Abrió la primera y bebió la

mitad. El calor del alcohol bajando por la garganta le reconfortó. En las últimas semanas, beber le ayudaba a olvidar ciertos asuntos.

Capítulo 6

Víctor había hablado con amigos, familiares y compañeros de trabajo de la víctima en estos dos últimos días. La conversación más jugosa fue con el jefe de Paco. Según este, la víctima había pedido una baja voluntaria del trabajo para asuntos personales, aunque le había confesado que quería encontrar a su hija por su cuenta. Los dos tenían muy buena relación y le alertó del peligro, pero Paco cada vez estaba más hundido y necesitaba hacer algo para localizar a su hija. Seis meses son mucho tiempo, y esto confirmaba la versión de Anna, su exmujer.

Por otra parte, tanto la familia como los amigos también habían corroborado que Paco estaba sumido en una profunda depresión. Víctor buscó informes médicos para saber si estaba siguiendo algún tratamiento, pero no había encontrado nada. También preguntó por la relación con su exmujer y su hija. Era buena, esa era la respuesta que recibió de todo el mundo. «Así que, las discusiones se quedaban en casa». No había fisuras entre ellos hasta la desaparición de su hija. En ese momento, su matrimonio se desmoronó. No aguantó la enorme presión. Esa última versión era un poco diferente de la de Anna.

Por último, había confirmado la coartada de la exmujer. Estuvo todo el día con una amiga y fue vista en el restaurante por varios testigos. También fue localizada por una cámara de un centro comercial unas horas más tarde con esa misma amiga.

Víctor, en esos momentos, estaba sentado en la mesa de su casa terminando la comida. Su mujer, Romina, a su lado, estaba muy orgullosa de las últimas semanas en el trabajo de Víctor, pero seguía teniendo esa convicción en la mirada. Él ya intuía el recorrido de la conversación.

—Con el ascenso de Joan, creo que tienes un poco más de libertad y han aparecido tus cualidades —dijo Romina.

—Es posible. Joan siempre me ha tenido en mucha consideración.

—Sí, pero te tienes que alejar de su alargada sombra. —Ella volvía con el tema habitual—. Tienes que cambiar de aires. Eres muy capaz. Lo estás demostrando últimamente.

—Ya lo sé, pero ya te he dicho que no quiero cambiar de comisaría. Aquí conozco a los compañeros y me siento muy a gusto.

—Así nunca vas a tener responsabilidades de mando. Joan siempre estará por encima.

—Y me siento cómodo así. Creo que ya te lo he dicho mil veces —dijo Víctor forzando una sonrisa.

—Si te lo repito tantas veces… Da igual. ¡Sigue a tu bola!

Romina se levantó de la mesa y fue a la habitación para ver si el niño dormía. Él aprovechó ese instante para levantarse, coger las cosas y despedirse. Ella no salió del cuarto para darle un beso, y él se fue sin decir nada más. Esta conversación se había repetido varias veces en los últimos meses. Su mujer siempre destacaba por ser muy sincera y directa. Por un lado, agradecía la preocupación. Pero, por otro lado, empezaba a estar un poco agobiado y no soportaba tantos comentarios en esa dirección. Echaba de menos un poco más de cariño, comprensión y respeto con su decisión. Él nunca había tenido un carácter fuerte y en la escuela había sufrido mucho.

«Estaba sentado en un rincón del patio de la escuela. Comía su bocadillo del desayuno solo, apartado del resto de niños, que jugaban al futbol. Un pelotazo impactó en la pared, muy cerca de él, y se asustó un poco. Uno de los niños más mayores del curso se le acercó en tono burlón. Le tiró el bocadillo al suelo, y, en lugar de defenderse, él se agachó y escondió la cabeza. El resto de los chicos se acercaron y se rieron de él mientras le insultaban. Finalmente, él salió corriendo hacia el edificio para refugiarse cerca de un profesor. Con la protección de su tutora, él se sentía más seguro». Estos pensamientos se filtraron en su mente por culpa de la discusión con Romina y le hicieron dudar de si había cambiado o no. Seguramente, si ahora se hubiera encontrado a estos mismos chicos, el desenlace hubiera sido muy diferente. Él había aprendido a defenderse y se hubiera enfrentado a ellos. Pero él destacaba por otras virtudes, y Joan las había encontrado y le había ayudado a explotarlas en los últimos años.

Víctor regresó a su puesto de trabajo cuando recibió una llamada de la policía científica. Tenían una buena pista, y se dirigió hacia el laboratorio.

—Hemos localizado el teléfono de la víctima. —Según le contaron, pidieron una orden al juez para localizar el móvil a través de la compañía telefónica, pero este procedimiento tardó más de lo habitual. Hasta hacía unos pocos minutos no habían obtenido resultado, y entonces le habían avisado

—¿Dónde? —dijo Víctor.

—En un descampado de las afueras de la ciudad, entre los barrios de La Floresta y Las Planas. No muy lejos de donde apareció nuestra

víctima y los cadáveres de esos dos jóvenes de la otra comisaría.

Víctor asintió, se fue y mandó una patrulla de la policía a la zona. Cuando esta llegó, unos minutos más tarde, encontraron una sorpresa: un coche calcinado.

«No podía ser casualidad». Víctor envió a la policía científica e informó a la comisaria y al juez. Luego, terminó con unas tareas antes de dirigirse al nuevo escenario, al cabo de un par de horas.

Aparcó justo delante de la cinta amarilla. La policía había acordonado la zona, y la científica estaba trabajando en el terreno junto a miembros de la comisión judicial. Víctor enseñó la placa y pasó por debajo de la cinta.

Estaban en medio de la nada. Era un descampado gigante cerca de la carretera que conectaba Barcelona con Sant Cugat del Vallès, y, en el centro, había un coche calcinado. El olor a quemado era muy perceptible. Él se acercó a uno de los policías de la científica.

—Cuando los policías llegaron, no había nadie cerca. —Este técnico le entregó una bolsa de pruebas. Dentro había un teléfono móvil con la carcasa rota. Por suerte, el teléfono estaba fuera del coche y se había salvado de las llamas. Se puso unos guantes y buscó entre las últimas llamadas. Había un par de números desconocidos y también la llamada a su exmujer. Nada más. Aunque, si los asesinos no habían quemado el teléfono, era porque no tenía ninguna información de interés.

—Intenten localizar estas dos llamadas y todos los datos del teléfono. —El técnico asintió y dejó el teléfono en el interior de la furgoneta. Ahora la prioridad era el coche, donde había un par de técnicos más.

Víctor se acercó para conocer los avances.

—Es un modelo Seat de color rojo. No puedo decirle nada más porque la matrícula está destrozada.

Eso era suficiente para Víctor. Ese era el coche de Paco.

—¿Hay evidencias de violencia? —preguntó Víctor.

—Sí. —El técnico salió del coche y mostró una mancha enorme a unos metros del vehículo—. Hemos encontrado una gran cantidad de sangre. Enviaremos una muestra al laboratorio.

—¿Y dentro?

—¿Ha visto el estado del coche? Necesitaré más tiempo para responder a esta pregunta.

—Seguramente, los asesinos desplazaron el coche hasta esta zona para descuartizarlo y deshacerse de él cerca de aquí.

Víctor llamó a Joan, quien había estado prácticamente desaparecido durante la mañana.

—Busca en las cámaras de tráfico. Quiero saber cuándo llegó el coche aquí y su recorrido —dijo Joan. Víctor no había pensado en esta posibilidad. La carretera tenía algunas cámaras de tráfico instaladas en los carteles y podían localizar el vehículo con la matrícula. Porque, aunque el coche estaba calcinado, habían confirmado el modelo y el color y coincidían con los de la víctima. Y en la base de datos de la policía estaba la matrícula.

Víctor obedeció al instante y llamó a tráfico para que iniciaran la búsqueda durante los cuatro últimos días. Iba a ser una tarea complicada y podían tardar varias horas.

Unas horas más tarde, Lluís salía de casa cuando sonó su teléfono móvil. Era Joan.

—¡Regresa al bar inmediatamente! —su voz sonaba muy alta, como si estuviera muy enfadado. Pero también como un poco empalagosa. No pronunciaba muy bien algunas palabras.

—¿Por qué?

—¡Te han engañado! El chico del bar no es el camarero. —Lluís seguía sin entender nada, y Joan le contó su visita al inspector de la unidad de desaparecidos que llevaba el caso de Marina. Según este, el bar La Palometa estaba regentado por una pareja mayor y no tenían contratado a ningún camarero. A Lluís le costó seguir el argumento de Joan porque seguía sin pronunciar bien las palabras, como si tuviera algún objeto en la boca. Finalmente, y con bastantes apuros, Lluís logró atar los cabos. «No puede ser. Me ha engañado delante de mis propias narices. Maldita sea».

—Voy para allá ahora mismo.

—Ve con cuidado. El propietario del bar se llama Mario. Averigua lo que ha ocurrido y quién es ese joven.

—¿Dónde vas tú?

—Voy con Víctor al descampado ese. Tenemos una pista sólida —dijo Joan.

—¿Has sacado alguna información más del inspector?

—Sí. —Joan contó que, al principio, habían investigado a la familia como posibles sospechosos, pero muy pronto apareció el posible novio de Marina y se centraron en él. No encontraron ninguna información sobre él, era como un fantasma. Tampoco reclamaron un rescate. Entonces también barajaron la posibilidad de la fuga con el novio. Ella había abandonado la casa familiar pocos meses atrás, y quizás quería alejarse aún más fugándose con el novio. La familia descartaba esta posibilidad. Vinculaban la emancipación de su hija a las ganas de conocer el mundo y tener más libertad. El padre y la madre insistieron en que no había nada más, y los policías tampoco

encontraron ningún motivo plausible para una posible fuga—. Me ha facilitado el informe del caso.

—¿Y ahora?

—Llevan buscando al supuesto novio desde hace meses y no han encontrado ningún indicio. Se ha esfumado.

—¿Fumado?

—¿Qué? ¡No! Esfumado. Desaparecido —dijo Joan un poco enfadado.

—Hablas raro… No te había entendido. La gente no desaparece así como así. Tiene que estar en algún lado.

—Están desbordados de trabajo y tienen los recursos muy limitados. Marina es una de muchos. —Lluís volvió a poner mucha atención para entender todas las palabras de Joan.

—Es vergonzoso.

—Es la realidad. No hay más —dijo Joan para finalizar la conversación.

Lluís colgó, cogió su coche y salió a toda velocidad para llegar a La Palometa cuanto antes. Pronto iba a ser de noche, y el local estaría abarrotado de gente. No quería ser uno más dentro del bar. Necesitaba la máxima atención del propietario.

La persiana estaba arriba del todo, pero la puerta de cristal estaba cerrada. El marco de color marrón no era muy bonito a plena luz del día y sin la persiana de por medio. Dentro había algunos clientes, pero aún estaba bastante vacío. Entró, localizó a un hombre mayor detrás de la barra y le enseñó la placa. Este le confirmó su nombre y se identificó con su DNI. «No puedo cometer otro error».

—Vine ayer por la mañana y hablé con un muchacho. Se hizo pasar por camarero.

—No tengo contratado a nadie más. Es imposible, señor.

—¿Dónde estaban metidos usted y su mujer ayer por la mañana?

—Mi mujer estaba en nuestro piso, que comunica con el bar, y yo salí a hacer un recado. Regresé al mediodía. —Mario sacó la cabeza por la puerta trasera y llamó a su esposa. Una mujer regordeta apareció detrás de él.

—Este policía dice que ayer por la mañana le atendió un chico joven aquí en el local.

—Yo estaba ahí detrás. No entró nadie por la mañana, que yo recuerde. Pero no me encontré nada bien ayer.

—Es cierto. Por la tarde me quedé yo solo porque ella estaba indispuesta. Estaba muy mareada. —«Qué extraño», pensó Lluís. Ofreció la descripción del joven al matrimonio, y ambos negaron conocer a alguien parecido.

—Piensen un poco, venga…

—No conocemos a nadie así. Lo siento.

—¿Cómo es posible que me atendiera un tipo que ustedes no conocen?

—No le puedo dar una explicación. Y mi mujer no lo recuerda —dijo Mario un poco mosqueado.

Lluís se disculpó un momento, se apartó y llamó a Joan. Le explicó la versión de Mario.

—Está claro. La mujer no recuerda nada porque fue drogada con escopolamina. ¿Entiendes?

—Con la misma droga… Entonces, el joven es el asesino.

—O está involucrado. No adelantemos acontecimientos. Avisaré al juez para ponerlo en busca y captura con la descripción disponible.

Lluís no había caído en esta posibilidad, pero era muy plausible. Se despidió de Joan y regresó a la barra.

—Me temo que ese joven regresó por aquí y drogó a su mujer. Por eso estaba tan mareada y no recuerda nada de esa mañana. Después, el muchacho se hizo pasar por camarero. —«Es evidente que el chico está involucrado en la desaparición de Marina».

Los dos se escandalizaron y Mario abrazó a su esposa. Tenía los ojos casi fuera de las órbitas.

—¡Malnacidos! Podrían haberte hecho daño. ¿Cómo pueden existir personas así? —dijo Mario casi para sí mismo, y dio un beso a su mujer.

—Aún tengo un par de preguntas más. ¿Recuerda la visita del padre de Marina hace un par de semanas?

De repente, un hombre sentado al final de la barra reclamó la presencia de Mario.

—¡Jefe, ponme otra pinta! —exclamó con un grito. Mario envió a su esposa para llenar la jarra de cerveza del desconocido sediento. Lluís, molesto por la interrupción, clavó la mirada en el desconocido. El local estaba oscuro, y no lograba verlo con claridad. Debía de tener unos 50 años, y de la barbilla le colgaba una espesa barba medio canosa. «Tiene pinta de matón de barrio», pensó él.

Cuando se acercó la mujer, Lluís oyó que preguntaba por él.

—¿Un poli? —contestó el desconocido, y luego escupió en el suelo.

Lluís tuvo la tentación de ir a su encuentro, pero Mario siguió con la conversación, y, así, volvió a centrarse. Aunque, sin querer, seguía teniendo la cabeza en el misterioso individuo.

—Conté la misma versión que al anterior policía. Le di la descripción del joven. Solo lo había visto un par de veces o tres en mi bar y siempre acompañado de la chica ¿Por qué pregunta por el

padre?

—Hace un par de días lo encontramos muerto en extrañas circunstancias.

—¿Asesinado?

—Muerto. —Lluís no confirmó ni desmintió la afirmación de Mario y realizó la siguiente pregunta—: ¿Mostró interés en algo?

—Quiso saber más cosas del joven desconocido. Nosotros no sabíamos más, y no encajó muy bien la negativa.

—¿Se puso violento?

—No. No llegó a ese punto. Pero se fue bastante cabreado del bar. Buscaba más respuestas, y no se las pudimos dar.

—¿Estos últimos días han notado algo raro?

—No, nada —dijo la mujer, una vez había vuelto de servir al otro hombre. Mario negó con la cabeza.

—¿Dónde estaban el domingo entre las ocho y las once de la noche? —Lluís ya conocía la respuesta, pero era una pregunta obligatoria en estos casos. Por poco se olvidó de hacerla como en otras ocasiones.

—Aquí, en el bar. Como todas las noches. Estaba lleno. Le puede preguntar a ese grupo de allí. Son clientes habituales. —Lluís se dio por satisfecho. Confirmó la coartada con esos clientes y luego se despidió.

Pero antes de salir, volvió a dirigir la mirada hacia el misterioso desconocido. Este no le quitaba un ojo de encima, y eso le puso más nervioso. Lluís no pudo reprimirse, se dirigió con paso firme y se encaró con el hombre.

—¿A ti qué te pasa? Porque no me quitas los ojos de encima, ¿eh?

—No me caen bien los maderos de mierda como tú —dijo el desconocido mientras se levantaba de su taburete. De pie, su figura imponía más respeto, incluso medía unos centímetros más que él.

—Ni a mí, los matones de barrio como tú —dijo Lluís acercándose más y chocando su barbilla con la parte alta del pecho del hombre. Él le levantó la manga del brazo derecho y descubrió la impresión de un tatuaje de una famosa banda criminal. Por su aspecto, este había estado en prisión no hacía mucho tiempo. «Me lo imaginaba».

—Acércate más y te parto la cara.

—¿Quieres regresar al hoyo de donde acabas de salir? —dijo Lluís mientras le mostraba la culata de la pistola. Esa pregunta, junto al movimiento de coger el arma, aún enfureció más al individuo. Este empujó a Lluís, y casi perdió el equilibrio. Logró mantenerse de pie, regresó junto al individuo, le dobló el brazo y lo empotró contra la barra mientras sacaba las esposas. El individuo reía a carcajadas

mientras Lluís le torcía el brazo con fuerza.

Entonces un hombre del otro grupo se levantó y quiso poner un poco de paz entre ellos.

—No vale la pena. Ha bebido demasiado y es un cascarrabias. Nada más.

—Ha faltado al respeto y agredido a un policía. Se viene conmigo. ¿Alguien más le quiere acompañar? —gritó Lluís, imponiendo su autoridad, mientras se dirigía a la salida. Antes, se giró de nuevo, clavó la mirada en el otro individuo y se fue.

Al salir del local, metió al sospechoso en el coche y llamó a Víctor para informarle del pequeño altercado y de las nuevas averiguaciones que había comentado con Joan.

Lluís, de camino a la comisaría, meditó los acontecimientos. Estaba muy enfadado consigo mismo porque había sido engañado por un niñato. Seguramente no tendría más de veinticinco años, como mucho. Pero si se había arriesgado a regresar al lugar de la desaparición era por algo muy importante. Lluís no lograba encontrar el motivo y se estaba estrujando la cabeza. «¿Quién sería este misterioso joven?».

Al llegar a la comisaría, metió al individuo del altercado en una de las celdas.

—Vas a pasar toda la noche aquí de reflexión. —Y cerró la puerta con fuerza mientras el sospechoso se quejaba amargamente.

—¡Eso es una violación de mis derechos! ¡Te vas a cagar!

Lluís se alejó de allí mientras aún se escuchaban algunos reproches e insultos más.

Capítulo 7

Unos gritos resonaron por el pasillo. Provenían de una de las habitaciones del fondo de la primera planta. Joseph se estremeció y corrió hacia allí. «Ella no». Sus peores miedos se colaron en su mente. Abrió la puerta con fuerza y encontró a Patrick encima de ella. Esa visión repugnante confirmó sus temores. Joseph lo agarró por el cuello y lo tiró al suelo. Patrick puso una mano en el suelo para evitar golpearse la cabeza. Aunque era ciego, él había trabajado mucho para que su discapacidad no supusiera un problema. Su estado de forma y su orientación eran excepcionales.

—¡¡Suéltala, viejo!! ¡¡¡Ella es mía!!!

—Es de los dos, ¿lo recuerdas? —dijo Patrick levantándose ágilmente del suelo con ayuda del bastón.

Las normas eran muy claras. Ellos dos tenían acceso a todos los jóvenes. Podían disponer de ellos cuando quisieran, pero únicamente Patrick tenía la última palabra. Aunque con esta chica era diferente. Joseph estaba enamorado de ella y no soportaba verla con otro hombre. Ni aunque fuera su padre.

—Ella no.

—Aprende la lección. No te encapriches de una furcia como ella. —Patrick negó con la cabeza en repetidas ocasiones—. Aún eres demasiado joven, impertinente e impulsivo. Respeta a los mayores.

—Ella no es como las demás. Es especial. Su alma es pura.

—No te dejes engañar. Todos son pecadores e impuros y merecen el mismo castigo. Aún te faltan muchas lecciones para mandar.

Joseph no quería seguir escuchando. Aunque el cerebro estaba con su maestro, el corazón no. Ya sabía cuáles serían las próximas palabras. Le soltaría el rollo de su experiencia y cómo su desmesurada ambición lo puso en apuros varias veces. Por una parte, Patrick solo quería protegerlo para que no cometiera el mismo error, y lo comprendía. Era como un hijo suyo. Pero, por otra parte, ya estaba harto de sus órdenes absurdas. Quería mandar. La sola perspectiva de la dimensión de esa palabra le hacía crecer su ego hasta proporciones inimaginables.

—Te falta humildad. Eso lo adquirirás con el paso de los años —dijo Patrick en un tono mucho más cariñoso. Incluso se acercó y puso

su mano en la barbilla.

—Sí, mi maestro. Como digáis —dijo Joseph apartando la mano de Patrick amablemente.

—Tú y yo tendremos otro encuentro, querida —dijo Patrick dirigiéndose a la joven. Ella se horrorizó aún más y se pegó a la pared.

Otra persona irrumpió en la habitación en ese preciso momento. Era Tony, el responsable de seguridad de la organización, si se podía llamar así a un lugar como el suyo.

—Todo está en orden. Solo ha sido un malentendido —dijo Joseph. Tony lo miró con desconfianza. Solo se movió cuando oyó la voz de Patrick. Este le ordenó que esperara fuera un minuto, y el guardia obedeció.

—Seré más humilde para llegar a la cumbre de la sabiduría —dijo Joseph. Patrick, satisfecho, se acercó, le besó la frente y se fue.

En esta organización se aprovechaban de jóvenes abandonados que vivían en la calle o se habían escapado de algún orfanato o reformatorio. Con la excusa de una mejor vida, de comida y cama, los jóvenes acudían voluntariamente a su llamada. Pero luego se encontraban en un lugar hostil donde la promesa de un sitio seguro se esfumaba entre las rendijas de las ventanas. Solo vivían para satisfacer los caprichos del líder, y este los maltrataba y abusaba de ellos a su antojo. El miedo y el castigo, mediante escabrosos rituales, eran la única herramienta para adiestrar a estos jóvenes.

Los pocos chicos que obedecían y se acostumbraban a esta vida empezaban a tener cierta libertad de movimientos y dormían en las habitaciones de la primera planta. Los otros seguían viviendo en la oscuridad de las celdas del sótano.

La mayoría de los jóvenes tenían problemas con la bebida, las drogas o eran simples ladrones. Algunos pocos tenían familias pobres que nunca volverían a saber nada de sus hijos.

Desde los comienzos, el grupo había sufrido muchos altibajos y cambios. Pero en los últimos años, y con su ascendencia en el organigrama de la organización, los cambios se habían estabilizado y tenían la mansión llena de nuevos discípulos. Joseph era más arriesgado en la búsqueda de nuevas víctimas y por eso había empezado a reclutarlos en bares y salas de fiesta de la ciudad. El éxito era evidente, y Patrick estaba orgulloso de él.

Patrick era su padre adoptivo. No recordaba a su verdadera familia. Llegó a un orfanato a los pocos meses de la muerte de sus padres, y Patrick le había enseñado todo en esta vida. Desde el principio, aprendió el oficio y, con catorce años, acudió al primer ritual. Fue un estímulo sin precedentes. Luego, cuatro años más tarde,

llegó el desgraciado accidente de su padre, y entonces tuvo que hacerse cargo de la organización con una mayoría de edad recién cumplida.

En los últimos meses, los desencuentros con su padre habían ido a más. Tenía la sensación de que muchas veces luchaba entre el respeto a su padre y el amor de esta joven que tenía robado su corazón.

Joseph se giró hacia la chica. Ella aún estaba muy asustada, acurrucada en un rincón de la cama. No era la primera vez que sufría un intento de agresión. Por suerte, Joseph también había llegado a tiempo esta vez. Se acercó lentamente y le posó una mano encima de las rodillas. Su cuerpo temblaba de miedo, pero, al sentir su caluroso tacto, sus temblores fueron disminuyendo hasta desaparecer por completo. Joseph dibujó una pequeña sonrisa en su cara.

—No quiero que se acerque más a mí.

—Tranquila. Ya se ha ido y no te volverá a tocar. Te lo prometo.

—Debes acabar con él. Tu hora ha llegado.

—Lo haré, lo haré —dijo Joseph acercando el rostro de la joven a su pecho para consolarla mientras esbozaba una cínica sonrisa.

Capítulo 8

Ya era bien entrada la tarde cuando Víctor recibió la llamada de los compañeros de la delegación de tráfico. Habían localizado el vehículo y habían delimitado su recorrido hasta pocos kilómetros de su posición. Concretamente, un par de salidas más adelante en dirección a Valldoreix. Antes de llegar a esta población, solo había tres o cuatro urbanizaciones en el barrio de La Floresta desde donde podía haber salido el coche.

Inmediatamente, informó a Joan y mandó una patrulla con las fotos de Paco, Marina y la descripción del vehículo a cada una de las urbanizaciones. Si tenían suerte, algún vecino habría visto algo y pronto tendrían buenas noticias. Joan se dirigía hacia allí para encabezar la búsqueda. «¿Dónde se ha metido Joan? Debería haber llegado ya…».

Al cabo de pocos minutos, apareció el inspector Vázquez. Víctor aún no había coincidido con el inspector, solo había oído hablar de él de boca de Joan. Vázquez quería hablar con el inspector al mando. Pero el policía con mayor rango, en ese momento, era Víctor y él acudió a su encuentro. Cuando se presentó como subinspector, una sonrisa maliciosa se dibujó en el rostro de Vázquez. «Seguramente, piensa que soy una presa más fácil». Su tono altivo así lo demostraba.

—Me gustaría saber por qué cojones no se me ha informado de este hallazgo. También es mi investigación.

—Porque de momento solo tiene vinculación con la muerte de Paco. No creímos necesario…

Vázquez interrumpió a Víctor bruscamente:

—¿Quién no lo creía? ¿Usted?

—No, yo mismo —dijo una voz detrás del inspector. Vázquez se giró repentinamente y se topó con Joan. «Por fin ha llegado». Víctor se percató de que Joan tenía un aspecto extraño, y pronto se confirmaron sus sospechas.

—Nos volvemos a encontrar, inspector —dijo Vázquez haciendo el amago de darle la mano.

—Sí, siempre es una piedra en el camino —soltó Joan sin ningún miramiento. Se movía de un lado para otro sin mucha estabilidad y pronunciaba algunas palabras con dificultad.

Vázquez también sospechó de su comportamiento.

—¿Cómo se atreve a aparecer en estas condiciones?

—¿Qué condiciones? —Joan se acercó y se quedó a pocos centímetros del rostro de Vázquez—. Estoy perfectamente para lidiar con usted. No se preocupe por mí —Joan alzó la voz más de la cuenta y algunos agentes curiosos se pusieron a mirar la escena. Víctor se interpuso para poner un poco de paz y alejarse del grupo de policías. Agarró a Joan por el brazo y lo arrastró unos metros más lejos. Cuando Víctor se acercó, notó el olor a alcohol en su aliento. «Nunca había visto a Joan así», pensó él.

—Joan, tómate un respiro. Haz el favor. —Joan se soltó de Víctor y se alejó un poco más. Él le ofreció un poco de agua y le dio un chicle para camuflar el olor insoportable a alcohol. Después, Víctor fue a disculparse ante Vázquez, pero creía que el daño ya estaba hecho. Había demasiados testigos de la conducta irregular de Joan, y eso no se pasaría por alto.

—Voy a hablar con su superior. ¡Esto es inadmisible! —dijo Vázquez indicando el olor a alcohol del aliento de Joan. Insistió en la mala conducta de Joan un rato más hasta que Víctor quiso finalizar la conversación.

—Solo ha tomado alguna copa. El estrés nos afecta a todos.

—¿Alguna? Lleva bebiendo todo el día…

—¡Por favor, inspector! ¿No ha cometido nunca un error? Olvídelo… —Víctor se quedó mirando fijamente a Vázquez para ver si cambiaba de opinión.

De repente, recibió un aviso por radio. Le informaban de que un vecino en una de las urbanizaciones había reconocido el vehículo. Era una muy buena noticia. Concretamente, el vehículo había sido avistado en la urbanización Les Escales.

Víctor corrió hacia Joan, le informó de la noticia, y Vázquez se interpuso.

—No está en condiciones de ir a ningún sitio. Bueno, sí…, perdona, hay un sitio donde tratan estos problemas.

Joan se volvió a encarar a Vázquez, y Víctor los separó rápidamente.

—Usted no es mi superior. Yo voy donde quiero sin su permiso —dijo Joan aireado y apuntándole con un dedo.

—Vázquez, si nos quiere acompañar, no habrá ningún problema —dijo Víctor para apaciguar un poco los ánimos.

Finalmente, los tres subieron al vehículo y se dirigieron hacia allí. Joan aún parecía un poco mareado, sentado en la parte trasera, pero se mantuvo callado durante el corto trayecto. Y Vázquez apenas cruzó

un par de palabras con Víctor. Durante el recorrido, pensó en otro episodio del pasado.

«Joan había sufrido un incómodo episodio en la academia, una broma muy pesada que se les había ido de las manos a unos juerguistas. Y Joan se vengó de ellos de una manera fría y calculadora. De él había aprendido mucho, pero esa fue una clase maestra.

Era el día anterior a su graduación. Estaba enfrente del espejo de uno de los baños. Él y Lluís acompañaban a Joan. Iban a ayudarlo con una pequeña misión. La idea era apartar de la policía a esos malnacidos que habían hecho pasar a Joan el peor momento de su vida. No se merecían ser policías. Esperaron un rato más en los baños hasta que entraron unos chicos. Regresaban de una de sus últimas juergas. Ellos tres se escondieron en las duchas. Cuando esos tres muchachos entraron dentro de los compartimentos de los retretes, Joan, Víctor y Lluís, cada uno golpeó al unísono una de las puertas y se abalanzaron sobre ellos. Sin tiempo de respuesta, él cogió a uno de los chicos y le puso la cabeza dentro del retrete. Sus dos amigos hicieron el mismo movimiento. Él había cogido al más corpulento del grupo, y, por un momento, le recordó a ese chico mayor de la escuela. Se intentó resistir, pero le propinó dos golpes en el estómago. Cogió un par de pastillas y se las introdujo dentro de su boca. Era éxtasis, y, por lo tanto, iban a tener un viaje importante.

Luego, se colaron en el anfiteatro y los ataron, desnudos, a tres sillas con la boca tapada. Apagaron las luces y se fueron. Unas horas más tarde, minutos antes de la graduación, Joan se volvió a colar para destapar la boca y desatar las manos de esos tres chicos y así poder ser testigos del gran espectáculo. Los efectos de la droga eran muy evidentes, pero no se podían levantar porque aún permanecían atados por los pies. Cuando levantaron el telón aparecieron esos tres chicos delante de todo el cuerpo de policía, familias y otros invitados. Ese incidente provocó su inmediata expulsión del cuerpo, porque todo el mundo entendió que esa escena era el resultado de una fiesta que se les había ido de las manos. Ni ellos mismos lograron recordar las horas anteriores a aquel suceso. Y ese fue un secreto bien guardado por los tres».

Cuando llegaron a su destino, ya era de noche, y Joan parecía un poco más sereno. Poco a poco, se le estaban pasando los efectos del alcohol. «No había llegado borracho, pero poco le faltaba».

Estaban delante de una casa unifamiliar con un precioso jardín en la entrada rodeado de una verja blanca. Al lado había aparcado un coche patrulla. Vázquez saludó con la cabeza a los dos policías. «Son de su comisaría», pensó Víctor.

Él tocó el timbre, y un hombre bastante mayor abrió la puerta. Se identificaron y entraron. Su nombre era Raúl Sánchez. Andaba con la ayuda de una muleta que, según supieron un poco más tarde, se debía a una antigua lesión en la rodilla practicando deporte. A pesar de eso, aún mantenía un buen estado de forma. Víctor y Joan se sentaron en el mismo sofá, y Vázquez se quedó de pie, entretenido con los objetos de una estantería.

—Señor Sánchez, disculpe las horas. Según nos han contado los agentes, usted vio este vehículo delante de su casa —dijo Víctor mientras enseñaba la fotografía.

—Así es. —Señaló con el dedo índice la fotografía de Víctor y prosiguió—: Hace una semana, más o menos.

—¿Podría precisar más? —dijo Joan.

—Quizás fue el martes o miércoles. Se pasó dos días enteros aparcado, y, como no conocía ese coche, llamé a la policía.

—¿Por un vehículo? —dijo Vázquez mientras cogía una figura de porcelana. El señor Sánchez, enfadado, le regañó, y Vázquez dejó el objeto en su sitio. Entonces, Raúl se volvió a sentar y respondió a la pregunta:

—Aquí nos conocemos casi todos los vecinos, y ese coche ahí delante era sospechoso.

—¿Vio a alguien en su interior o salir de él? —dijo Joan.

—Había una persona dentro, pero nunca la vi salir. Por este motivo llamé a la policía. —Víctor se levantó un momento y fue a confirmar la llamada. Según el registro, los agentes llegaron a la casa media hora más tarde y no había rastro ni del coche ni de ninguna persona sospechosa. Entonces regresó y lo comentó con Vázquez y Joan.

—Sí, pensaron que me lo había inventado. Pero les juro que no es así. Estaba ahí. Pregunten a mi vecino. —Y señaló a través de la ventana el punto exacto.

Vázquez echó una mirada a través del cristal. Parecía que no se terminaba de creer la versión del hombre.

—¿Está seguro? ¿Lleva usted gafas?

El señor Sánchez señaló unas gafas de la mesilla.

—Solo son para la vista cansada. De lejos, veo perfectamente. ¿Está insinuando algo, muchacho?

—En absoluto, el inspector solo hace su trabajo —dijo Víctor intentando apagar otro fuego.

—En los últimos días, ¿ha sucedido algún hecho extraño en el vecindario? —dijo Joan.

—Si no precisa más, es complicado…

—Se refiere a si ha visto algún desconocido merodeando por los

alrededores, ruidos extraños en alguna casa, comportamientos anómalos… —precisó Víctor.

El hombre negó con la cabeza.

—Solo el coche. Nada más.

Víctor y Joan se levantaron y agradecieron al señor Sánchez su tiempo. Vázquez, en cambio, se fue sin decir nada más. Víctor estaba contento porque veía a Joan mucho mejor. En esta conversación, había formulado todas las preguntas casi sin ningún problema de dicción.

Vázquez se dirigió directamente a uno de los agentes de fuera de la casa.

—¿Habéis interrogado a algún otro vecino?

—Sí, el de enfrente. Corrobora la versión de su vecino. Hubo un coche de color rojo hace unos siete u ocho días. No le dio mayor importancia.

—¿Y algún indicio de alguna secta por la zona?

Al oír esa palabra, Joan se giró de golpe y se encaró con Vázquez.

—¿Secta? ¿Qué quiere decir?

—No se meta en mi investigación, inspector. Estoy hablando con los agentes de mi comisaría —dijo remarcando expresamente las últimas palabras.

Joan se puso furioso y agarró a Vázquez por la chaqueta mientras este se reía a carcajadas. Víctor y los agentes los tuvieron que separar otra vez antes de que iniciaran una pelea.

—¿Quiere añadir agresión a un compañero en su expediente de hoy? —dijo Vázquez sin rehuir el enfrentamiento.

Joan ignoró el comentario.

—Me meto si afecta a mi asesinato. ¡Conteste a mi pregunta!

Vázquez se puso la chaqueta en su sitio y contestó tranquilamente:

—Tenemos la sospecha de que está funcionando alguna secta por la zona. Podría tener algo que ver con las desapariciones y la muerte de ese padre.

—¿Y lo comparte ahora? —dijo Víctor.

—No era ni es relevante. Solo son indicios. Puras conjeturas. Hay una secta satánica cerca de aquí, en el mismo barrio La Floresta.

—¿Cómo? —Víctor estaba alucinando.

—Hace tiempo que sabemos de su existencia. Se hacen llamar Las Llaves del Mal. Pero nunca han atacado a personas, solo a animales. Lanzan proclamas adorando a Satán por las redes sociales, y sus seguidores adoran al maligno a través de rituales. He puesto vigilancia delante de su casa —dijo Vázquez.

—Hasta ahora. ¿Y si tiene alguna vinculación? Nos oculta esta

información y usted quiere que le mantengamos informado de nuestros avances. Es un desastre de policía —dijo Joan con desprecio.

—Y me lo dice el inspector que ha llegado con un par de copas de más a la escena de un crimen. ¡Venga ya! —Vázquez le dio la espalda, y Víctor actuó rápidamente para evitar la reacción de Joan.

—Vámonos. No ganamos nada aquí. —Agarró a su amigo, y este se soltó de mala gana.

—¡Da igual! Maldita sea. Váyase a tomar por saco —soltó Joan. Se dio la vuelta y enfiló hacia el coche. Víctor siguió sus pasos. Dejaron a Vázquez con la palabra en la boca y se fueron. Él nunca había visto tan alterado a su amigo, ni tampoco llegar bebido al trabajo. Era la primera vez.

—Si el juez lo autoriza, manda una patrulla de agentes de nuestra comisaría a esta urbanización. De paisano. Si el coche de Paco apareció aquí, será por algún motivo —dijo Joan una vez dentro del coche.

—¿Y la otra secta?

—Ya está controlándola el inútil ese.

Víctor asintió y transmitió las órdenes por radio.

Joan llegó a la comisaría y enseguida fue llamado por su superior. Esta conversación iba a ser muy complicada. Era difícil explicar lo que había sucedido en las últimas horas. «No tenía la sensación de haber bebido tanto». Incluso le costaba recordar cuándo había empezado a tomar la primera copa del día. Por suerte, ahora mismo se encontraba sobrio y ya no estaba mareado. La neblina en la cabeza había desaparecido casi por completo, y, con la claridad en la mente, empezaba a ser más consciente de sus actos. No estaba orgulloso de su conducta.

Mònica estaba esperando sentada en su despacho. La mirada albergaba una mezcla de decepción y rabia, y eso sumió a Joan en una profunda preocupación. Estaba muy avergonzado.

—Ha llegado una información a mis oídos que no acabo de creer. Quiero oír tu versión.

—Es cierto —fue directo y sin excusas—. He bebido más de la cuenta y no es una conducta apropiada. Tomé unas copas de más. Lo siento mucho. —Joan era consciente de la gravedad de los hechos y sus posibles consecuencias. Solo podía esperar cierta clemencia, pero ella puso mala cara. Esperaba una rectificación y no una confirmación.

—Es muy grave. Y, además, no es propio de ti. No puedo pasar por alto esta conducta. ¿Ha ocurrido alguna otra vez? —Mònica se encontraba ante un gran dilema. Por una parte, debía ser implacable y actuar según el código de conducta del cuerpo de policía. Y, por otra,

la carrera de Joan era intachable y nunca había tenido una mala conducta dentro del cuerpo. Sin incidentes en el expediente.

—No. Solo es la primera —Joan era consciente de la mentira, pero podía controlar el problema—. Sé que he faltado al respeto al cuerpo de policía al cual pertenezco y asumiré las consecuencias —fue muy rotundo para convencer a la comisaria.

—Abriré un expediente disciplinario con una propuesta de sanción. Aunque sigues en el caso. Eso sí, si hay una próxima vez, te suspenderé de empleo y sueldo. ¡Pierdes la placa, Joan! —Él iba a quejarse, pero ella paró sus intenciones alzando la mano izquierda.

Normalmente, esta clase de expedientes terminaban con una sanción económica de poca cantidad y, si no se repetía el incidente, no pasaba nada más. Pero en otra ocasión no habría tanta benevolencia por parte de la comisaria. No quería tener una sanción en su expediente, pero era el menor de sus problemas.

—No volverá a ocurrir —prometió él.

—Si tienes problemas con la bebida, hay un departamento de ayuda psicológica. Te recomiendo que hagas una visita a nuestro especialista. También hay terapias para superar las adicciones.

Joan se negó.

—Ha sido un problema puntual. No volverá a ocurrir. Soy mayorcito para arreglar mis problemas solo. Gracias, comisaria —dijo Joan para zanjar el asunto.

Mònica asintió y ya no insistió más. «Estoy avisado», pensó él.

Entonces él aprovechó para comentar la desfachatez de Vázquez a la hora de ocultar información relevante para el caso.

—Están investigando una secta satánica en el barrio de La Floresta. Está cerca de la urbanización donde apareció el coche —dijo Joan.

—El comisario no me ha comentado nada.

—Claro. Esto no le interesa. Se llama Las Llaves del Mal —Joan estaba indignado. Para denunciar su conducta, no había tardado ni cinco minutos, pero para explicar los detalles de la investigación, se había callado todo. «Malnacido», pensó él.

—Tranquilízate. Habrá alguna explicación, y las pienso pedir.

—Quiero llevar los tres casos desde aquí. Tienen una clara relación entre ellos, y el inspector Vázquez va completamente por libre.

—Ya lo he solicitado. La desaparición de Marina es vuestra. Están desbordados con varias desapariciones en la zona, y les hacemos un favor. El juez Izquierdo también está de acuerdo, y, por suerte, he podido parar el golpe de tu incidente.

—¿Y el otro caso?

—Vázquez no quiere dejar la investigación, y su comisario lo

apoya al 100 %. Conoce su arrogancia, pero es un gran policía. Y vosotros dos estáis en el mismo equipo. Sois compañeros del mismo cuerpo. Dejad las peleas de gallitos a un lado. ¡Es una orden!

Joan iba a protestar otra vez, pero Mònica no le dio ninguna opción. Así que contestó más apaciguadamente:

—Cumpliré con las órdenes. Si quiere, pactaremos una tregua.

Mònica pareció complacida. Luego, cogió el teléfono e hizo un gesto a Joan en señal de que se podía retirar. Él tuvo el tiempo justo para escucharla nombrar a Sergi. «¿Por qué llamará a su antiguo inspector?».

Capítulo 9

Joan llegó a casa exhausto. Había sido un día muy duro y solo tenía ganas de meterse en la cama. Laura ya estaba en casa, sentada en la mesa del comedor, terminando de redactar una noticia de última hora. Ella se dio cuenta enseguida de que Joan había tenido un mal día. Tenía la virtud de conocer su estado anímico con gran habilidad. No fallaba nunca. Él, en cambio, no tenía esta capacidad tan desarrollada.

—¿Quieres contarme lo que ha pasado?

—No mucho. Un día duro en la oficina —dijo Joan restándole importancia.

Se cambió de ropa y se fue a la cocina a prepararse algo. Abrió la nevera y en la puerta había unas latas de cerveza. Cogió una, pero en ese momento recordó el incidente de ese día. Con todas sus fuerzas, volvió a dejar la lata en el sitio, cogió el embutido y se preparó un sándwich. Regresó a la mesa con su novia, y ella dejó el portátil a un lado.

—Últimamente estás un poco raro. Llevas mucho estrés encima. ¿Qué te parece si, cuando termines el caso, nos tomamos un tiempo de descanso? Esas vacaciones que tenemos pendientes…

—¿Mònica o Sergi han hablado contigo?

Ella puso cara de perplejidad y se puso en alerta.

—¿Por qué tendrían que hablar conmigo, cariño?

—Por nada. Cosas mías. ¿Cuándo trasladan a tu jefe al otro departamento? —dijo Joan en un intento de distraerla con otro tema.

—La próxima semana. Pero aún tardarán unos días más en nombrar al sustituto.

—¿Hay algún problema?

—Ha aparecido otro candidato. Si le podemos llamar así…

—¿Quién?

—Manu, el encargado de la prensa deportiva del periódico.

—Pero si esos de la prensa deportiva no saben escribir tres frases seguidas sin ninguna falta —ese comentario relajó el ambiente y les hizo esbozar un par de sonrisas. «Creo que la he distraído».

—Sí, pero lleva el triple de tiempo en la redacción y está buscando un ascenso con mucho ímpetu.

—Espero que valoren tu trayectoria y tu categoría. —Él miró sus ojos y añadió—: Aunque no te terminen eligiendo, para mí ya eres la mejor. —Ella sonrió y le dio un beso.

Laura respiró hondo, arqueó las cejas y regresó al tema anterior con la misma habilidad con la que él lo había esquivado antes. Parecía ansiosa por adivinar cuál era el problema de su pareja. «Es muy insistente».

—No voy a insistir si no quieres hablar de ello, pero te pasa alguna cosa, y me gustaría que lo compartieras conmigo —dijo Laura.

Joan empezó a enfadarse un poco.

—Hablemos de otro tema, por favor. Quiero tener la noche en paz.

Ella asintió. Pareció darse por vencida y regresó a sus trabajos. Él terminó la cena rápidamente y se fue a la cama alegando que tenía un poco de dolor de cabeza. Ella puso cara de preocupación, pero él no le dio mayor importancia.

Lluís llegó a la comisaría a primera hora de la tarde. Accedió con su código, saludó al policía de guardia y se dirigió directamente a las celdas. Antes de entrar, habló con el guardia.

—¿Se ha comportado?

—Ha dormido como un angelito hasta hace un par de horas.

Lluís asintió, abrió la celda y cogió al hombretón por el brazo.

—¿Adónde me llevas?

—Arriba. Si te portas bien, estarás fuera en una hora.

—Esto es una violación de mis derechos, una retención ilegal, voy a llamar a mi abogado… —dijo el desconocido entre otras quejas.

Cuando entraron en la sala de interrogatorios, Lluís soltó al individuo en la silla; este calló y escuchó la oferta de Lluís.

—Si me pongo duro, te puedo empapelar, y, con tus antecedentes, vuelves seguro a la cárcel. Pero… puedes colaborar, y quizás seré más clemente. ¿Tu nombre?

—Carlos.

—Muy bien, Carlos. Tu eres un cliente habitual de La Palometa. —Lluís sacó una fotografía y se la mostró.

El hombre se quedó pensativo y finalmente asintió.

—Es la chica desaparecida.

—¿Y el chico que la acompañaba las últimas noches?

—Era un cliente habitual —dijo Carlos.

—¿Cómo de habitual?

—Venía algunas noches por allí antes de aparecer la chica.

—¿Ahora sigue yendo?

—Hace unos meses que ya no aparece. ¿Algo más?

Lluís se dio por complacido. No necesitaba nada más porque ya

había confirmado una posible teoría. Puso la mano en su bolsillo, sacó una llave pequeña y le quitó las esposas. El hombre se levantó y salió de la sala.

Era un sábado por la tarde y había muy pocas mesas ocupadas, pero Víctor estaba en su puesto de trabajo. Quería hablar de un tema muy delicado, pero, antes, su amigo preguntó por el sospechoso.

—Nos ha proporcionado información útil. Parece ser que los dueños del local no son tan inocentes como pensaba yo —dijo Lluís.

—¿Están involucrados?

—Algo extraño pasa en ese bar.

—Pues más lo será cuando os cuente después mis averiguaciones. Pero antes quiero contarte otra cosa muy importante.

No le había avanzado nada sobre la conversación de anoche, y Lluís estaba muy intrigado. Víctor era muy discreto, y por eso Lluís, contra su voluntad, había llegado tan pronto después de la comida. Pero, por el tono de voz de su amigo, requería su presencia inmediatamente. Los pocos compañeros presentes a esa hora se extrañaron al verlo.

Lluís acompañó a Víctor a una sala de reuniones vacía. Antes de cerrar la puerta, Víctor miró afuera para ver si alguien los había seguido hasta allí. Lluís empezaba a impacientarse con tanto secretismo.

—¿Y bien? ¿Cuál es este descubrimiento tan revelador? —dijo Lluís con ironía.

—¿Te enteraste de lo que pasó ayer?

Lluís estaba completamente perdido. Él era muy sociable y siempre se enteraba de los chismes de la comisaría. Pero esta vez se encogió de hombros.

—Joan llegó bebido al lugar donde encontramos el coche calcinado. —Lluís no daba crédito a tal revelación. Se podía haber esperado cualquier noticia menos esa.

—Imposible. Estarás confundido. No puede ser. ¿Joan? —Negó con la cabeza varias veces.

—Estaba allí. Tuvo una discusión con Vázquez y casi llegan a las manos.

Lluís no podía creer las palabras de su amigo, pero tampoco tenía ningún motivo para mentir.

—¿Cómo puede ser?

—Después, tuvo una bronca de la comisaria con multa incluida y luego…

—¿Qué más? —interrumpió Lluís. Pensaba que el cupo de desgracias ya estaba completo.

—Me llamó Sergi muy preocupado. Recibió una llamada de Mònica y quiere hablar con nosotros lo más pronto posible.

—Si tuviera algún problema con la bebida, nos hubiéramos dado cuenta, ¿no?

—¿De verdad? ¿No ves cómo vamos de trabajo? Creo que esto le está superando. La enfermedad de Sergi, la desaparición de nuestro excomisario, el ascenso y ahora este caso tan raro.

—Joan tiene capacidad para afrontar estas adversidades. Lo conozco. Ha pasado por momentos más complicados en el pasado. Acuérdate de la infiltración al salir de la academia.

Esta vez fue Víctor quien negó con la cabeza.

—Sí, lo sé. Pero son momentos y situaciones distintas. Debemos estar más atentos a partir de ahora.

Afuera había un poco más de movimiento. Algunos agentes habían llegado a su mesa de trabajo. Entre ellos, divisaron a Joan y terminaron su conversación apresuradamente. Ambos salieron a su encuentro.

Joan lanzó una mirada de asombro a Lluís. Él ni se inmutó. «¿Tan raro es verme un sábado por aquí?». No estaba para bromas después de la conversación con Víctor. Hoy, Joan parecía un poco abatido y tenía una sombra debajo de los ojos. Según él, no había descansado mucho y había tenido una mañana muy ajetreada. Con las revelaciones anteriores y el aspecto de Joan, empezaba a tener miedo de no haber prestado suficiente atención a su amigo en las últimas semanas. «¿Podía ser que se hubiera descontrolado?».

—¿Qué hacíais allí metidos tan pronto? —Joan clavó la mirada en Lluís mientras se tomaba un paracetamol.

—Compartiendo unas averiguaciones del caso —dijo Lluís. Víctor asintió y preguntó por su estado. Joan dijo que estaba bien, solo tenía un poco de dolor de cabeza y les informó de una novedad:

—Me han llamado de la policía científica. El cabello era de Marina —él se refería al cabello encontrado en una de las heridas del torso de Paco. Habían analizado el ADN y coincidía con ella.

—¿Cómo? —dijo Víctor, atónito.

—Y aún hay más: según el compañero de la científica, ella estaba encima o muy cerca del cadáver, y por eso el pelo cayó dentro de la herida. Es la única forma para que el cabello estuviera debajo de la punta del cuchillo rota.

Lluís se quedó pensativo.

—Entonces, ¿ella puede estar implicada en el asesinato?

—Según las pruebas, es posible —dijo Joan. Lluís digirió la noticia poco a poco, sin añadir nada más.

Seguidamente, Mònica los llamó a su despacho. Quería conocer el desarrollo de la investigación de primera mano. Víctor se fue a su mesa y cogió una carpeta. Luego, entraron los tres y se sentaron en la mesa del fondo.

—El juez Izquierdo aceptó la orden para dejar una patrulla de paisano en la urbanización Les Escales. Si hay algún movimiento sospechoso, lo sabremos —dijo Joan.

Mònica asintió.

—¿Sabemos algo más del coche o del teléfono?

—La científica está trabajando aún —dijo Víctor.

Lluís intervino:

—Tenemos otra descripción de un nuevo sospechoso, el muchacho que me atendió por primera vez en el local. —Él aún estaba muy dolido por el engaño. No soportaba que alguien hubiera herido su orgullo de aquella forma. «Me lo pagará muy caro».

—Yo tengo información nueva. Tal como me pidió, investigué desapariciones parecidas en la ciudad y los municipios de los alrededores. Y parece que he encontrado un patrón muy curioso.

Víctor sacó unos papeles de la carpeta y, antes de empezar su exposición, repasó su contenido rápidamente. Durante los dos últimos días, había trabajado junto a la unidad de desaparecidos.

Su amigo había buscado desapariciones de jóvenes entre 16 y 20 años. En el último año, habían desaparecido 60 jóvenes, la mayoría de 18 a 20 años. Solo se habían encontrado a cinco; dos de ellos eran los jóvenes hallados muertos que investigaba el inspector Vázquez. Joan tosió cuando escuchó ese nombre.

—Prosigue —dijo Mònica echando una mirada de reproche hacia Joan.

Víctor continuó. De estos 60 desaparecidos, 37 desaparecieron durante la madrugada, y, según las declaraciones de varios amigos y testigos, 24 habían conocido a un o una joven unas semanas atrás y se habían quedado a solas con este o esta desconocida. Las descripciones mostraban a múltiples sospechosos. Unas seis coincidían con el misterioso camarero joven del bar, y otras ocho, con la descripción del posible novio de Marina. Después de ese encuentro, ya no habían regresado a casa.

—¿Cómo han pasado estos hechos por alto? —dijo Mònica escandalizada.

—Porque los desaparecidos viven en distintos distritos de la ciudad y también fuera de ella, en otra región metropolitana. Son comisarías de diferentes regiones. Pero estos 24 tienen dos cosas en común. El último sitio donde los vieron con vida. Entre el Paral·lel y las Ramblas,

en Ciutat Vella.

—Es una zona de mucha actividad nocturna —dijo Lluís. «En cierto modo, era incluso normal».

—Sí, pero son 24 desaparecidos en el mismo barrio. No son 10, sino 24. —Víctor delimitó varias calles de los barrios de Sant Antoni y del Raval junto a la Avenida del Paral·lel. Eran solo unas pocas calles, pero allí se juntaban muchos bares, entre ellos, el local donde desapareció Marina.

—No puede ser coincidencia un número tan alto en tan poco tiempo. ¿Y la segunda cosa? —dijo Joan.

—Los jóvenes desaparecidos tienen la misma descripción física. Ellos son morenos, altos, corpulentos y con pelo corto. Y ellas son rubias, pelo largo y liso, piel blanca y muy delgadas.

—¿Todos? —dijo Lluís asombrado. Víctor asintió.

—Investiga a fondo por si encuentras más casos. Puede ser una muy buena pista. Envía los informes al despacho del juez. Luego hablaré con él. ¡Felicidades, subinspector! —dijo Mònica. Víctor agradeció el cumplido con una amplia sonrisa e incluso se sonrojó un poco.

—Esto coincide con la declaración de mi sospechoso. Según él, el novio de Marina era un cliente habitual. Debe de ser un animal de costumbres. Pero lo más curioso es que los dueños solo lo habían visto un par de veces —dijo Lluís.

—Alguien miente claramente —dijo Joan.

En ese preciso momento, Joan recibió una llamada. Contestó y su cara mostró una sonrisa.

—Vamos para allá ahora mismo —dijo. Después, se dirigió al resto —: Han encontrado a dos chicas deambulando sin rumbo fijo por la urbanización, descalzas y muy asustadas. Los agentes no han intervenido.

—Ve para allá. Víctor, investiga la relación de los dueños del bar con el novio de Marina y también con el falso camarero. Tiene que haber una relación —Víctor asintió.

—Voy contigo —dijo Lluís. Mònica asintió y los dos salieron corriendo por la puerta.

Veinte minutos más tarde, Joan y Lluís estaban junto a los dos policías de paisano. Estaban casi a las afueras de la urbanización Les Escales. Las dos chicas venían del extremo este de la urbanización, zona cercana al barrio de La Floresta. Allí estaba localizada la secta satánica que vigilaban Vázquez y sus agentes.

En la calle había poca luz, pero era muy fácil identificar a las chicas vestidas con unas túnicas blancas. No habían intervenido por

orden expresa de Joan. Este pensaba que los captores estarían cerca y podían detenerlos. Compartía la misma impresión.

Los cuatro agentes se camuflaron al otro lado de la calle, detrás de algunos coches aparcados encima de la acera, mientras seguían los pasos de las dos chicas calle abajo. No llevaban un rumbo fijo porque, seguramente, estaban muy desorientadas. Giraron por algunas callejuelas para luego regresar a la misma calle principal. No conocían la zona.

Ninguna de ellas había pedido auxilio, y eso indicaba que los captores podían estar muy cerca de su posición y no querían desvelar su ubicación. Ellas miraban atrás continuamente, pero a esas horas de la noche no había casi nadie en la calle. Cada vez que ellas giraban la cabeza hacia atrás, se agachaban y se pegaban al muro ubicado cerca de las casas. Más adelante, las chicas se toparon con un hombre mayor paseando a un perro y las dos saltaron una pequeña verja y se escondieron detrás de unas plantas. El desconocido se asustó y se alejó de allí. Cuando estaba unos metros más arriba, una de ellas sacó la cabeza por el matojo y, cuando comprobó que la calle volvía a estar desierta, las dos continuaron su camino calle abajo.

—Están aterrorizadas. ¿No deberíamos intervenir? —dijo uno de los agentes.

—No. Es nuestra oportunidad para pillar a los secuestradores —dijo Joan. Y puso el dedo índice en la boca en señal de silencio.

De pronto, escucharon un ruido unos metros más arriba de la calle. Lluís miró hacia esa dirección y vio a otro desconocido entre las sombras. Se comportaba de forma extraña. Iba corriendo, sorteando las farolas para que nadie lo pudiera reconocer. Lluís dio un empujoncito a Joan y señaló hacia el otro lado de la calle.

Poco después, las chicas también se percataron de la presencia del desconocido y corrieron aún más rápido. Se desviaron del camino y entraron en un pequeño descampado. Más adelante, había una construcción medio abandonada, y las dos entraron. Parecía una fábrica.

Los policías se pararon detrás de un vehículo porque, desde su posición hasta ese edificio, no había ningún posible escondite y serían un blanco muy fácil de ver. Unos segundos más tarde, ese desconocido emprendió una carrera hasta la puerta del edificio y se coló dentro. «Ahora es nuestra oportunidad».

—Voy a entrar. Es nuestro —dijo Joan.

—¿Solo?

—Si no entro, se va a escapar.

—Vale. Te cubro por detrás —dijo Lluís. Él también habría actuado

de la misma forma.

—Ustedes dos, pidan refuerzos y vigilen los accesos al edificio desde aquí. No intervengan si no es necesario. —Los dos agentes asintieron, y Joan salió disparado hacia la fábrica.

Capítulo 10

Dos jóvenes sacerdotes irrumpieron de golpe en los aposentos de Joseph. Este se levantó airado cuando uno de los muchachos pronunció las primeras palabras rápidamente.

—Dos chicas han escapado de la mansión, señor —dijo uno de ellos mientras se protegía el rostro para amortiguar el posible golpe de Joseph. Por suerte, este no se produjo.

—¿Qué? —Joseph no daba crédito. «¡Maldita sea, Tony!».

Bajó las escaleras apresuradamente, mientras se vestía por el camino, hasta llegar a la puerta principal. Allí estaba Tony con dos de sus matones.

—¿Cómo ha ocurrido otra vez? ¿De qué sirves, inútil? —Joseph lo miró con desprecio y fue directo a encararse con Tony.

—No te atreverás a tocarme o te destrozo. —Este ya esbozaba una amplia sonrisa cuando, detrás de él, resonó una poderosa voz.

—¡¡Basta ya de reproches!! Salid y encontradlas —dijo Patrick. Joseph se paró en seco y obedeció al instante. Tony tomó la misma decisión. «Ya terminaré algún día contigo».

Él, antes de salir, se dirigió a Patrick. Este estaba murmurando algunas palabras para sí mismo:

—Pecadoras desagradecidas, les doy un techo y comida, y así me lo pagan. No puedo más…

Joseph se acercó, puso las dos manos sobre la cabeza de Patrick y le aseguró que todo saldría bien. Entonces él, Tony y dos de los guardias salieron y se dividieron en tres grupos. Él prefería estar solo y se dirigió a la izquierda, calle abajo. Era prácticamente de noche, y las farolas ya estaban encendidas. Iba esquivando los puntos de luz para no ser descubierto. La policía estaba cerca, y no podían dejar escapar a esas chicas. Sabían demasiado y había llegado su hora. El castigo por escapar era la muerte.

Después de varios minutos sin encontrar a nadie, vio a las dos chicas en la lejanía. Sin duda eran ellas. Con esas túnicas blancas, eran muy visibles en la oscuridad. Se acercó más lentamente, pero una de ellas giró la cabeza, y, al verlo, salieron corriendo hacia la izquierda. Se adentraron en un descampado y se dirigieron a la única luz visible delante de ellas: un farolillo colgado de la puerta de la entrada de una

fábrica abandonada. El portón estaba entreabierto. Ellas se colaron dentro e intentaron cerrar la puerta sin demasiado éxito. Estaba muy oxidada. «Ya son mías», pensó él.

Antes de iniciar el camino hacia el edificio, miró a ambos lados para asegurarse de que estaba completamente solo. Cuando lo comprobó, corrió hacia allí y entró silenciosamente por la misma abertura. Al mover la puerta, se escuchó un fuerte chirrido muy perturbador. «Va a ser divertida la caza». Una vez en el interior, sacó una pequeña linterna del bolsillo e iluminó una escalera metálica frente a él.

Joseph se mantuvo quieto unos segundos y escuchó unos pasos rebotando en la superficie metálica que confirmaba el camino emprendido por las dos chicas. Subió el primer piso y empezó a susurrar. El eco de la escalera era suficiente para llevar la voz hasta arriba del todo. Los chillidos de las dos chicas así lo confirmaron. Él soltó varias carcajadas que rebotaron entre las paredes. Mientras seguía subiendo, arrastró una llave por la barandilla metálica para asustar más a las dos jóvenes. El ruido era muy molesto.

—No podéis escapar de aquí. El líder supremo os reclama…

Se volvieron a oír los gritos desesperados de ambas. Cada vez estaba más cerca. Incluso olía el perfume aromático de una de ellas. «Están acorraladas». Él volvió a pronunciar las mismas palabras mientras seguía su avance y, de nuevo, escuchó los chillidos muy próximos a él. Pero, de repente, cuando ya estaba en el tercer piso, escuchó un sonido más abajo. Provenía de la ruidosa puerta de la entrada. «Alguien me sigue. ¡Mierda!».

Entonces miró a ambos lados y decidió escabullirse por una abertura situada a la izquierda mientras apagaba la linterna. Avanzó unos pasos más y se escondió en la más absoluta oscuridad.

Al cabo de poco, algo pasó rozando su pie, y se asustó. Seguramente, era alguna rata, porque ese edificio llevaba varios años completamente abandonado. Odiaba esos malditos rodeadores, pero no podía salir corriendo. Unos escalofríos recorrieron sus piernas cuando otro roedor le rozó el tobillo derecho. Se adentró un poco más en la penumbra y esperó. Se mantuvo en silencio.

Durante los primeros segundos, solo oía los latidos del corazón cada vez más rápidos y el ruido de los ratones pasando a toda velocidad a su lado. Luego, en la lejanía, unas plantas más arriba, se oyó un sonido metálico, como si estuvieran golpeando alguna puerta. Después, empezó a escuchar unas pisadas sobre la escalera metálica. Primero eran lejanas, pero después se fueron acercando poco a poco hasta situarse casi delante de la habitación donde estaba escondido.

Aguantó la respiración con una mano tapando la nariz y la boca. El sonido del latido del corazón se hizo más intenso y rápido. Una gota de sudor empezó a bajar por la frente, y los escalofríos aumentaron. Los segundos se hicieron eternos, pero se mantuvo quieto. El desconocido tuvo el impulso de entrar, pero finalmente declinó la opción y siguió el camino hacia el tejado. Él soltó el aire, respiró hondo más aliviado, esperó medio minuto y luego sacó la cabeza por la abertura. Olía a sudor y la ropa estaba enganchada a su espalda. «Es asqueroso». Fuera, seguía todo oscuro y no se escuchaba nada más.

En ese instante, una mezcla de emoción y excitación empezó a inundar su cuerpo. Tenía la tentación de seguir a ese desconocido, pero quizás era demasiado arriesgado. Finalmente, optó por subir al tejado. Cuando llegó arriba, muy lentamente, sacó la cabeza por la abertura de la puerta. El policía estaba de espaldas, pero las dos chicas lo vieron y se asustaron aún más. Al ver las caras de pánico, su excitación aumentó. Entonces el policía giró la cabeza, y él desapareció un instante antes por la misma abertura. Creía que no lo había visto, pero no estaba seguro.

Así que bajó por las escaleras apresuradamente y, al llegar abajo, encendió la linterna de nuevo. Se paró un instante para comprobar si el policía lo seguía, pero solo había silencio. «Seguramente, habrá más polis en la entrada». Buscó otra salida y encontró una puertecita en el lado oeste. En tiempos lejanos, cuando la fábrica estaba en funcionamiento, esa puerta había hecho la función de salida de emergencia. «¡Qué paradoja!», pensó él.

Cuando salía de la fábrica, escuchó unos gritos aterradores de las chicas y dos fuertes impactos. Él vio correr a dos desconocidos hacia la parte trasera del edificio y aprovechó esa distracción para regresar corriendo a casa. Con la carrera, soltó un grito para sacar toda la tensión y la adrenalina acumulada. Era la emoción del momento. Pasó volando por varias calles hasta llegar a la mansión. Entró por la puerta y casi se topó de bruces con Patrick.

—Creo que no nos tendremos que preocupar por las chicas —dijo Joseph medio riendo. Aún notaba la excitación y los efectos de la adrenalina en su cuerpo. «Quiero salir de caza».

—¿Qué has hecho, monstruo? —Patrick pronunció estas palabras en un tono más de preocupación que de rabia.

—Yo, nada. —Se tomó un pequeño respiro y sonrió por debajo de la nariz. «Sabe de lo que soy capaz», pensó él, y después siguió hablando—: Pero tenemos otro problema. Hay varios polis fuera. Nos están vigilando.

En ese preciso instante, Tony apareció por detrás. En algún

momento habría regresado sin que se diera cuenta. Este se incorporó a la conversación:

—Deberíamos largarnos de aquí ya. —Patrick coincidió con Tony y dio las respectivas órdenes. Debían acelerar la huida que ya habían iniciado unos días antes.

Joseph no estaba tan de acuerdo. Para él era divertido jugar al gato y al ratón con la policía. De hecho, esta excursión había supuesto una inyección de adrenalina y necesitaba hacer algo para bajar el subidón.

En ese momento, su amante se acercó y preguntó por sus dos compañeras.

—Han recibido su merecido. —Después alzó la voz y añadió—: Las almas impuras siempre reciben su castigo. ¡¡Estáis avisados!! —dijo Joseph al aire, sin dirigirse a nadie en concreto.

Ella puso cara de horror y se irritó mucho. Completamente desconsolada, le pegó varias veces en el pecho y también le llamó monstruo. Esas palabras le dolieron en el corazón y le afectaron a su ego. Aunque, delante de todos, quería demostrar fortaleza.

—¡Aparta! —La empujó, y ella cayó al suelo. Él no tenía tiempo para peleas de pareja, y ella se quedó petrificada por esta reacción tan airada—. ¿Una de ellas era tu confidente? Si es así, ya no habrá un tercer chivatazo.

—¡¡No!!

—¡Basta de juegos! ¿Quién es tu amiguita? —Él le retorció el brazo y la condujo a otra habitación—. No quiero más secretitos. ¡Dímelo!

—¡¡Yo!! Era yo misma. Te quería ayudar. Pero ya veo que eres un puto sádico. ¡Es asqueroso! —dijo ella encarándose.

Joseph se quedó estupefacto y un poco perturbado por la revelación.

—¿Cómo? La primera vez… ¿también? —Ella asintió, y él respiró hondo un par de veces—. Entonces tengo dudas de quién es más sádica.

—¿Qué dices? —Ella se rebotó y se quiso encarar a Joseph.

Él la ignoró, se fue sin contestar, y ella se quedó sola en la habitación.

«Quiero salir a cazar una nueva presa». Comunicó sus intenciones a Patrick, pero a este no le gustó nada la idea.

—¡Estás loco! Seguramente, la calle está llena de policías.

—¿Loco? Quizás he tenido un buen ejemplo. Además, ¿qué es la cordura para ti?

—¿Cómo te atreves a hablarme de esta manera? Yo te he enseñado a tener más respeto. —Los ojos de Patrick estaban casi fuera de las

órbitas, y Joseph aún se divertía más.

—Los polis estarán ocupados. ¿Me acompañas? —dijo Joseph señalando a uno de los sacerdotes.

Este asintió. Joseph se puso a reír y salió por la puerta dando un portazo. Tony tuvo el impulso de ir detrás de él, pero Patrick se lo impidió.

Capítulo 11

Una hora antes…

Joan estaba a punto de entrar en el interior de la fábrica abandonada. Abrió la puerta rápidamente y se escuchó un fuerte chirrido. «Maldita sea». Recuperó un poco el aliento después de la carrera y entró. Sacó la linterna, la pistola y, sin dudar, subió por la escalera muy lentamente. Un ligero temblor en las manos impedía mantener firme el arma. «Necesito un trago», pensó él. Enseguida intentó borrar las ganas de beber de la mente y concentrarse en la misión.

En la lejanía, unos gritos desgarradores estremecieron a Joan y se detuvo inmediatamente. Esos chillidos iban acompañados de varias pisadas. Estas rebotaban por todo el hueco de la escalera hasta llegar a sus oídos. Esperó unos segundos, y el primer sonido fue sustituido por otro. Eran golpes metálicos más sordos e intensos. Incluso desesperados.

Estaba en una encrucijada. Por un lado, quería ir muy rápido para llegar hasta las chicas y evitar una tragedia. Por otro lado, tenía que ser muy cauteloso porque el desconocido ese podía estar al acecho en cualquier esquina. Al final, optó más por la primera que por la segunda. Por culpa del ruido en la puerta de la entrada, el desconocido sabía que él estaba dentro del edificio, y, además, podía haber más policías por los alrededores. No le convenía llamar la atención, y, si era listo, muy probablemente, se escondería en algún rincón de aquel enorme edificio para pasar desapercibido. «Espero tener razón».

Cogió carrerilla y empezó a subir las escaleras más rápido. Ahora ya no se escuchaba ese ruido metálico de fondo. Provenía de arriba del todo y podía ser la puerta del tejado. Llegó al segundo piso y frenó en seco. A ambos lados había una abertura. Una frente a la otra, sin ninguna puerta. Con la linterna, iluminó una pequeña parte del espacio, después dio unos pasos hacia adelante dubitativamente. Tuvo la tentación de entrar, porque el agresor podía estar agazapado en cualquiera de ellas, pero optó por seguir hacia arriba. Después, en el tercer piso, pensó exactamente lo mismo, pero otra vez declinó esa opción. «La prioridad son las chicas». Cuando volvía a ascender, un

fuerte golpe metálico asustó a Joan. Era sin duda una puerta metálica y se había cerrado de golpe. Eso lo impulsó a ir más deprisa.

Finalmente, llegó al tejado. La puerta estaba entreabierta. La fuerza del viento no la había cerrado completamente. Empujó lentamente la puerta y accedió al tejado con la pistola a media altura. No quería asustar a las chicas, pero tampoco podía estar con la guardia baja por si el agresor estaba allí arriba. El temblor aún persistía y eso se unía al sudor que le recorría la frente. La escena que se encontró era totalmente distinta.

Las chicas estaban al borde de la fachada, agarradas de la mano, y lo miraban aterrorizadas. Las dos eran una copia exacta. Rubias, con el pelo largo y liso, de piel blanca que se confundía con el color de la túnica y muy delgadas. «Alguna puede ser Marina». Él observó con mucha atención el resto del tejado y, cuando se aseguró de que no había nadie más, se giró hacia las chicas para intentar tranquilizarlas. Se presentó como policía y les enseñó la placa. Clavó la mirada en los ojos de una de ellas e intentó no perder el contacto visual en ningún momento.

—No hay nada que temer. Estáis a salvo. ¿Cómo os llamáis?

—Treinta y treinta-uno —dijo una de ellas entrecortadamente, muy asustada.

—¿Cómo? —Joan se quedó atónito—. No os preocupéis. Ya ha terminado todo. ¿Alguna de vosotras es Marina? —Ninguna de ellas se inmutó al oír el nombre, y no conseguía ver los rostros con suficiente claridad.

—Ellos nos perseguirán siempre. ¡Están aquí!

—¿Quién? —Joan miró a ambos lados otra vez para asegurarse de que estaba solo. La chica miró hacia la puerta, y Joan se giró. La puerta se movió e intuyó que había alguien allí detrás. Las pulsaciones se aceleraron y los nervios se apoderaron de él por un breve espacio de tiempo. Luego, se calmó respirando más pausadamente y, con aplomo, se dirigió hacia allí. Puso una mano temblorosa en el pomo, abrió la puerta y se encontró el vacío más absoluto. Escuchó un ruido de unas pisadas, pero optó por seguir con las chicas en el tejado. Él, rápidamente volvió a mirar a los ojos de una de las chicas para establecer el contacto de nuevo.

—Aquí no hay nadie más. Solo nosotros tres —dijo Joan en un intento de calmar a las jóvenes. Luego, aprovechó para avisar a Lluís por radio. Su amigo se dirigía hacia la entrada, y otro agente iba corriendo hacia la parte trasera del edificio mientras avisaban a los equipos de emergencia.

Entonces ellas pronunciaron unas vagas palabras sin sentido para

Joan:

—No podéis escapar de aquí. El líder supremo os reclama…

—¿A qué líder os referís? Venid hacía mí. Hablaremos tranquilamente y cogeremos a los responsables. —Joan guardó el arma y puso una mano encima de la otra para calmar los temblores. Estaba demasiado nervioso.

Joan dio unos pasitos, casi imperceptibles, hacia adelante. Se movió muy poco a poco para no asustar más a las jóvenes. Ellas no se inmutaron por el movimiento. Estaban desconcertadas, no escucharon sus palabras y ambas repitieron el mismo mensaje. La otra chica miró hacia abajo y se inclinó levemente hacia el exterior.

—¡¡No, no!! ¡Mírame a mí! Solo a mí —insistió Joan desesperado.

Ella se reincorporó bruscamente y volvió a mirar a Joan. Él dio unos pasos más, esperanzado. Estaba a pocos metros, pero ellas seguían subidas al bordillo del tejado. Estaban en una posición muy delicada y cualquier falso movimiento podía terminar en tragedia. La mirada de la chica había cambiado en los últimos instantes, era perdida y vacía, como si ya no estuvieran allí. En ese preciso instante, Joan intuyó el desenlace y corrió hacia ellas. Las dos se miraron y, sin pronunciar ninguna palabra, se precipitaron al vacío. Él llegó al borde un segundo más tarde, pero no llegó a agarrar la pierna de una de ellas por muy poco. A él se le escapó un grito que se quedó ahogado dentro de la garganta y escuchó dos fuertes golpes. Cuando asomó la cabeza por el borde, vio una escena espeluznante: las chicas estaban en el suelo y la sangre salía de su cabeza a borbotones manchando sus túnicas blancas.

Lluís y el otro agente estaban quietos, a pocos metros de la escena, y miraban la situación totalmente impactados. Joan se quedó sin habla, petrificado por aquella visión. Estaban muertas, y habían llegado tarde para salvarlas. En su interior, el remordimiento empezaba a coger fuerza, pero su cuerpo le pedía otra necesidad con urgencia: un trago. Ese sentimiento resurgió de nuevo dentro de él con más intensidad que antes.

Abajo, Lluís, una vez recuperado del impacto, llamaba al forense y a la policía científica. Luego, comprobaba el pulso de las jóvenes. Aunque era un movimiento estéril, era el protocolo. Debían asegurarse por completo de que estaban muertas. Mientras, Joan bajaba las escaleras muy lentamente, arrastrando los pies hasta llegar al tercer piso. En ese instante, volvió a pensar en el agresor. Cogió la pistola de nuevo, encendió la linterna y entró en la habitación con decisión. Estaba llena de muebles viejos, y algunos roedores se escondieron rápidamente en cuanto vieron la luz. Hizo el mismo movimiento en el

segundo piso, pero el resultado fue idéntico. El desconocido había huido, y tenían dos cadáveres allí fuera. «Un puto desastre». Y, en su interior, las ganas de beber seguían aumentando. Era un cosquilleo continuo, como si algo le estuviera llamando. Lo necesitaba como el agua para el deshidratado. No podía resistirse más. Salió, y el aire puro le aclaró un poco la cabeza. Otro agente fue a su encuentro y, cuando comprobó que no estaba herido, lo dejó en paz.

Se dirigió a la parte trasera, arrastrando los pies, hasta encontrarse con Lluís. Este estaba al lado de una de las chicas.

Cuando Lluís se fijó en el estado de *shock* de Joan, este le ofreció un poco de agua. Pero quería algo más fuerte, aunque se reprimió de pedirlo allí. Lluís obligó a sentarse a Joan en un rincón.

—¿Qué ha pasado allí arriba? —dijo Lluís sin ningún tacto.

—No quiero hablar del asunto.

Lluís, por fin, se mostró un poco más comprensivo:

—Lo sé, amigo. Pero tarde o temprano deberás dar una explicación.

Su compañero tenía razón. Él intentó concentrarse en los últimos minutos y contó todo.

Lluís, después de escucharlo, se levantó y ordenó registrar el edificio a los dos policías. Aún no había llegado nadie más, pero no podían perder más tiempo.

—Te creo. Tú solo di la verdad, y todo pasará.

—Estoy harto de ser el faro que ilumina el camino. Es muy cansado y no tengo fuerzas —dijo Joan, muy abatido.

—Las fuerzas que te falten a ti, me las pides a mí. ¡Coño, Joan! —dijo Lluís con su habitual optimismo. Incluso su amigo lo levantó del suelo.

—Desde que soy inspector, demasiadas decisiones dependen de mí, de mi criterio. No sé…

—Ahora no te vengas abajo, amigo. Aleja esos fantasmas de la cabeza y ve a por ese malnacido.

Joan agradeció el apoyo de Lluís en un momento tan delicado y le insufló la energía suficiente para seguir adelante. Aunque las ganas de beber no habían desaparecido. Últimamente, ahogaba las penas en el alcohol. Era un alivio inmediato.

Al cabo de unos minutos, llegó una ambulancia al escenario con un par de coches patrulla. Seguidamente, apareció el inspector Vázquez. De todos los seres humanos, este era el último al que quería ver, y Lluís, ágilmente, evitó el encuentro. Se fue directo hacia el inspector y lo apartó de Joan. Él escuchaba los gritos de enfado del inspector. Estaba muy furioso. Poco después, él se alejó de Lluís y se acercó a las

chicas para comprobar algo. En su cabeza, aún resonaban algunas palabras. «Treinta y treinta-uno. ¿Qué querían decir?». Con unos guantes, quiso revisar los brazos y la espalda de las chicas en busca de alguna marca concreta. Y lo encontró. Debajo del cuello de ambas habían inscrito los números 30 y 31. Ahora también entendía los números 35 y 41 de los jóvenes encontrados por el inspector Vázquez. Seguramente, ese número indicaba las personas que tenían retenidas. Estaban marcados como si fueran ganado y vestían iguales para, poco a poco, perder la propia identidad. Cada vez estaba más claro que se encontraban delante de una mente escabrosa.

Él se acercó más a Lluís, que aún estaba discutiendo con Vázquez. Escuchó una mención a la Unidad de Asuntos Internos y supo que Vázquez se había ido de la lengua. Habría aprovechado el momento de debilidad de Joan con el suicido de estas chicas para atacarle. Esas víboras sedientas de sangre siempre tenían ganas de ejecutar a algún policía. Metafóricamente, claro.

Media hora más tarde, llegaron dos inspectores de Asuntos Internos. Ambos salieron del coche con un aire chulesco, y uno de ellos tiró una colilla en el suelo. No se presentaron formalmente, pero Joan ya los conocía de otros casos. Tenían fama de prepotentes y creídos. Él los acompañó al coche sin resistirse. Tenía que ir al hospital para una evaluación y, después, sufriría un intenso interrogatorio. En el fondo, le daba igual. No estaba preocupado, porque había actuado bien. No tenía culpa de que las chicas se hubieran tirado al vacío. Y eso es lo que iba a decir, aunque hubiera una denuncia contra él.

Al llegar al hospital, sometieron a Joan a varias pruebas, entre ellas, un análisis de sangre y otro de orina. No le sorprendió la petición porque estaba convencido de que a los inspectores de Asuntos Internos les había llegado algún soplo del entorno del señor Vázquez contando el problema con la bebida. Querían comprobar que en el momento del suicidio de las dos jóvenes estaba sobrio. Por suerte, estaba limpio y así lo corroboraron todas las pruebas unas horas más tarde.

Era medianoche cuando entraron por el acceso lateral de la comisaría central, en Sabadell. Con los resultados en la mano, los inspectores iniciaron el interrogatorio. Él no había dormido nada y estaba muy cansado. Declinó la presencia de un abogado porque se consideraba inocente.

Empezaron por preguntas de cortesía, de protocolo, hasta llegar al asunto principal. Joan contó con todos los detalles, los acontecimientos desde la llegada a la urbanización hasta el fatal

desenlace. Cuando contó el salto de las chicas al vacío se le hizo un nudo en el estómago y se quedó sin palabras durante un par de segundos. Recordar esa escena en su mente era espeluznante, y con ella regresaron las ganas de beber. Se resistió con todas las fuerzas, pero empezó a sudar. Se agarró ambas manos para evitar los temblores. Cada vez estaba más tenso.

Los inspectores solo lo interrumpieron un par de veces, el resto de la explicación se mantuvieron expectantes. Era como si estuvieran esperando algún error o contradicción en la declaración de Joan para pasar al ataque. El agente más joven se levantó, se peinó su pelo hacia atrás y apoyó la pierna en una de las sillas mientras mantenía esa mirada prepotente.

—¿El comportamiento de las chicas no era suficientemente extraño para actuar con más contundencia? —dijo este mismo inspector.

—¿Cómo? No podía acercarme más sin ponerlas más nerviosas. Estaban atemorizadas por algo o alguien —dijo Joan manteniendo la calma como pudo.

—Pero allí arriba no había nadie más, ¿verdad, inspector?

—Sí, detrás de la puerta del tejado. Escapó.

—¿Lo vio?

—No. ¿Cuántas veces tengo que repetirlo? Me quedé con las chicas.

—Las veces que haga falta. Hasta que estemos convencidos. —El interrogatorio estaba subiendo de tono. El policía que aún se mantenía sentado se acercó más a Joan.

—Así que solo usted vio al sospechoso. Nadie más.

—¿Qué insinúa?

—Es evidente, ¿no?

—El inspector Montes se ha quedado en la escena. Quizás ha encontrado alguna evidencia de…

—Tranquilo. Hablaremos con él más tarde —dijo el otro inspector manteniendo la palma de la mano en alto—. ¿Vio algún rastro del sospechoso cuando bajaba?

—No.

—¡Qué extraño!

—¿Me están queriendo decir algo? Les aseguro que todos vimos entrar a ese individuo en la fábrica. Seguramente se escondió al escuchar el ruido de la puerta metálica de la entrada.

—Claro, claro. —Entonces los inspectores cambiaron de tema radicalmente y su tono fue mucho más incisivo—: ¿Y qué nos tiene que contar sobre su problema con la bebida?

Joan no se inmutó por la provocación y contestó muy tranquilo.

Esperaba el golpe desde hacía muchos minutos y su fortaleza mental seguía intacta. Aunque fuera con un esfuerzo inconmensurable.

—Fue un problema puntual y estos resultados lo demuestran claramente. No tengo nada más que añadir. —Joan miró los documentos de encima de la mesa. Sabía que los inspectores no tenían nada y tenían que soltarlo inmediatamente.

Y así fue, al cabo de media hora más de preguntas relacionadas con el enfrentamiento con el inspector Vázquez y sus capacidades al frente de la investigación. Aguantó la compostura ante los intentos de los agentes de sacarlo de sus casillas. Cuando no obtuvieron el resultado esperado, lo dejaron irse, no sin antes advertirlo de las consecuencias de una nueva conducta inapropiada por su parte. Estaba en el punto de mira. Joan se levantó y se fue. «Por fin libre».

La policía científica y el forense habían llegado a la escena de la fábrica. Estaban trabajando sobre el terreno a la espera de la llegada del juez Izquierdo para levantar los cadáveres.

Lluís había tenido una discusión con Vázquez. Este había denunciado a Joan a la Unidad de Asuntos Internos de la policía. «Es mi deber», fueron las palabras del inútil ese. Lluís había defendido a ultranza la honestidad y el buen trabajo de Joan, pero no había servido de mucho. Los individuos como Vázquez no cambiaban de opinión tan fácilmente.

Aún seguían en la misma conversación, aunque el tono había bajado un poco. Ahora estaban hablando sobre la secta satánica.

—¿Cómo han llegado estas chicas hasta aquí si tenían vigilada a la secta? —dijo Lluís.

—No lo sé, pero lo averiguaré. ¿De qué dirección venían?

—Del barrio de La Floresta. Debería haberlo comprobado antes. Ahora tenemos dos cadáveres más.

—No me eche la culpa de su incompetencia.

—¿Perdón? Son sus agentes, que se deberían poner gafas… —Él no iba a ser tan blando como Joan o Víctor. No se dejaba intimidar tan fácilmente.

—Mis compañeros no vieron nada. Pero no se preocupe. He pedido una orden de registro al juez de guardia. Estoy esperando la respuesta.

—¿Una orden para qué? ¿Para escapar? —dijo Lluís muy indignado.

—No podemos entrar sin orden porque no se está cometiendo ningún delito flagrante. ¿Estudió en la academia? —Vázquez utilizó un tono que no le gustó nada. Él no tendría la paciencia de Víctor. Tenía la vena del cuello hinchada y estaba a punto de explotar.

Lluís ya estaba harto de esa pelea que no llegaba a ningún lado. Él

opinaba que la intervención a la secta se debería haber hecho antes. Ahora llegaba tarde. Vázquez se dirigía al barrio de La Floresta para preparar la intervención junto al Grupo Especial de Intervención (GEI).

—Si es así, lo acompaño.

—¡Ni loco! Yo no hago de niñera de nadie.

—Tranquilo, le sujetaré el babero cuando me vea en acción —dijo Lluís en el mismo tono burlón que había utilizado el inspector unos segundos antes.

Lluís se apartó más y llamó a la comisaria para pedir autorización. Ella llamó al superior de Vázquez y poco después tuvo la confirmación. Vázquez se cabreó con su comisario, pero tuvo que aceptar la orden.

Lluís, finalmente, subió al coche de Vázquez y diez minutos más tarde estaba al lado de la furgoneta de los GEI. El comandante de la unidad estaba preparando el asalto. Según ellos, los dos sospechosos estaban dentro del cobertizo de madera de la izquierda. El lugar medía unos 20 metros cuadrados y estaba al lado de la casa principal. Mientras, Lluís se colocaba el chaleco y cogía un rifle de asalto.

—Buscamos a estos dos individuos —dijo Vázquez mientras mostraba la fotografía de dos hombres. Uno llevaba barba y estaba un poco gordo. Se llamaba Ricard Matas y tenía 47 años. El otro era más delgado, alto y calvo. Tenía 35 años y se llamaba Jaume Llorens. Ambos con antecedentes por tenencia ilegal de animales exóticos, y Ricard, por hurto menor. «¡Qué gracia!».

La llamada del despacho del juez para autorizar la intervención llegó unos minutos más tarde. Tenían luz verde.

—¡Adelante!

Lluís siguió a Vázquez y al comandante de los GEI por la puerta delantera. Otro grupo cubría la parte de atrás.

Atravesaron la parte del jardín de delante, tiraron la puerta del cobertizo abajo y los agentes entraron de golpe.

—¡¡Policía!! ¡Las manos en alto! ¡No se muevan! —dijeron varios agentes mientras irrumpían en el interior del cobertizo.

—¡Es una propiedad privada! ¡¡Es inadmisible!! ¿Tienen una orden? —dijo Jaume.

—¡Al suelo! ¡¡Ya!! La autoridad judicial viene de camino —dijo Vázquez.

Los dos sospechosos se tiraron al suelo de inmediato. Iban vestidos con una túnica negra, y Ricard estaba especialmente nervioso. Jaume mantenía más la compostura. Estaba claro quién era el dominante.

El ambiente era bastante siniestro. La única iluminación provenía

de varias velas ubicadas encima de una piedra rectangular y de un par de estanterías pegadas a la pared.

Lluís se acercó al altar y vio restos de sangre. También había un cuchillo, ensangrentado, de las mismas dimensiones que la punta hallada en el cuerpo de Paco. En ambos objetos, la sangre ya estaba seca. Avisó rápidamente a Vázquez. Este asintió y llamó a la policía científica.

Mientras, los agentes del GEI llevaron a los dos detenidos a la furgoneta para su identificación y posterior traslado a la comisaría, y el resto de los policías registraban la casa principal.

Lluís siguió inspeccionando el lugar. El cobertizo era bastante amplio y podía albergar a unas diez personas como mucho. En la pared del fondo había una tela con el dibujo del pentagrama invertido tan característico de las sectas satánicas, y debajo estaban escritas en rojo las letras «Las Llaves del Mal». Luego se fijó en un pequeño armario en el suelo. Dentro había varios cuchillos iguales que el de la piedra y un cáliz dorado. En la repisa de abajo había una bandeja de plata y en el interior, unos pendientes dorados en forma de delfín. Los examinó y los metió en una bolsa de pruebas. «Es aquí», pensó Lluís, sonriente.

Según Vázquez, los asistentes a los rituales de esta secta eran adoradores de Satán. Realizaban rituales donde sacrificaban a animales para ofrecer la sangre a Satanás. Ni él ni su grupo de investigación habían encontrado pruebas de una mayor violencia en estos últimos meses. Aunque ahora ya estaba empezando a dudar.

Al cabo de unos minutos, salió al exterior. Los agentes del GEI habían entrado en la casa, y estaba limpia. Vázquez iba a interrogar a los sospechosos en su comisaría, y Lluís quería estar presente.

Capítulo 12

Víctor regresó al Instituto Forense a última hora. Joan aún seguía investigado, y Lluís, en esos momentos, estaba sufriendo el interrogatorio de los de Asuntos Internos. Así que volvió a abrir las puertas metálicas abatibles de la sala forense y entró con aire dubitativo. El olor de hospital mezclado con el aroma de la descomposición le trajo a la cabeza los malos recuerdos de la última visita. Allí, sentado al lado de una mesa, estaba el mismo doctor.

El forense había identificado a las dos jóvenes con las huellas dactilares. Eran dos chicas desaparecidas cuatro meses atrás. Se llamaban Laia Molina y María Gutiérrez; las dos tenían solo 17 años. «Eran unas crías». Después de sacar el maquillaje de sus rostros, se parecían mucho más a las jóvenes de la ficha policial. Ambas tenían familias pobres que vivían en la periferia de la ciudad. Una de ellas estaba al borde la indigencia. Por este motivo, habían descartado el móvil del secuestro por dinero y, como eran amigas, pensaban que se habían escapado de casa juntas.

—Mismo análisis de sangre. Restos muy leves de escopolamina y los tatuajes de los números son idénticos a los de los otros dos jóvenes.

—¿Causa de la muerte? —Aunque era muy evidente, en otras ocasiones se había llevado alguna sorpresa. Esta vez no fue así.

—Traumatismo craneoencefálico por un fuerte impacto en la cabeza que provocó la muerte al instante. Ambas murieron en el mismo momento.

—¿Algún otro signo de violencia?

El doctor asintió con la cabeza.

—Las dos fueron agredidas sexualmente, varias veces, según mi estudio.

—¿Qué? —Se le revolvió el estómago de nuevo y estuvo tentado de volver a la papelera, pero esta vez aguantó allí de pie—. ¿Hay ADN del agresor? —logró decir cuando contuvo la primera arcada.

—Sí. La última agresión fue muy reciente en una de ellas, en la señorita Molina. La muestra está en el laboratorio.

Con esas conclusiones aún en la cabeza, Víctor se despidió y salió al pasillo. Ahí fuera, sentada en una silla, estaba la madre de Laia. Víctor se acercó y se presentó.

—Cuatro meses de angustia desde la desaparición de Laia, y ahora…

—Lo siento mucho, señora. Vamos a buscar a los responsables. Pero antes, necesito hacerle una pregunta. —Él sacó una fotografía y se la enseñó—. ¿Eran de su hija?

La madre asintió entre sonoros llantos. En la fotografía se veían los pendientes dorados encontrados en el cobertizo de la secta. Eso confirmaba la relación con, al menos, Laia. Víctor se despidió y enfiló hacia la salida.

Al día siguiente, llegó a la comisaría para comunicar los resultados de las autopsias a su superior.

—Eran solo unas niñas, con mucho camino por delante. El culpable es un monstruo. Las tiene drogadas, las marca y abusa de ellas.

—Las dos escaparon con mucha fortuna. Tenían menos cantidad de escopolamina en la sangre. Fueron muy astutas y valientes.

—Sí, pero se escapan para terminar suicidándose. No tiene sentido —dijo Víctor.

—El miedo paraliza hasta al más fuerte de los individuos. Estaban aterradas y acorraladas.

—Lluís no encontró rastro del desconocido. Ayer también interrogaron a los dos detenidos en la comisaría de Sant Cugat. Los dos niegan los hechos, pero había sangre seca y unos cuchillos en el escenario. Lo están analizando. Además, estaban los pendientes de Laia. Eso los señala directamente.

Mònica asintió y cambió de tema:

—Me ha llamado el comisario de Vázquez. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Estaba furioso por el comportamiento de Joan.

—Actuó correctamente, según el protocolo.

—Sí, pero este episodio se suma a la conducta inapropiada del otro día. Los de Asuntos Internos lo tienen en el punto de mira.

—Pero no tienen nada. Estaba sobrio. ¿No estarás pensando en apartarlo del caso? —dijo Víctor, incrédulo por las insinuaciones de la comisaria.

—Desde más arriba me han pedido esto, pero de momento no lo voy a hacer. Los de Asuntos Internos han cerrado el caso y han resuelto favorablemente. Joan estaba limpio.

Víctor suspiró. «Menos mal». Las sospechas se desvanecieron.

—El inspector Vázquez y su ayudante vienen hacía aquí. Aún sigue muy enfadado. Querían intervenir en la secta en pleno ritual y han tenido que avanzar los planes.

—Tenemos los cadáveres de dos chicas en el Instituto Forense. ¿Qué quería?

—Quiero que te pongas a investigar toda la documentación sobre esa organización. Busca coincidencias con nuestro caso. Quiero la información de alguien de confianza, y ese eres tú. ¡Ponte a ello ya! —Víctor ya se retiraba cuando Joan y Lluís entraron a la sala común. Joan llamó a la puerta, y Mònica accedió para que entraran dentro.

—La investigación de Asuntos Internos está cerrada —dijo Joan.

—El caso sigue siendo tuyo, pero no cometas otro error. Tengo a mis superiores en la nuca —dijo Mònica.

Joan asintió con determinación. Víctor puso al día a sus dos compañeros. Cuando hubo terminado, el inspector Vázquez y otro policía aparecieron en escena. La cara de perro de Vázquez era muy visible. Estaba tan desencajado que ni se dignó a llamar a la puerta. Irrumpió en el despacho de la comisaria como si nada. Mònica alzó la voz e instó al inspector a tranquilizarse o lo echaría de la comisaría. Allí mandaba ella y no toleraría este tipo de comportamientos.

—¡Han fastidiado la operación! Queríamos a todos los componentes de la secta. Ahora se han escondido y no sacarán la cabeza.

Joan se mantuvo callado, y habló Lluís:

—El desenlace fue inevitable. Me hubiera gustado verle en la misma situación que mi compañero.

—¿Se ha quedado mudo, inspector? —dijo Vázquez ignorando a Lluís.

—No, pero a diferencia de usted, yo intento focalizar mis energías en solucionar este enredo.

—¡Qué suerte! No sé lo que haríamos sin usted —dijo Vázquez con sorna.

Mònica volvió a llamar la atención al inspector.

—Estamos en el mismo equipo. Supongo que no hace falta que se lo recuerde otra vez.

Vázquez asintió de mala gana y se giró hacia su ayudante, que aún no había abierto la boca, al igual que Víctor. Aquel le entregó una carpeta a Vázquez, que se la pasó a Víctor.

—Aquí está la documentación del caso. Espero que tenga más suerte que nosotros y encuentre algo útil.

—Por fin un poco de colaboración —dijo Lluís.

—Hay varios hilos que no encajan. Esta gente carece de la infraestructura para manipular a tantos jóvenes. Y, lo más importante, ¿dónde están? —dijo Joan.

—Algo no te cuadra, ¿verdad? —dijo Mònica.

—El origen está en Les Escales. Si son ellos, deben de tener más casas. Creo que no estamos ante una secta, sino ante un secuestro.

—¿Cómo llega a esta loca conclusión? Tenemos el pendiente de una de las chicas… —dijo Vázquez.

—Las torturas, los abusos, los asesinatos… Una secta capta a sus discípulos con una creencia. Hay una manipulación. En cambio, esto es únicamente una carnicería. Nada más.

—Entonces, usted descarta a la secta. Únicamente porque el *modus operandi* no le encaja. Por favor…

—No la descarto. Hay una relación, está claro. Pero faltan piezas en el puzle. Solo habían matado a animales. ¿Han pasado de un extremo a otro tan rápido?

—Es raro, pero posible. Aparte del pendiente, encontramos los mismos cuchillos, y los símbolos de las víctimas son idénticos a los de los animales.

—Sí, es posible. O simples distracciones. No le pido que descarte a la secta, solo que amplíe las miras. Si hay otra organización o son los mismos, con tanta policía merodeando, van a escapar. Hay que volver a los orígenes.

—¿En qué estás pensando? —dijo Víctor por primera vez.

—Voy a infiltrarme en la organización —respondió Joan de repente.

—¿Qué dices? De ninguna manera —replicó Víctor.

—¿Cómo? ¿Ahora quiere ir de héroe? —dijo Vázquez.

—Yo he estropeado el operativo y yo lo voy a solucionar. Hacen falta más respuestas y encontrar al resto de la secta o a la otra organización.

—Sin ninguna formación ni preparativos, es imposible —dijo Vázquez.

—Tengo la formación. Usted lo sabe, comisaria —afirmó Joan.

Él tenía razón. En el pasado, había trabajado en una operación especial y se había infiltrado en una organización criminal durante tres meses. Desde la comisaría central buscaban un perfil joven, y él encajaba en él. Había sido el mejor de su generación y eso había llamado la atención de los superiores.

—No lo es si estudiamos bien los informes y tiene el apoyo necesario —dijo Lluís. Él agradeció, otra vez, el apoyo de su amigo.

—Quieren perseguir fantasmas, yo tengo pistas sólidas. Además, no pueden hacerlo sin la autorización de mi jefe —dijo Vázquez.

—Aquí se equivoca. —Mònica cogió el teléfono y llamó a la oficina del juez Bruno Izquierdo. Vázquez fulminó a Mònica con la mirada. La secretaria del juez le pasó la llamada, y la comisaria puso el altavoz. Ella le contó brevemente el estado de la investigación y la propuesta del inspector Molins.

—Es peligroso y muy arriesgado. ¿Cómo lo piensan hacer? —dijo Bruno.

—Debemos estudiarlo —dijo Joan.

—Por la tarde iré a la comisaria y escucharé el plan. Entonces decidiré.

Cuando el juez colgó, Vázquez habló:

—La responsabilidad del operativo es solamente suya. Es una locura con tan poco tiempo. Yo me desentiendo y me voy a centrar en mi caso para encontrar al resto de la secta. Ustedes sabrán.

Vázquez y su ayudante salieron del despacho.

—Podemos trabajar en los dos frentes. Confío en tu instinto, Joan. Quizás hay algo más que se nos está escapando —dijo Mònica.

Víctor fue el primero en expresar sus dudas y en comentar en alto los presentimientos de todos:

—¿Y si Vázquez tiene razón y es una locura?

—Tú investiga estos papeles de arriba abajo. Hay que sacarle todo el jugo, entender a la secta o ver si es posible la existencia de otra organización —dijo Mònica.

—Si se debe llevar a cabo la infiltración, tiene que ser esta misma noche. No podemos perder el tiempo —dijo Lluís.

—Si tienen a más jóvenes retenidos, no pueden desaparecer tan rápidamente.

—O sí. Sin vigilancia, han podido huir impunemente —dijo Víctor. Él tenía razón. Con la investigación del suicidio de las chicas y la detención de los dos sospechosos de la secta satánica, habían descuidado la vigilancia de la urbanización Les Escales. Con la confusión, habrían podido empezar a escapar. Pero no podían perder la esperanza.

—Hay que intentarlo.

Joan estaba agotado de tantas emociones durante la noche anterior y quería ir a descansar a casa antes del operativo. Mientras, Víctor y Lluís acudieron a la llamada urgente de su antiguo inspector, Sergi. Parecía bastante alterado y quería hablar con los dos. No comentaron nada con Joan porque así se lo había pedido con insistencia.

Antes del mediodía, los dos llegaron al piso de Sergi. Ellos no ocultaban su preocupación ante la repentina llamada. Sergi abrió la puerta y los invitó a entrar.

—¿Qué pasa? Estamos en medio de la investigación y tenemos que volver a la comisaría lo más pronto posible —dijo Víctor.

—Lo sé. No os habría hecho venir si no fuera muy urgente.

—¿Y bien?

—Joan tiene un serio problema con la bebida. Mònica me contó el

último suceso con ese inspector, pero esto ya viene de antes.

—¿Qué dices? Es algo puntual, por el estrés de los últimos meses. Si Joan tuviera un problema…

—… os hubierais enterado, ¿verdad? Ja —dijo Sergi terminando la frase de Lluís.

—Fue un accidente puntual. Ha estado raro las últimas semanas, pero de ahí a tener un problema con el alcohol hay un mundo, creo —terció Víctor.

—¡¡Hacedme caso, joder!! —Sergi tosió, se sentó en el sofá y respiró hondo—. Sé detectar a un alcohólico a leguas de distancia. Yo tuve este mismo problema en el pasado, y Joan empieza a tener todos los síntomas. Aún está en una fase inicial.

—Si es así, hay que parar este operativo como sea —dijo Víctor.

—Yo lo he intentado con Mònica, pero no ha querido ceder. Tiene a sus superiores encima, y le piden resultados. Es casi su última carta.

—Joan sabe dónde se mete. Es un gran policía y ha tenido una idea brillante. Cuando termine el operativo… —dijo Lluís.

—Será tarde. En la última visita, quise confirmar mis sospechas. Si lo hubiera dejado allí, se habría bebido él solito la botella de Baileys. Ya conocéis la inestabilidad de Joan en el pasado —volvió a interrumpir Sergi.

—No lo creo. Cuando regrese a la comisaría, hablaremos con él. Si en ese momento no lo veo preparado, detendré esta locura —dijo Víctor.

—Cuando termine todo, llevaremos a Joan a un especialista —insistió Lluís.

Sergi negó con la cabeza.

—No. Debe ir a una clínica para tratar su adicción. Yo ya os he avisado. A partir de ahora, es vuestra responsabilidad. —Se levantó y los echó de casa de malas formas. Estaba muy enfadado.

De regreso a la comisaría, Víctor aún tenía más dudas de la viabilidad de la operación. Solo cruzaron unas pocas palabras entre ellos.

—¿Y si tiene razón Sergi? El desenlace puede ser fatal.

—Yo tengo plena confianza en Joan. Ha tenido una de sus brillantes ideas y nunca falla. Con nuestra ayuda, superará este problema. Tú céntrate en estudiar bien los papeles, de Joan ya me encargo yo.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a tener una conversación muy seria con él. Hay que actuar de frente.

Capítulo 13

A primera hora de la tarde, llegó el informe forense sobre la escena del coche calcinado en el descampado. Víctor y Lluís dejaron de lado sus trabajos para prestar atención. No había ninguna evidencia de que la muerte de Paco se hubiera producido en el interior del coche. No había rastro de sangre u otros restos de ADN suyo. En el maletero habían encontrado restos de fibras de una tela totalmente quemada que correspondían a una alfombra o un tejido similar. No podían determinar nada más porque el fuego había destruido cualquier otra prueba.

—Quizás transportaron el cadáver de Paco en el maletero —dijo Lluís.

—Aquí pone que había rodadas de otro vehículo, concretamente de una pequeña furgoneta, de un modelo muy corriente.

—Igual a la de los sospechosos. —Los detenidos tenían una furgoneta Renault que coincidía con las características.

—Sí, junto al pendiente ya tenemos algo más —dijo Víctor.

Más adelante, se descubría otra evidencia crucial. A unos pocos metros del coche, habían hallado un charco de sangre. Esta correspondía con el ADN de Paco. Según estos resultados, los forenses habían determinado que allí habían descuartizado a la víctima por la gran cantidad de sangre vertida en el escenario.

—Ya tenemos el lugar —dijo Lluís.

—Sí. Seguramente utilizaron el coche de Paco para engañar a las cámaras de tráfico y así hacernos creer que seguía vivo a esa hora.

—Pero en realidad conducía otra persona. El asesino.

—Es muy posible, aunque no se ve al conductor con suficiente detalle.

—¿Y el móvil?

—No hay nada importante. Las llamadas fueron a su exmujer y a un amigo —dijo Víctor leyendo una parte de la siguiente página.

Para finalizar, el informe concluía sin ninguna evidencia más. No había ninguna prueba física del asesino en el escenario.

—¡Qué lástima!

—Yo voy a seguir con los otros documentos. Por allí llega Joan. ¡Suerte! —dijo Víctor.

Víctor se fue, y Lluís fue al encuentro de su amigo. Él entregó el informe a Joan, que lo leyó muy por encima.

—¿Estás mejor?

—Sí. Nada como el descanso —dijo Joan.

—Y una buena copa, ¿no? —Lluís soltó la bomba directamente. Joan se sorprendió, pero él no tenía paciencia para la diplomacia—. ¿Podemos hablar en un lugar más tranquilo?

Joan asintió sin más. Los dos entraron en un despacho vacío, y Lluís cerró la puerta. Bajó las persianas interiores y miró a Joan. Este había tomado asiento y estaba a la expectativa.

—No me preocupes…

—Calla y escucha atentamente. —Lluís se tomó unos segundos y pronunció las siguientes palabras con mucho cuidado—: Me han llegado ciertos rumores que no me han gustado nada.

—Si te refieres al incidente del otro día, te lo iba a contar… —Joan calló de golpe ante la inquisidora mirada de su amigo.

—Voy a ser muy sincero. He puesto la mano en el fuego por ti y quiero que me respondas a una pregunta: ¿tienes un problema con la bebida?

Joan esquivó la mirada de Lluís y tardó unos segundos en responder. Su respuesta fue la esperada. Un no con evasivas.

—¿Cómo puedes insinuar una cosa así? Me conoces perfectamente. Si tuviera problemas…

—Sí, pero el estrés y la tensión de las últimas semanas pueden superar a cualquiera. Yo mismo me hubiera bebido una botella entera —dijo Lluís en un intento de empatizar con Joan. Este sonrió, se levantó y le dio unas palmaditas en la espalda a Lluís. Él lo agarró por el brazo y le soltó una última advertencia—: Me tienes a tu lado, pero no me defraudes. Si me fallas, no habrá una próxima vez.

—¡Ya está, Lluís! —Joan se revolvió—. No me gustan tus amenazas. Confía en mí y punto —dijo Joan en un tono que no admitía réplica, pero Lluís insistió:

—Es una advertencia. Sé que eres suficientemente maduro para apartarte si no estás preparado. Solo quería confirmarlo.

Joan asintió.

—Estoy preparado.

Lluís asintió, y Joan se fue. Él había sido muy duro, pero quería intimidar un poco a su amigo para que fuera consciente de los riesgos si volvía a tomar la decisión equivocada. Joan, normalmente, tenía la cabeza muy bien amueblada, pero, en ciertos episodios del pasado, los nervios le habían jugado una mala pasada.

Lluís se quedó pensativo, sentado en la mesa y con la mirada un

poco perdida. En el fondo del corazón no quería hacer caso de las advertencias de Sergi, pero en su cabeza había una vocecita que no cesaba y le hacía dudar. Otro agente entró en el despacho, y Lluís se sobresaltó. Se disculpó por haber invadido su despacho y se fue mientras el otro policía lo miraba perplejo.

Él fue al encuentro de Víctor. Lo encontró en su mesa entre muchos papeles. Lluís le hizo un gesto, y Víctor se levantó de mala gana.

—Estoy muy ocupado. Espero que sea muy importante. —Lluís ya sabía que Víctor odiaba las interrupciones cuando estaba en medio de una búsqueda.

—Lo es. Joan me ha convencido. Está preparado.

Mientras pronunciaba estas palabras, la voz interior lo seguía advirtiendo de los riesgos. Pero estaba seguro de que había tomado la decisión correcta. «Los amigos se apoyan unos a otros», pensó él.

Víctor seguía mostrando dudas.

—¿Se ha ofendido con las preguntas?

—Un poco. Pero ahora, en la reunión, le vamos a mostrar todo nuestro apoyo y confianza. —Lluís miró a Víctor con perspicacia, y este terminó sonriendo.

—De acuerdo. Estoy terminando de leer un informe y voy para allá.

Diez minutos más tarde, Joan, Víctor, Lluís y Mònica estaban sentados en la mesa de su despacho. Víctor había sido el último en llegar, con una carpeta llena de papeles. Cinco minutos más tarde, el juez Izquierdo se incorporó a la reunión.

—Cuando quieras —invitó Mònica.

—Como Joan temía, hay ciertos indicios que no encajan. —Víctor estudió el perfil de los dos sospechosos, de Ricard Matas y de Jaume Llorens, y no cuadra con un perfil psicópata o sociópata para cometer unos asesinatos tan brutales. Hay más personas involucradas. Además, a la hora del suicidio de las chicas, tanto Ricard como Jaume estaban siendo vigilados por la policía en su casa. Así que el sospechoso de la fábrica no era ninguno de ellos.

También estaban analizando la sangre hallada en el escenario, aunque únicamente habían encontrado un par de gallinas muertas. En los dos últimos días, no había aparecido nadie más por la casa de los detenidos, porque, seguramente, se habrían enterado de la detención de los líderes de la secta.

—¿Y los símbolos? —preguntó Bruno.

—El dibujo coincide, pero aún están analizando la técnica que utilizaron para ver si coincide con los símbolos de los animales

muertos.

—Vamos al perfil de los desaparecidos —dijo Mònica.

—Todos los jóvenes tienen la misma apariencia física y desaparecieron después de conocer a un desconocido. Los testigos nos han dado varias descripciones distintas de los sospechosos. Es una organización más grande que esta secta, o solo hemos descubierto la punta del iceberg.

—¿Y los números? —cuestionó Joan.

—Tiene que ser un número de identificación. Si hacemos caso a esto, como mínimo hay 40 jóvenes. Para ello haría falta una mansión enorme. Tampoco concuerda con la casa familiar de los sospechosos. Y al menos ellos no tienen más propiedades registradas. Vázquez sigue buscando al resto de los componentes de la secta.

—Para controlar a semejante número de jóvenes, se necesita a un pequeño ejército. ¿Cómo es posible que no hayamos encontrado a estos tipos antes? —dijo Lluís.

—Eso, y las drogas —añadió Joan.

Cuando Víctor terminó con los documentos, Joan se levantó, agradeció el esfuerzo de su compañero y expuso el plan:

—Iré a La Palometa, donde desapareció Marina, y me haré pasar por un joven solitario y abandonado. Esto llamará la atención de alguno de los múltiples sospechosos. Y alguno de los contactos del sospechoso lo avisará de que tiene una presa fácil. El objetivo es llegar al lugar donde están los jóvenes retenidos.

—¿Caerá en la trampa? —dijo Lluís.

—No tenemos a un único sospechoso. Con el engaño a Lluís, confirmó sus sospechas. Nosotros no tenemos nada, y él no tiene ni idea de que sospechamos del bar. Acudirá alguien a la llamada. —Joan hizo una pausa y luego siguió—: Me quedaré bebiendo en la barra, un lugar muy visible dentro del local. Seguro…

—¡Ni hablar! —soltó Víctor.

—¿Cómo? —dijo Mònica. Pero Lluís intervino rápidamente:

—¿Nos disculpáis un momento? —Agarró a Víctor del brazo y lo llevó fuera ante la atenta mirada del juez y la comisaria.

—¿Estás loco? ¿Esta es tu manera de apoyar a Joan? —dijo Lluís.

—¿En un bar? Es como meterlo en la boca del lobo. ¿Estamos locos todos? De ninguna manera. Hay que parar esto inmediatamente…

—Tú no vas a hacer nada porque confiamos en Joan. Es un excelente profesional, y, además, es la forma más rápida de llamar la atención de los secuestradores.

—Es un suicidio.

—¡Que no! Hazme caso. Yo estaré encima y, si veo que la situación

se descontrola, actuaré rápidamente.

—A ti te conoce el dueño del bar. ¿Cómo vas a vigilar a Joan?

—Dentro estará otro compañero de confianza. Yo esperaré fuera en un coche camuflado. ¿Contento?

Víctor seguía sin estar convencido del todo. Lluís lo notaba en la mirada, pero ambos terminaron entrando otra vez en el despacho. Mònica se levantó esperando una explicación por la inoportuna interrupción de Víctor. Este únicamente se disculpó, y Lluís habló rápidamente para evitar alguna pregunta incómoda de la comisaria. Pero no se salvaron.

—¿Se puede saber qué diablos ocurre? Y tú, cállate. Le estoy preguntando a él —dijo Mònica apuntando con un dedo acusador a Víctor.

—No estoy de acuerdo con el operativo. En el lugar concretamente. ¿Por qué en este bar? ¿No sería mejor dejarse caer por Les Escales? Es más cerca y más fácil —dijo Víctor inventando una excusa creíble.

Joan negó con la cabeza.

—Sería demasiado evidente y una zona más difícil de controlar. El bar es mucho mejor. Hay mucha gente y no sospecharán de un joven deprimido más. Y vosotros me facilitasteis el camino.

—¿Con el informe de las desapariciones? —dijo Víctor

—Tres en un mismo lugar en los últimos meses. Es evidente que alguien del bar La Palometa facilita la información al sospechoso para que acuda cuando ven algún chico vulnerable. Y ese puede ser Carlos o los dueños del local.

—¿Usted apoya al inspector? —dijo Bruno mirando a la comisaria.

Mònica sacó un informe de la operación de infiltración que desarrolló Joan en el pasado. Además lo apoyó con la resolución favorable de la Unidad de Asuntos Internos. Era evidente que el juez tenía dudas ante los últimos acontecimientos.

—Es nuestro mejor hombre para esta misión. Además, coincide con la descripción física de las víctimas.

—¿Cómo vigilarán al inspector? —dijo Bruno.

—Tres agentes estarán en el interior. Cuando llegue alguno de los sospechosos, alguien, desde dentro, deberá hacerle una señal apuntando a Joan. Este será el culpable, y lo detendremos cuando el sospechoso lleve a Joan con el resto de los desaparecidos. A mí me conocen, y por eso estaré fuera —dijo Lluís.

—Me parece la mejor opción ahora mismo —dijo Mònica.

—Tanto si son de la misma secta como de otra organización, esta es su forma de captar a nuevas víctimas —dijo Víctor.

Todos esperaban la respuesta del juez. Él debía autorizar la

operación y aún estaba un poco dubitativo. Tenía el rostro serio, muy pensativo. Finalmente, habló:

—Tiene sus riesgos, pero me gusta. Si funciona, tendremos el lugar exacto donde están las víctimas. Tenemos a demasiados desaparecidos y debemos actuar con contundencia. Tienen mi autorización. —Bruno relajó las facciones de la cara y sonrió a Joan—. ¡Suerte, inspector!

Joan también relajó la postura y agradeció la confianza del juez. Mònica se levantó de nuevo y fue a buscar un objeto en el cajón del escritorio. Cuando regresó a la mesa, llevaba un pequeño frasco en la mano. Nadie de los presentes conocía el contenido, pero la comisaria lo desveló rápidamente:

—Fisostigmina. Es un potente antídoto de la escopolamina. Esta será tu mejor arma allí dentro.

—¿Sabemos cómo suministran la droga? —dijo Joan.

—En la bebida o en cualquier comida. No había pinchazos en las víctimas —dijo Víctor.

—Por eso necesitas llevarlo contigo. Es muy efectivo. En el momento en que notes algún síntoma de la escopolamina, debes tomarlo inmediatamente. —La comisaria también le entregó un pequeño papel con los síntomas más habituales en caso de intoxicación por escopolamina.

Joan asintió y cogió el pequeño frasco para guardarlo en un lugar muy reservado. Se disculpó ante la comisaria, se giró y escondió el objeto.

—Deberías llevar un micrófono —dijo Víctor.

—¡Ni hablar! Es lo primero que van a comprobar. Estoy seguro —dijo Joan.

Mònica asintió.

—Sí, es mejor sin escuchas. No podemos tomar riesgos.

Víctor dejó el micrófono encima de la mesa.

—¿Y cómo nos avisará desde dentro?

—No hará falta. Yo los seguiré hasta su escondite y, una vez allí, prepararemos el operativo para entrar —dijo Lluís.

—No lo pierdas de vista —conminó Mònica.

Lluís asintió, y Víctor pronunció unas últimas palabras:

—Confiamos en ti, amigo. Como siempre. —Y se abrazó a Joan. Lluís se sumó con unas palmaditas en la espalda y más palabras de ánimo. Joan sonrió y agradeció las muestras de afecto en un momento tan delicado como aquél.

Joan, antes de dirigirse al bar, pasó por su casa para despedirse de Laura. Apenas le había contado nada de su nueva misión, y, si iba a desaparecer una noche de casa, merecía una buena explicación.

Siempre tenía el mismo ritual cuando tenía que contar una noticia relevante. Se sentaba en el sofá e invitaba a su novia a hacer lo mismo. La cogía de las manos y la miraba tiernamente. Ella ya se esperaba el golpe.

—¿Qué sucede ahora?

—Tengo que ausentarme toda la noche para infiltrarme en la organización.

Ella puso mala cara y giró la cabeza en señal de reprobación.

—¿Y tienes que ser tú, como siempre?

—Sí. Yo cometí el error con esas dos muchachas y debo repararlo. —Él intentó restablecer el contacto visual con el rostro de Laura. Así que puso su mano en la barbilla de ella y le giró lentamente la cabeza mientras mantenía una compasiva sonrisa.

—No cargues ese peso en tu conciencia. No fue culpa tuya. El destino de esas chicas ya estaba escrito, y tú no pudiste impedirlo.

—Oyéndote hablar así, casi me lo creo.

Ella se levantó repentinamente del sofá, un poco irritada. Él la siguió con la mirada sin moverse.

—¿Dónde está ese chico positivo con el que quiero pasar el resto de mi vida? Esta versión tan decadente tuya… Me preocupas mucho.

—Sobrepasado por las circunstancias, supongo.

—Pues despierta de tus cenizas. ¡Ve allí y demuestra el coraje de ese policía de antaño que se iba a comer el mundo! —Ella se aproximó de nuevo y le dio una suave bofetada. Él casi no se inmutó—. ¡¡Reacciona!! No llores las penas y levántate.

—Es muy fácil hablar cuando tú no has cometido las faltas.

—¿De qué faltas hablas? Hay algo más que me estás ocultando últimamente, y lo voy a descubrir.

—No. Da igual. Quizás tienes razón y me estoy cargando demasiada responsabilidad sobre mis hombros —dijo Joan fingiendo cambiar su registro pesimista.

Joan, para evitar hablar de su verdadero problema, se levantó y se dirigió a la habitación para cambiarse. Aunque cerró la puerta, ella irrumpió dentro.

—¡Ahora no huyas, y afronta el problema de frente!

—Eso voy a tratar de hacer con esta misión. Ya lo verás —él, en cierta medida, decía la verdad. Iba a meterse en un bar, lleno de alcohol, para dejarse atrapar por el sospechoso y, después, capturar al resto de miembros. Si conseguía reprimir las ganas de beber en ese entorno, habría vencido a su mayor miedo y podría tener éxito. «Es mi manera de combatir al miedo», pensó él.

Los siguientes minutos transcurrieron casi en silencio, mientras ella

seguía los preparativos de Joan en la distancia. Cuando se hubo cambiado de ropa, se despidió de Laura y se marchó, no sin antes añadir ella unas palabras de ánimo para reconfortarlo:

—Suerte, mi amor. Tienes mi apoyo, como siempre, aunque a veces sea dura contigo.

—Yo siempre noto tu respaldo. —Los dos se besaron apasionadamente y, con ese gesto, recobró las esperanzas de que la misión saliera adelante. Ya era casi la hora, y aún tenía que llegar al local. Así que se apresuró, bajó velozmente las escaleras y, al salir a la calle, pidió un taxi.

Capítulo 14

Media hora más tarde, Joan entraba dentro del bar La Palometa. Eran poco más de las diez de la noche, y el ambiente aún era tranquilo. El ruido de clientes hablando y golpeando los vasos contra la mesa todavía era soportable. De fondo, sonaba una música *pop-rock* de los años 80 que no lograba identificar, con el objetivo de animar a la clientela. Aunque, de momento, sin mucho éxito. Se dirigió con paso firme directamente al final de la barra y pidió una cerveza. Un hombre mayor con aspecto rudo se acercó para servirle una pinta. Apenas cruzó unas cuantas palabras con él.

—No lo he visto nunca por aquí —dijo el hombre mientras limpiaba la barra con un trapo mugriento. Joan levantó los brazos para facilitar la tarea.

—Sí. Vivo lejos de aquí, pero no tenía un rumbo fijo esta noche y terminé aquí.

—Pues me alegro. Ha elegido un lugar acogedor para aliviar las penas. —Se presentó como el propietario del local. Se llamaba Mario.

Luego se alejó para atender una mesa de clientes que reclamaban su presencia. Joan cogió la cerveza y tomó unos cuantos sorbos. Estaba muy fresquita, y el líquido bajando por la garganta era muy agradable. «Céntrate, Joan», se dijo a sí mismo. Se giró para observar el bar y así distraerse de la cerveza.

Apenas habían entrado un par de clientes más desde su llegada. Uno de ellos era uno de los agentes que debían vigilar el local. Los otros dos policías habían llegado unos minutos antes y estaban sentados en una mesa apartada con un par de cervezas entre las manos.

Más tarde, logró localizar al detenido de Lluís. Acababa de entrar en el local y se había sentado al otro lado de la barra. No lo conocía, así que Joan era un cliente más dentro del bar. «Ya están todos los protagonistas. Puede empezar la función».

Joan se volvió para atender de nuevo la cerveza y dejó caer un poco la cabeza hacia la barra en señal de abatimiento. Debía mostrar una imagen de persona hundida y apenada. Terminó rápidamente la consumición y pidió otra. Esta vez fue la mujer quien le sirvió la bebida. Ella, cuando se alejó, clavó la mirada en él. Joan disimuló y

miró hacia otra parte para luego girarse un poco y golpear la barra con el puño derecho. Con ese gesto, el codo impactó expresamente contra la jarra y derramó parte de la cerveza por encima de la barra.

Ese movimiento centró la atención de algunos clientes, pero sobre todo de Mario. Este llegó raudo con el mismo trapo para limpiar el destrozo mientras Joan se disculpaba por su torpeza.

—¿Un mal día?

—Un muy mal mes, diría yo, pero no le quiero molestar con mis tonterías.

—Tengo tiempo y soy bueno escuchando. —Mario hizo un gesto para mostrarle que el bar aún funcionaba a medio gas.

Joan asintió y le contó una historia bien inventada. En el último mes había perdido a su novia y lo habían echado del trabajo mal pagado tres meses atrás. Como ya no podía pagar el alquiler de la casa, hacía una semana que estaba viviendo en la calle. De un día a otro, su mundo se había derrumbado. Una muy mala racha.

—Podría ir a vivir con mis padres, pero ellos no saben nada de mi mala situación. Viven lejos de aquí y sobreviven con la pensión. No me pueden ayudar.

—¿Y el paro?

—No había cotizado suficientes años aún.

—¿Servicios sociales?

—Cobro una pequeña ayuda que me he pulido de bar en bar. ¡Soy un puto desastre! —Y Joan volvió a golpear la barra con el puño.

—Venga, anímese. Todos pasamos por una mala racha. Solo es eso. Necesita a la gente adecuada para salir de este pozo.

Joan mostró interés, pero sin demasiado ímpetu para no desmontar la tapadera.

—Nadie me puede ayudar. Déjelo estar…

—Se equivoca. Debe llamar a la puerta correcta. ¿Cuántos años tiene?

—Veintiuno. —Joan siempre aparentaba ser más joven y por eso engañó a Mario con su edad.

Mario asintió.

—Perdone...

Otros clientes reclamaban su presencia, y se fue a toda velocidad para ayudar a su esposa. Joan se quedó allí quieto y reflexivo. «Ya he plantado la semilla», pensó.

Para preparar adecuadamente el papel no habían escatimado en los detalles. Su ropa, vieja y gastada, mostraba a un desconocido en plena decadencia y sin dinero. Su pelo estaba grasiento y mal cuidado gracias a unos trucos baratos de peluquería para parecer un cabello

desordenado y sin lavar desde hacía algunos días. Su cuerpo también desprendía un cierto hedor, como si hubiera estado deambulando por la calle desde hacía un tiempo. El plan iba a la perfección. Luego, se terminó la cerveza y pidió una tercera. También debía fingir que bebía más de la cuenta.

A partir de aquí, su cabeza ya no estaba tan lúcida como antes. Había pasado otra hora más, y el local estaba un poco más lleno. La música animaba a unos cuantos clientes que se habían lanzado a bailar. El ruido de gentío gritando y riendo había aumentado de forma considerable.

Unos minutos más tarde, cuando iba a pedir una cuarta cerveza, un desconocido se acercó sigilosamente por detrás y se sentó en el taburete a su lado.

—¿No ha bebido ya suficiente?

Joan se sorprendió, giró la cabeza lentamente y miró detenidamente, de arriba abajo, al recién llegado. Era un joven desconocido, pero creía que los rasgos coincidían con alguno de los sospechosos. Aunque no era el joven camarero ni el supuesto novio de Marina. Tenía el pelo corto y rubio.

Joan volvió a prestar atención a su cerveza mientras preguntaba al desconocido:

—¿Quién es usted para meterse en mis asuntos?

—Alguien que le puede ayudar a salir de esta situación. Me llamo Miquel.

Entonces Joan buscó al propietario entre los clientes, pero no lo localizó y se volvió a centrar en el desconocido.

—¿Cómo?

—Aquí no. Hay demasiado ruido. Si me acompaña, se lo mostraré.

Joan dudó para no aceptar el ofrecimiento a las primeras de cambio. Al final, era un completo desconocido. Miquel vio sus dudas e insistió:

—¿Tiene una oferta mejor? Sabe que no puede salir solo de este pozo. Necesita ayuda.

—¿Cómo sabe que necesito ayuda?

—Llevo un buen rato observándole. —Joan sabía que era mentira, porque ese joven no estaba en el bar hacía media hora, cuando había echado una ojeada al local. Y este no era tan grande ni había tanta gente como para esconderse en un rincón sin ser visto.

—Por lo visto, no tengo nada que perder. —Joan iba a saldar la cuenta con el poco dinero que le quedaba cuando Miquel sacó un billete.

—A esta ronda invito yo. —Joan agradeció el gesto y acompañó al

joven a la salida mientras esbozaba una pequeña sonrisa. «El pez ha picado en el anzuelo».

El coche viejo y destartalado del subinspector Montes estaba aparcado a unos veinte metros del local, en el lado opuesto de una pequeña calle del barrio de Sant Antoni, cerca de la Avenida Paral·lel. Delante del local, había un grupo de jóvenes esperando para entrar, y, de vez en cuando, pasaba algún coche por la calle.

En el asiento del copiloto había un refresco medio vacío y los restos de un bocadillo que acababa de devorar unos minutos antes. Lluís bostezó y se acomodó en el asiento. Tenía el trasero medio dormido de todas las horas que llevaba allí fuera esperando la salida de Joan.

Era las tres de la madrugada, y, después de casi cinco horas, fue a estirar un poco las piernas e hizo pis en un árbol cercano. Aún estaba subiéndose la bragueta cuando uno de los agentes de dentro del local alertó a Lluís. Él salió corriendo hacia el coche.

—Un sospechoso ha entrado en el local.

—¡Mierda! —«Justo cuando me he movido de mi puesto»—. ¿Ha hecho alguna señal?

—Sí… Al propietario. Se ha acercado a él y este ha señalado a Joan. Ahora ya está hablando con el inspector.

—No lo perdáis de vista.

Lluís esperó nuevas revelaciones durante unos cinco minutos, pero no hubo ninguna comunicación más por parte de los policías.

—¿Siguen hablando?

—Afirmativo —respondió el otro agente.

Lluís detestaba esas guardias delante de un local esperando el movimiento del sospechoso. No soportaba estar quieto durante tantas horas sin hacer nada más que esperar el error del delincuente. Las guardias nocturnas eran muy duras y aburridas. Cuando estabas acompañado de un compañero, aún podías entablar una conversación, pero cuando estabas solo no podías matar el tiempo de ninguna manera. A él le gustaba más la acción, y en ese momento tenía unas ganas enormes de ponerle las manos encima a esos individuos.

—¡Ya salen, ya salen!

—De acuerdo. Ya los veo. —Lluís visualizó a las dos figuras saliendo del local y dirigiéndose en sentido contrario a su posición. Según le habían informado desde dentro, Joan había pedido cuatro cervezas y se había bebido tres de ellas. Estaba preocupado por la reacción de su compañero, pero a la salida del bar parecía bastante entero.

Esperó unos segundos más para arrancar el coche. La calle estaba

bastante desierta, y solo se escuchaban algunos gritos de fondo provenientes de una plaza cercana. «Seguramente, algunos jóvenes bebiendo y divirtiéndose», pensó él. Hubiera sido demasiado revelador encender las luces en medio de esa noche cerrada, así que avanzó, poco a poco, sin luces delanteras y únicamente con la iluminación interior del propio coche. Torció a la izquierda, y el sospechoso y Joan entraron en el aparcamiento más próximo. Él estacionó el coche antes de la entrada.

Por el retrovisor, vio acercarse a dos de los agentes de incógnito.

—Han entrado aquí —dijo Lluís.

Uno de ellos entró medio corriendo para seguirlos y ver el vehículo.

Al cabo de unos pocos minutos, el agente salió y advirtió a Lluís:

—Es un 4x4 de color rojo. Ahora salen. Y hay otra persona más. No le he podido ver bien el rostro.

Terminó de pronunciar la frase y la parte delantera del coche asomó por la salida del aparcamiento. Dentro había tres individuos, así que el tercer desconocido podía ser el falso camarero o el novio de Marina. El policía subió al vehículo, el 4x4 se alejó por la calle y Lluís arrancó de nuevo para seguirlos a una distancia prudencial.

Llevaban unos quince minutos de silencio casi sepulcral dentro del coche. Se notaba la tensión del momento. Se dirigían por la autopista de Montserrat, casi desierta, en dirección norte. Estaban atravesando La Sierra de Collserola. Pocos minutos después, tomaron una salida. De la autopista, habían pasado a una carretera de doble sentido. Y un par de minutos más tarde, abandonaron la carretera para entrar en la urbanización Les Escales, y el 4x4 rojo subió a la acera delante de una majestuosa casa. Estaba situada a pocos metros del vecino que había alertado de la presencia del coche del padre de Marina. Lluís apagó el motor del vehículo unos metros más atrás.

Del todoterreno salieron las tres figuras y entraron en la casa. Una de ellas era Joan con los ojos tapados con una cinta. Después, otro desconocido salió de la mansión para meter el coche dentro del garaje particular. Lluís tenía suficiente información para avisar a Víctor, quien estaba en la comisaría esperando noticias suyas.

—Es la casa de la calle Sant Vicenç, número 14. Prepara el operativo.

—Voy a despertar a la comisaria y al juez de guardia.

—¡Espera! Hay más movimiento. —Lluís cogió unos prismáticos para observar mejor la escena. La calle estaba alumbrada por varios fanales que aportaban bastante luz.

La puerta del garaje estaba abierta de nuevo, y salieron tres

vehículos ante la expectante mirada de Lluís. «¡Mierda! ¿Cuál es el coche?».

—No se vislumbra el interior. Han tapado los cristales —dijo el agente que estaba sentado a su lado.

—Allí sale el 4x4. Vamos a seguirlo —dijo Lluís.

—¿Y los otros? —dijo el otro policía.

Por el teléfono se escuchaban los gritos de Víctor reclamando una explicación:

—¿Qué está pasando? ¡¡Contesta, Lluís!!

—Han salido tres coches de la mansión. Seguiremos al todoterreno, pero necesitamos refuerzos, ¡¡ya!!

—La patrulla más próxima está en el barrio de La Floresta, pero no llegará a tiempo.

—¡Da igual! ¡¡Que venga ya!! —Lluís arrancó el motor y se pusieron en marcha de nuevo—. Te dejo. Te iré informando.

Lluís siguió al todoterreno a bastante distancia. Ya habían dejado atrás las últimas viviendas de la urbanización cuando el móvil de Lluís volvió a sonar. Miró de reojo y vio el nombre de la comisaria en la pantalla. Contestó rápidamente y puso el altavoz.

—¿Dónde está, subinspector?

—Casi en la carretera de nuevo. Persiguiendo al todoterreno.

—¿Alguien se ha quedado vigilando la mansión?

—Negativo, señora.

—¡Maldita sea, insensato! Seguramente es una maniobra de distracción y ahora estarán escapando impunemente. ¿No ha pensado en eso?

Lluís reflexionó un momento sobre las palabras de la comisaria y entonces cayó en la cuenta. Había sido muy estúpido.

—¡¡Joder!! No he pensado…

—¡Déjelo! Está claro que no ha nacido para pensar, subinspector. Les acaba de dar vía libre para escapar.

Lluís se mordió la lengua ante la falta de respeto de la comisaria. No fue para evitar una discusión inútil, sino porque en el fondo sabía que tenía razón y había cometido un error infantil.

—¿Qué hago ahora? —dijo Lluís conteniendo la rabia apretando los dientes.

—Usted, nada más. Siga al todoterreno e infórmeme de sus pasos. Yo voy a intentar arreglar este despropósito. —Y la comisaria colgó repentinamente.

Él aporreó el volante varias veces para desahogarse. Nadie dentro del vehículo se atrevió a abrir la boca ante los ostensibles gestos de ira del subinspector. Mientras, ellos habían accedido a la carretera en

dirección sur siguiendo al 4x4 a cierta distancia. Poco a poco, empezaba a amanecer y aparecieron los primeros coches más madrugadores.

Ellos siguieron al vehículo sospechoso unos diez minutos más hasta que se desvió en un área de servicio. Lluís aparcó unos metros más adelante y apagó el motor. Del otro coche solo salió un individuo y no era ni el sospechoso del bar ni Joan. Lluís se mordió la lengua y cerró los ojos.

—Los hemos perdido…

—Quizás están dentro del vehículo. No pierda la esperanza —dijo uno de los agentes.

Lluís se giró y dio unas indicaciones al policía de detrás.

—Entre en el establecimiento y no pierda de vista al sospechoso.

El policía asintió y salió.

Lluís esperó pacientemente hasta recibir la señal.

—Está saliendo de nuevo. Solo ha tomado un café y ha leído el periódico. No se ha comunicado con nadie.

—Está bien. Regrese.

El todoterreno ya había iniciado la maniobra para salir del aparcamiento cuando el policía regresó al interior del vehículo, y ellos también reanudaron la marcha.

Giraron a la izquierda, se incorporaron a una rotonda y dieron media vuelta. Estaban regresando por la misma carretera en dirección a Les Escales. Lluís cada vez tenía más claro que lo habían engañado de nuevo. «Se han reído en mi cara dos veces en pocos días», pensó él medio abatido mientras daba golpes al volante insistentemente para aplacar su ira interna. Ninguno de los otros dos agentes frenó su ímpetu contra el volante. Seguramente, pensaban que era mejor no cruzarse entre Lluís y su objetivo. E incluso era mejor porque así ellos no eran la diana del ataque de cólera.

Diez minutos más tarde, regresaban a la misma urbanización, pero el todoterreno no frenó delante de la mansión, sino de otra casa más pequeña y más alejada del barrio de La Floresta. Lluís apagó el motor y vio cómo salía el mismo individuo del vehículo acompañado de otro desconocido y ambos entraron en la casa.

—¿Puede ser esta la casa? —dijo Lluís en voz alta para sí mismo.

Él agarró el móvil y llamó a Víctor.

—¿Está la comisaria contigo?

—Sí, subinspector —dijo Mònica después de que Víctor pusiera el altavoz.

—Hemos regresado a la misma urbanización y nos hemos detenido delante de otra casa. Hay un par de sospechosos visibles.

—¿Dónde han ido antes?

Lluís contó rápidamente la pequeña excursión por carretera, la parada en la estación de servicio y el camino de vuelta.

—Lo que me temía: era una distracción. La patrulla ha llegado a la mansión y no ha habido más movimiento. El resto de los agentes están a punto de llegar.

—En esta otra casa podría estar el inspector. Debemos actuar antes de que se vuelvan a escapar.

—Subinspector, le ordeno que se mantenga en su posición y no actúe. No tenemos ningún indicio de que el inspector esté en el interior de esa vivienda.

—¿Y qué hacemos? ¿Esperar?

—Exacto. Espero que la orden haya quedado suficientemente clara. —Y entonces le pasó el teléfono a Víctor. Su amigo repitió el mismo mensaje:

—Lluís, no hagas ninguna tontería. Te conozco, pero esta vez quédate quieto allí. Primero debemos registrar la otra mansión. La orden del juez está de camino.

Obedeció a regañadientes, no sin antes alertar de que estaban cometiendo un error.

—Si le ocurre algo a Joan, no nos lo vamos a perdonar…

—Fuiste tú el que me convenciste de llevar a cabo la misión. Ahora asume tus consecuencias.

—¿Me estás culpando de este desenlace? —dijo Lluís subiendo el tono de su voz.

—No. Solo te estoy diciendo que aguantes tus impulsos y aguardes instrucciones. Tan fácil como suena.

Lluís aún se enfadó más por el trato recibido. No iba a permitir ese tono de aleccionamiento como si fuera un crío, y menos de Víctor.

—Yo no acepto órdenes tuyas. No estás por encima de mí.

—No. Pero la comisaria sí. ¿Quieres volver a hablar con ella?

—¡Vete a la mierda!

Lluís colgó el teléfono y lo tiró al suelo. Otra vez iba a golpear el volante, pero se abstuvo de hacerlo porque se dio cuenta de que los dos policías lo estaban mirando atentamente.

—¿Qué coño miráis? Necesito salir de aquí…

Los dos cruzaron las miradas, y el copiloto habló:

—La orden fue muy clara…

—¡¡Ya escuché la maldita orden!! —bramó Lluís ante la atónita mirada de sus dos compañeros—. ¿Crees que soy tonto?

—No, señor.

—¿Y tú, tienes algo que objetar? —Lluís clavó la mirada en el

policía sentado en la parte trasera. Como no pronunció ninguna palabra, él añadió—: Solo voy a la parte trasera para ver si hay alguna otra salida. Podéis estar tranquilos. Ya he cubierto el cupo de estupideces por hoy.

Salió y dio un portazo para después escabullirse entre los matojos del lateral de la vivienda. Tuvo la tentación de entrar en la casa y liarse a tiros, pero volvió a reprimir el impulso y se mantuvo a la expectativa. Divisó una puertecita en el jardín trasero que estaba cerrada con llave. Se escondió detrás de unos arbustos y esperó pacientemente mientras hacía girar su pistola sobre el dedo índice.

Capítulo 15

La oscuridad, esa mancha negra infinita, estaba metida en su retina desde hacía minutos, o quizás horas. No recordaba el momento en que se había sumido en ella. Él despertó de golpe del sueño. Desorientado, desubicado y con un fuerte dolor de cabeza, intentó recordar los últimos pasos.

Desde la entrada al todoterreno hasta la primera parada, todo se había vuelto oscuro. El continuo y constante traqueteo del coche, sin ser demasiado molesto, era muy perceptible y había sido su acompañante durante los últimos minutos. Algunos dicen que cuando pierdes un sentido, otro se agudiza. Y el oído únicamente escuchaba ese incesante sonido. Nada más. Ni una palabra ni una música de fondo. La nada más absoluta hasta la primera parada del recorrido.

Alguien abrió la puerta, y un ligero soplo de aire frío se coló por la abertura. Se estremeció y, al principio, dudó en acompañar al desconocido. «¿Dónde estoy?». Caminó unos pasos dubitativos hacia adelante, cruzaron una puerta y la temperatura volvió a subir. Aquí escuchó, por fin, las primeras palabras de alguien diferente:

—¿Dónde te habías metido? ¿Y quién es este tío? —Joan intuyó que se estaban refiriendo a él. Debía aparentar cierta intranquilidad y desasosiego, pero, de momento, no pronunció ninguna palabra. Solo giraba sobre sí mismo, una y otra vez, como si estuviera reconociendo el entorno. Finalmente, fue su acompañante quien habló:

—Un nuevo miembro. ¿Está todo preparado?

—Desde hace tiempo —dijo el otro desconocido.

—Ponte en marcha, nosotros esperaremos —dijo otra voz más joven.

Oyó unos pasos alejándose, y, de nuevo, reinó la paz. Fue en ese preciso instante cuando aprovechó para hacer la primera pregunta:

—¿Dónde estamos?

—Paciencia. No puedo quitarte aún el vendaje de los ojos, pero estamos cerca de nuestro destino final. Valdrá la pena. Eso te lo aseguro —dijo la misma voz joven. Este no era Miquel.

—¿No me puedes quitar la venda de los ojos aunque sea un instante?

—No —la negativa fue tan seca y rotunda que prefirió no insistir

más en el asunto. Ambos se mantuvieron callados hasta que el joven lo agarró de nuevo y lo condujo hacia el interior de la casa. Abrió otra puerta y lo introdujo otra vez en un coche. No iban a salir por el mismo lado. «Espero que no despiste a Lluís».

—Cuidado con la cabeza —dijo el joven mientras acompañaba con la mano la nuca de Joan. Las manos del chico estaban frías, y un nuevo escalofrío recorrió su cuerpo.

Estaban en un vehículo distinto, porque no podía estirar tanto las piernas. Estaba más encogido e incómodo en el asiento trasero. Primero intentó cruzar las piernas hacia el centro para tener mayor comodidad, luego retrocedió y después hizo un segundo intento golpeando con el pie la parte trasera del cuadro de mandos.

—¿Te quieres quedar quieto de una vez?

—Es muy estrecho.

El desconocido movió alguna palanca para liberar el asiento hacia adelante, y así pudo colocar las piernas en una posición un poco más natural.

—Gracias —dijo Joan. El conductor desconocido soltó un gruñido en respuesta a su agradecimiento mientras el vehículo volvía a ponerse en marcha.

Cuando abrió los ojos, seguía con la venda puesta en la parte trasera del coche. Le dolía el cuello porque había dormido en una mala posición. Realizó algunos estiramientos para aplacar el dolor de las cervicales y volvió a apoyar la cabeza en el respaldo. Ese dolor se juntaba con una intensa migraña fruto de la resaca de la noche anterior. Así era difícil concentrarse en nada. Creía que llevaban más de una hora de camino en el interior de ese coche, pero podía ser más. Por fin, aminoró la marcha y, poco después, frenó en seco. Volvió a abrir la puerta y lo agarró de nuevo por el brazo izquierdo.

—Ya hemos llegado.

Unas manos frías rozaron nuevamente su nuca, y, de repente, una luz blanca y cegadora impactó contra sus ojos. El desconocido le había quitado la venda de los ojos. Él parpadeó un par de veces para, poco a poco, irse acostumbrando a la nueva visión. El dolor de cabeza aumentó más con la intensa luz. Pero por fin veía la luz al final del túnel. O eso creía.

Estaba pisando un camino de tierra, y delante de él emergía una monstruosa construcción. Tenía forma de ele con dos puntas que sobresalían hacia él. Entre estas dos puntas estaba la estructura principal, y debajo de ella, una doble puerta de cristal. Siguió observando la fachada y se quedó embobado al ver los enormes ventanales repartidos entre los dos pisos. A media altura del primer

piso y en distintos puntos de la pared, colgaban unos pequeños fanales para iluminar el exterior de la vivienda. Los primeros rayos de sol impactaban contra la pared delantera iluminando los cristales y ofreciendo una imagen multicolor, como si se tratara del propio arcoíris.

Joan dio unos pasos atrás, pero su acompañante lo agarró del brazo para que no tropezara con unas pequeñas piedras del camino. Él se giró para contemplar un pequeño montículo rectangular de tierra más oscura rodeada de piedras de distintas variedades. A la derecha, estaba aparcado el vehículo que lo había trasladado hasta allí. Efectivamente, era un Ford con dos únicas puertas. Eso justificaba el poco espacio de la parte trasera.

Y al fin, centró la mirada en el desconocido. Era moreno y tenía una media melena negra. Más o menos, medía lo mismo que él. Cuando se fijó más, recordó ese rostro como el del supuesto novio de Marina. «Estoy en el sitio correcto. Pero ¿dónde?».

—¿Dónde estamos? —dijo Joan después de haber observado cada minúsculo detalle de los alrededores y del propio desconocido.

—En el campo. Respira el aire puro. Respira la paz. Es una terapia medicinal muy efectiva. —El joven se llamaba Joseph.

Esas fueron las únicas referencias sobre el lugar. Estaba claro que no le iba a ofrecer ninguna pista de la ubicación exacta de la vivienda. A él tampoco le habría valido para nada porque no se podía comunicar con sus compañeros. Esperaba que Lluís hubiera seguido su rastro hasta allí, aunque el cambio de vehículo podría haber despistado a los policías.

—¿Entramos? —dijo Joseph invitándolo, amablemente, a entrar.

A medida que se iban acercando a la fachada principal, se sentía cada vez más pequeño e insignificante. Cuando estaba debajo del arco de la entrada, miró hacia arriba para ver el final de la fachada. La edificación terminaba en forma triangular y chocaba con el tejado de pizarra de color marrón rojizo, muy característico de las casas de campo.

El anfitrión abrió una de las puertas de cristal, y Joan siguió sus pasos hacia el interior. El vestíbulo era aún más espectacular. Enfrente tenía un ancho pasillo donde prácticamente no se intuía el final, y a ambos lados se cruzaban dos escaleras que llegaban y se juntaban en el segundo piso. Justo delante del inicio de los escalones, en ambos lados, había otras dos puertas que conducían a cada una de las alas de la casa. El suelo era de un reluciente mármol de color blanco que brillaba con todo su esplendor.

La misma voz grave que la última vez resonó en sus oídos desde el

fondo del pasillo:

—Por fin llega el hijo pródigo.

—Te presento a Tony, nuestro guardián.

—¿Guardián? ¿Y qué guarda?

—Calma —dijo Joseph mientras levantaba la mano derecha—. Todas las preguntas irán teniendo su respuesta. —Entonces se giró hacia Tony y le dio una orden—: Acompaña a Joan a su nueva celda. Necesitará descansar.

«¿Celda?». Joan asintió, se despidió de Joseph y siguió a Tony. Este tenía unos hombros muy anchos y medía casi dos metros. Su movimiento era un poco torpe, pero estaba convencido de que esos enormes bíceps aglutinaban mucha fuerza en su interior. Al contrario que Joseph, Tony era rubio y un poco mayor que su primer anfitrión.

Los dos subieron las escaleras y giraron a la derecha. Siguieron un largo pasillo hasta pararse delante de una puerta con el número 7.

—Esta es tu celda. Entra y cámbiate. Tienes la túnica en el armario.

«¿Túnica? ¿Es esto un club de góspel?», pensó Joan. Él solo asintió, asomó la cabeza y, finalmente, entró. Era un dormitorio muy pequeño y austero en comparación a las dimensiones del resto de la casa. Dentro había otra persona durmiendo en una de las camas. «No estoy solo».

La habitación tenía dos camas y dos armarios pequeños, cada uno en un extremo, y, enfrente de la puerta, había una ventana con vistas al jardín trasero. Al llegar hasta aquí se había cruzado con varias puertas y tenía la sensación de que habían dividido las habitaciones originales de la casa en varios dormitorios mucho más pequeños para albergar a mucha más gente.

Si su habitación era la número 7, y contando que todas eran compartidas, al menos había el cuádruple de personas allí dentro, porque hacia el otro lado había un idéntico pasadizo con muchas más puertas. En el recorrido hasta su habitación, no se había cruzado con nadie, porque, seguramente, aún estaban durmiendo.

Se dirigió a la ventana y se llevó una sorpresa. Detrás del cristal, había una reja. Él abrió la ventana y tocó el hierro. Eran unos barrotes anchos y sujetos a la pared por ambos extremos. Imposible de cortar o doblar. «¿Para qué serán?». Aprovechó el aire fresco para despejar la cabeza, pero el dolor no remitió.

Ante él se extendía el jardín. En el medio había un camino recto de tierra que conducía a otra casa más pequeña con una cúpula en el techo. Cuando miró hacia el horizonte, solo logró ver árboles y más árboles. Estaban en medio del campo, tal como le había dicho Joseph.

«En eso no ha mentido». Se giró, cerró la ventana, abrió el armario y cogió la túnica blanca para cambiarse de ropa. Estaba muy cansado, así que se recostó en la cama y cayó rendido a los pocos minutos.

Víctor iba muy ajetreado por uno de los pasillos de la comisaría. Andaba muy rápido y metido en sus pensamientos. Al girar una esquina, chocó con un compañero y se le cayeron los papeles al suelo. Él, molesto por este contratiempo, se agachó y los cogió rápidamente mientras se disculpaba de cualquier manera con el otro policía.

Se dirigía apresuradamente a la sala de interrogatorios. Desde la pérdida del rastro de Joan, unas pocas horas atrás, la tensión había aumentado ante la ausencia de buenas noticias. Y él se disponía a sacar toda la información del sospechoso. Entró por la puerta y se sentó delante del propietario del bar, Mario. Víctor fue al grano. No tenía tiempo que perder.

—Sabemos su conexión con el sospechoso. Tiene la oportunidad de colaborar si no quiere ser acusado de colaboración con una organización criminal, el secuestro de Marina y el homicidio de Paco. Tenemos pruebas suficientes para llevarle ante el juez. Hemos encontrado mucho dinero en un doble fondo de la mesa de su despacho. También presentaré cargos contra su mujer. Si no habla… —dijo Víctor todo de golpe y sin parar hasta la interrupción.

—Hablaré. Mi mujer debe quedar al margen. Ella no sabía nada. Se lo juro —interrumpió Mario. El propietario quería proteger a su esposa.

—Bien. Empecemos por el principio. Si la información es útil, hablaré con el juez. ¿Cómo contactaron con usted?

—Una mañana, hace un año y medio, apareció un tipo joven por el bar. Muy simpático y embaucador. Se interesó por el negocio. No sé cómo sabía que estaba pasando por una muy mala racha económica. —Mario, desesperado, estaba al borde del desahucio en esa época, según se desprendía de la contabilidad del negocio y había corroborado Víctor.

—¿Dijo su nombre?

—No. Cuando le pregunté cómo se llamaba, pasó y siguió con su plan. Me ofreció colaborar. Me daría una gran cantidad de dinero si yo le ofrecía cierta información. —Víctor no interrumpió, y Mario siguió la explicación—: Debía avisarle si entraba en el local algún joven con problemas. Él tenía una organización para ayudar a chicos con dificultades.

—¿Qué clase de problemas?

—No especificó. Yo ya me imaginaba a qué problemas se refería. Depresión, adicciones…

—¿Le dio alguna indicación más?

—Sí. Debía tener unas características físicas muy concretas. Los chicos, morenos con el pelo corto, y las chicas debían ser rubias con el pelo largo y liso, y de piel blanca. Luego, apuntó un número de teléfono y una importante cantidad de dinero en una servilleta y se fue.

Víctor apuntó las características en la libreta. Coincidían claramente con los rasgos de todos los desaparecidos. «¿Por qué esta petición una y otra vez?».

—¿Y aceptó sin más?

—La cantidad era demasiado suculenta para rechazarla. Estaba casi arruinado. Necesitaba el dinero. Y este llegó al día siguiente en un sobre. Además, el chico parecía inofensivo. Pensé que solo buscaba ayudar a otros con problemas.

—¿Y qué hizo?

—Dos noches más tarde, apareció una joven en el local. Estaba sola y necesitaba ayuda urgentemente. Cogí la servilleta, dudé un buen rato, pero terminé llamando. Contestó la misma voz y dijo que vendría esa misma noche. Al cabo de una hora, apareció por la puerta, le señalé a la chica y me dio un sobre con más dinero.

—¿No le extrañó que esos jóvenes no aparecieran más por el local?

—El mundo de la noche es muy diferente al diurno. No tengo una clientela tan fija. La gente viene y va. No me fijé.

Mario siguió relatando un par de casos más muy parecidos. El contacto fue cada vez más fluido. Se intercambiaban llamadas continuamente. Víctor ya tuvo suficiente y se interesó por la noche de la desaparición de Marina.

—De inicio, el contacto sucedió de forma muy parecida, pero luego se complicó más. El chico se encariñó de la chica. Lo vi desde el primer día. El trato fue muy diferente. Y luego, en vez de desaparecer, vino acompañado, algunas noches más, con unos amigos de ella que no estaban la primera noche. Después, a la cuarta, desapareció. Y no volvió más hasta que yo le avisé.

—Cuando apareció el padre, supongo.

Mario asintió.

—Me asusté bastante. Tenía información e hizo muchas preguntas. Llamé al mismo número, no contestó y le dejé un mensaje en el contestador alertando del problema. Me contestó con un mensaje al cabo de unas horas. ¡Dios mío! ¿Cómo pude ser tan estúpido? Fue culpa mía, ¿verdad? —dijo Mario entre lamentos.

Víctor hizo caso omiso y formuló una última pregunta:

—¿Cuántas víctimas en el último año?

—Seis contando al padre de la chica.

—Paco. Se llamaba así y tenía familia. Espero que se haya hecho rico y le haya valido la pena. —Víctor se tomó una pausa—. ¿Por qué siguió colaborando después de drogar a su esposa?

—Me amenazó con matarla. Ya no había más dinero. Yo pensé que, si había entrado en el bar con esa facilidad, podría matarla sin miramientos. En ese momento, lo entendí.

—Podría haber acudido a la policía.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo habría explicado todo esto? Mi esposa estaría muerta antes de llegar a la comisaría. Era inútil. Tenía mucho miedo.

Víctor lo miró con desprecio y se levantó entre quejas de Mario pidiendo clemencia para su mujer. Luego, se lo llevaron a los calabozos. Seguramente, no sabía nada de las verdaderas intenciones del desconocido, pero tenía buena parte de la culpa. Hablaría con el juez para que tuviera cierta indulgencia con él y no presentara cargos contra la mujer. Probablemente, él no se libraría de la cárcel, pero la pena sería considerablemente más reducida. «Pobre iluso».

Por un lado, Víctor pidió investigar el número de teléfono del supuesto novio de Marina a la policía científica cuando recibiera la autorización del juez Izquierdo. Tenía pocas esperanzas, porque, seguramente, ya estaría dado de baja. Y, por otro lado, la comisaria había ordenado el registro del inmueble donde habían perdido el rastro de Joan mientras también ponían vigilancia a la segunda casa, donde había ido a parar uno de los vehículos sospechosos, con la esperanza de que hubiera algún movimiento.

El juez Izquierdo había autorizado el registro ante sonoras quejas por el nefasto operativo. De momento, habían pasado varias horas sin ninguna señal, y Lluís había ido a descansar a su casa. Él no tenía mucha fe en el éxito de esa vigilancia en la segunda casa porque seguramente era un simple señuelo para despistar a los policías. En cambio, Lluís insistió en entrar, aunque fuera sin una orden judicial. La comisaria no accedió, y Lluís se fue muy contrariado.

Ahora se dirigía a su despacho para investigar la documentación de la propiedad de la primera vivienda, la mansión donde se había instalado esa gente hasta su precipitada huida. Según la información del registro, la propiedad pertenecía a una sociedad mercantil con domicilio en las Bahamas, un conocido paraíso fiscal. La empresa tenía tres socios, de los cuales había solicitado la información fiscal de cada uno de ellos. Pero, en un principio, no había ninguna relación con los dos líderes de la secta satánica. ¿Y si Joan tenía razón y estaban ante otra organización?

El trámite tardaría algún día, así que se disponía a tomarse un

descanso cuando un agente lo paró en medio del camino.

—Subinspector, tengo información relevante. —El agente estaba investigando el pasado de la familia Alonso por orden suya a través de la documentación que había facilitado la unidad de desapariciones. Según él, había encontrado un par de informes hospitalarios sospechosos—. Aquí, Marina fue a urgencias por una fractura en el brazo derecho.

Víctor cogió el informe y leyó las conclusiones. «Causa indeterminada del accidente», detallaba la última página. Pero el agente le entregó otro aún más relevante.

—En este otro, ingresó en urgencias en un hospital privado. Por una hemorragia vaginal abundante. Menorragia fue el diagnóstico.

—¿Cómo? —Víctor arrebató el informe de las manos del agente. Leyó detenidamente el informe, pero las conclusiones tampoco ofrecían más detalle, y no tenía suficientes conocimientos médicos para entender la palabra *menorragia*—. ¿Por qué no se informó a la policía? En esa época, Marina era menor, y ante cualquier mínima sospecha… —dijo Víctor, sin querer, en voz alta.

—No sé, pero quizás debería hacer una visita al hospital.

Víctor agradeció el trabajo del agente y no lo pensó dos veces. Cogió la chaqueta y salió disparado hacia el hospital. Tenía que averiguar la verdad inmediatamente. Igualmente, no podía comprender cómo la unidad de desapariciones había pasado esa información por alto.

De camino hacia allí, informó a la comisaria del hallazgo, y lo instó a mantenerla informada ante cualquier nueva revelación. «El caso puede dar un giro de 180 grados», pensó él.

Capítulo 16

Joan se despertó al mediodía y había dejado atrás el cansancio y el dolor de cabeza de la pasada noche. Se incorporó y, al lado de la cama, tenía una bandeja con un lomo a la plancha y una manzana. Él, temeroso de sufrir cualquier intoxicación por escopolamina u otro tipo de droga, decidió esconder el lomo y comió la fruta sin la piel. Salió de la habitación, dejó la bandeja vacía delante y fue en dirección a la escalera. No había nadie y bajó las escaleras hasta la planta baja. Allí, un guardia le llamó la atención, y él se sobresaltó.

—¿Dónde vas tú?

—Estoy buscando a Joseph —fue lo primero que se le ocurrió.

—Ahora están todos comiendo. Regresa a tu celda y ya te avisarán. ¡Vamos! —dijo el desconocido con muy malos modales.

Joan obedeció, dio media vuelta y subió las escaleras. Él notaba la mirada del guardia clavada en la nuca. Ese lugar parecía más una prisión que una secta. Giró la esquina y siguió el pasadizo hasta el final. Solo había puertas y más puertas cerradas. Sin nada más que hacer ni explorar, regresó a la escalera principal. Se asomó con mucho cuidado y exploró el vestíbulo de nuevo. Ahora estaba vacío. Su objetivo era la cocina, que, según le habían comentado, estaba en la planta baja.

Cuando llegó abajo, miró a ambos lados y se coló por la puerta de la izquierda. «He acertado».

La cocina era amplia, con una isla central donde estaban los fogones. A la derecha había una nevera con dos puertas y un congelador. A esa hora, el servicio estaba descansando, tal como pudo comprobar al ver la cocina vacía. Se coló dentro y cogió un par de cosas de la nevera. No había ninguna cerveza ni botella con alcohol, así que se conformó con un vaso de agua. «Qué gente más rara. ¿Dónde lo guardarán?».

Después del ataque de gula, regresó al dormitorio sigilosamente y se encontró una sorpresa: su nuevo compañero estaba de pie al lado del armario. Era moreno y tenía el pelo corto, evidentemente. Debía de tener alrededor de unos 20 años y vestía la misma túnica.

—¿Quién eres tú? ¿De dónde vienes? —dijo el compañero en una mezcla de sorpresa y de hostilidad.

—Mi nombre es Joan. Vengo de dar un paseo. Creo que somos compañeros de habitación. —El desconocido lo miró con desconfianza y paseó la mirada de arriba abajo, como si estuviera analizando un nuevo descubrimiento.

—¿Acabas de llegar? No utilizamos nuestros nombres aquí dentro, ¿sabes?

Joan asintió.

—Disculpa, no lo sabía. ¿Cómo nos identificamos?

—Por números. Yo soy el 21.

—Entonces, a mí me toca el 22.

—No. —Esbozó una sonrisa y relajó el rostro—. Somos algunos más. El líder supremo decidirá tu número.

—¿Quién?

—Ya lo verás esta noche en tu ritual de bienvenida. No tengas prisa.

—¿Y puedo conocer tu nombre real?

—¡Silencio! —La cara del desconocido se ensombreció.

El chico se levantó, abrió la puerta levemente y miró a ambos lados. Cerró de nuevo y se acercó a Joan.

—Martin. Pero mejor no hablar muy fuerte. Las paredes oyen, y te puedes meter en un buen lío.

Joan volvió a asentir.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí dentro?

—No lo recuerdo bien. Quizás un año o más. ¡Da igual!

Martin empezaba a agobiarse con las preguntas, y Joan decidió cambiar de tema.

—Bonito jardín. Es precioso ¿Podemos ir fuera? —soltó él.

Martin iba a contestar cuando alguien llamó a la puerta. Su compañero se puso de pie, y Joan imitó el movimiento.

El invitado era Joseph. Vestía una túnica larga, como la suya, pero de color negro.

—Ha llegado la hora. ¿Estás preparado?

—¿Para qué?

—Tu presentación delante de los demás miembros. ¡Vamos! —Joseph extendió una mano, y Joan se la cogió. Ambos anduvieron por el largo pasillo ante la mirada indiscreta de algunos jóvenes que habían salido de sus habitaciones y acompañados de dos guardias. Bajaron las escaleras y enfilaron el largo pasillo en dirección al jardín.

La noche ya había caído, y la luna brillaba en el cielo. El camino de tierra del centro estaba delimitado por varias antorchas hasta llegar al otro edificio rectangular coronado con una cúpula.

Una vez en el interior, se abrió delante de él una espectacular sala

alargada coronada por la misma forma ovalada del exterior. «He regresado a la edad media de golpe». Tanto la estructura como las personas de allí eran de otra época. La iluminación provenía de varias antorchas colgadas en las paredes de piedra y en las múltiples columnas repartidas por todo el espacio. La piedra y la arena eran los dos elementos predominantes en esa especie de santuario. Unos grupos de escalones a cada uno de los cuatro lados convergían en el centro de la estancia. Este era un cuadrado de arena que le recordó a los antiguos anfiteatros romanos, con la única diferencia de no ser un círculo. Esperaba no ser él el espectáculo.

Joan levantó un poco la cabeza para observar el otro extremo. Enfrente de él, al otro lado, a la mitad de los escalones, había un altar de piedra rectangular, y, unos escalones más arriba, había tres almohadas en el suelo. Una de ellas ya estaba ocupada por un señor de avanzada edad, calvo y con un bastón en el lado derecho. El desconocido estaba sentado con las piernas cruzadas y clavó la mirada en Joan. Él, al ver los ojos blancos, se inquietó y giró la cabeza hacia otro lado. La impresión de ver esos ojos le revolvió el estómago.

Joseph empezó a bajar los escalones y dejó a Joan en el centro del cuadrado junto a otros tres jóvenes, dos chicas y un chico con la misma apariencia física. Ellos, con la piel morena y el pelo corto, y ellas, con la piel blanca y rubias.

De hecho, cuando se fijó en los desconocidos de la estancia, la imagen le impactó mucho. Todos tenían los mismos rasgos físicos e iban vestidos con túnicas blancas. La única excepción entre ellos era la presencia, repartida por varios puntos del santuario, de algunos jóvenes con la túnica de color rojo y, aún más alejados, de los guardias.

Cuando Joan miró otra vez hacia arriba, las tres almohadas ya estaban ocupadas. En el centro estaba el mismo hombre calvo, seguramente el líder. En el lado derecho estaba sentado Joseph y al otro lado, Tony, el guardián. Detrás de ellos había un par de tipos con una ropa radicalmente distinta. Muy corpulentos y altos, estaban con los brazos cruzados con cara de muy pocos amigos y desentonaban claramente. Había algunos más repartidos por el perímetro del santuario y en la entrada. «Serán los matones».

Esperaron unos minutos más mientras entraba más gente por la misma puerta por la que había accedido él unos minutos antes. De hecho, no había ninguna otra entrada visible. Según sus cálculos, allí podía haber más de una cincuentena de jóvenes más algunos guardias pegados a la pared.

Joseph y Tony se levantaron y luego ayudaron al otro hombre a

moverse para imitar el mismo movimiento. Tenía algunos problemas de movilidad en las piernas, pero sus brazos aún reunían bastante fuerza. Los tres vestían las mismas túnicas negras, pero el desconocido del centro también tenía un collar dorado como signo diferencial. Joseph levantó la mano, y todos los presentes callaron casi al unísono.

—DEMOS LA BIENVENIDA A NUESTROS NUEVOS INVITADOS —gritó el hombre desconocido. La autoridad de su voz terminó de acallar los últimos cuchicheos entre algunos grupos de jóvenes del sector derecho.

—Para formar parte de nuestro grupo espiritual, debéis superar este rito de iniciación y entonces podréis encontrar el camino de la paz y la sabiduría —añadió Joseph.

«¿Paz? Lo dudo mucho…», pensó él. Por el lado izquierdo, aparecieron cuatro chicos con túnicas rojas. Entre ellos, estaba Miquel, el joven que le había abordado en el bar. Cada uno de ellos llevaba una copa con un líquido rojo parecido al vino tinto.

—Bebed de la sangre de nuestro Creador. Ella os fortalecerá y os suministrará la sabiduría necesaria —dijo Joseph.

Uno de los chicos le ofreció la copa, Joan la cogió y cuando notó el líquido en sus labios, volvió a bajarla lentamente como si estuviera bebiendo. «Espero que no se den cuenta». Joan giró la cabeza hacia la derecha y vio cómo todo el mundo bebía de unas copas parecidas repartidas entre el público. Cuando los cuatro hubieron bebido, los presentes aplaudieron.

—Acercaos —dijo otra vez el hombre mayor.

Los cuatro empezaron a andar lentamente y subieron los escalones hasta el altar. Joseph se levantó y acompañó a la primera joven hasta quedar delante del desconocido. La chica se agachó, Tony cogió otro cáliz dorado, y Joseph ayudó al líder para poner sus dedos dentro de la copa y después ungió una cruz en la frente de la chica. Parecía una especie de ceniza de color gris oscuro. El ritual se repitió tres veces más y cuando Joan notó los fríos dedos en la frente, se estremeció de nuevo.

Luego, de repente, Joseph quitó la túnica de la primera chica dejándola medio desnuda delante de todos y la acomodó boca abajo en el altar. Ella no opuso resistencia y se movió lentamente hasta colocarse en la posición adecuada. Otro sacerdote se acercó con un instrumental y empezó a dibujar un símbolo en la espalda de la joven. Cuando hubo terminado, ella se volvió a vestir, y Joseph repitió los mismos pasos con los otros dos.

Al finalizar con el tercer joven, llegó el turno de Joan. Él, obediente, se sacó la túnica mostrando el torso desnudo, se estiró en la

piedra y, pronto, empezó a notar un cosquilleo intenso en la espalda mientras le dibujaban el símbolo. El hormigueo cesó unos minutos más tarde, se levantó y se puso de nuevo la túnica.

Para terminar el ritual les entregaron una medalla bañada en oro con un número. La suya llevaba escrito el número 47. Entonces, Joseph habló de nuevo:

—Ahora ya sois miembros de nuestro clan. Vuestros antiguos nombres son el pasado, y estos números, el futuro.

—El ritual ha terminado por hoy. ¡¡ACLAMAD A VUESTROS NUEVOS COMPAÑEROS!! —terminó diciendo el líder.

Una vez pronunciadas estas palabras, automáticamente, los presentes volvieron a aplaudir y gritar durante varios minutos. Luego, se acercaron varios jóvenes para felicitarle. Según veía él, la gente estaba demasiado dócil y obediente. Seguramente la bebida contenía una pequeña dosis de escopolamina, o alguna sustancia similar, y por eso ninguno de los otros tres nuevos miembros había mostrado oposición alguna al ritual. Agradeció los gestos y cuando vislumbró a su compañero, se acercó a él. Este, en vez de decirle algo, lo abrazó y luego pasó de largo. Tenía la mirada perdida, como si estuviera aturdido. «O más bien, drogado», pensó él.

Poco a poco, el santuario se fue vaciando hasta quedar una decena de personas, entre ellas el líder supremo, Joseph y Tony. Cuando abandonó el santuario, se escondió detrás de unos matojos del jardín y esperó la salida de los tres.

Al cabo de un par de minutos, los tres salieron en dirección a la casa. Una vez en el interior, Joseph y Tony se dirigieron al ala derecha mientras el líder se dirigía a la planta superior. Joan optó por seguirlos a ellos dos. Seguramente sería más interesante que acompañar a la cama al líder. Los dos entraron por otra puerta, que quedó entreabierta. Joan se acercó, comprobó el pasadizo y aprovechó ese resquicio para escuchar la conversación. Por suerte, la mayoría de los guardias habían acompañado a los jóvenes a sus dormitorios o se habían retirado a descansar.

—¿Cuándo estarán listas las cámaras? —dijo Joseph.

—Aún faltan varios días. Ha sido todo muy imprevisto —respondió una voz desconocida.

—No quiero excusas, sino soluciones.

—Sí, señor. Le avisaremos cuando esté listo.

—Tus hombres deben estar muy atentos. Deben vigilar el perímetro para comprobar que no nos han seguido hasta aquí.

—Así lo haremos —respondió Tony.

—No vuelvas a fallar, porque no tendrás el favor del líder otra vez.

—Joseph salió rápidamente, y Joan tuvo el tiempo justo de esconderse detrás de un mueble del pasadizo. Por suerte, Joseph enfiló hacia el otro lado, y él pasó desapercibido.

Cuando Joseph se alejó, él emprendió el camino hacia su habitación. Mientras pasaba por delante de la puerta, escuchó los gritos y la reprimenda de Tony. Estaba muy furioso. «Sin cámaras, tendré más libertad de movimiento», pensó Joan. Los guardias se centrarían en vigilar el exterior y las puertas de entrada a la mansión. Así que, en el interior habría más libertad.

Víctor llegó al hospital La Esperanza y preguntó por el doctor Montero. Era él quien había firmado el informe y hoy estaba de guardia en urgencias. Bajó al sótano y fue directamente a una de las salas box, donde encontró a un médico de unos cincuenta años atendiendo a un paciente con una posible fractura.

Una de las enfermeras vio a Víctor y salió del box.

—Disculpe, pero usted no puede estar aquí.

Víctor enseñó la placa de policía.

—Quiero hablar con el doctor ahora mismo. Es urgente.

—El doctor Montero está atendiendo una urgencia. Ahora no puede salir.

Víctor vio al paciente retorciéndose de dolor en la camilla y decidió esperar en la sala de espera.

Media hora más tarde, el doctor salió para atenderle. Lo acompañó a una sala de descanso, y Víctor cerró la puerta.

—Tengo poco tiempo. Debo ir a quirófano para operar.

Víctor puso el informe encima de la mesa.

—Necesito una aclaración.

El sanitario leyó las dos páginas y puso cara de circunstancias. Víctor intentó refrescarle la memoria:

—Hace unos años atendió a esta joven en urgencias por una importante hemorragia. Ahora, esta chica está desaparecida y es de vital importancia conocer los detalles de ese día.

—Como entenderá, atiendo a una decena de pacientes cada día. Urgencias es muy caótico. No me acuerdo de un caso de hace cuatro años.

—Lo comprendo perfectamente, pero el informe está incompleto. Inconexo. Ustedes guardan un registro más completo en su base de datos.

—Esa base de datos es confidencial.

—Se trata de una chica desaparecida y de un padre asesinado. Si quiero, puedo conseguir la orden en pocos minutos —deslizó Víctor cuidadosamente.

El doctor se levantó a regañadientes y llamó a una auxiliar. Se fue con ella a un ordenador para imprimir unos documentos y luego regresó.

—Aquí está todo. —Víctor leyó por encima, pero tampoco aportaban mucha más luz al asunto.

—Se supone que cuando llega una menor con posibles signos de violencia, avisan a la policía. ¿Por qué no lo hizo en esta ocasión?

—Por lo que veo, no había signos claros de abuso ni de violencia. Urgencias es muy caótico, si no es un caso claro… Este cuadro coincidía más con menorragia —dijo el doctor releyendo las últimas frases.

Víctor puso cara de asombro, y el médico aclaró sus dudas rápidamente:

—Es como se llama a la pérdida abundante de sangre durante el período menstrual de la mujer. En la adolescencia puede llegar a afectar a un tercio de las jóvenes. No es tan extraño. Tenía el periodo esos días, hicimos unos análisis y estaban los registros bien. Cuando la hemorragia cesó, la mandé a casa y le dije que pidiera una visita con su ginecólogo.

—¿Hubiera actuado igual si tuviera conocimiento de otro ingreso anterior? —dijo Víctor mientras sacaba el otro informe de la carpeta —. En ese caso fue una fractura.

—Seguramente, sí. Para denunciar algún abuso, debe haber pruebas, o al menos, indicios claros, subinspector. Usted lo sabe mejor que nadie, supongo. No tenía golpes ni moratones ni ningún desgarro en la zona vaginal. Estaba tranquila y serena. —El doctor hizo una pausa—. Si no necesita nada más, me esperan en el quirófano.

Víctor se levantó y dejó marchar al doctor. No podía serle de mucha más ayuda. Según su criterio, si había algún indicio, el médico debería haber avisado a la policía. Pero había otra persona que podría aportar respuestas a sus preguntas: la madre de Marina.

—Disculpe las horas, pero tengo unas preguntas muy importantes. —La mujer se desilusionó al instante. Seguramente pensaba que podría haber novedades sobre la desaparición de Marina o la muerte de Paco. Víctor se fijó y añadió—: Estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos, pero necesito su ayuda.

Ella dejó entrar al subinspector. Víctor explicó el motivo de la visita y, finalmente, le enseñó el informe médico.

—Lo recuerdo. Nos llevamos un buen susto. Marina se levantó gritando y asustada porque había manchado las sábanas de sangre. Rápidamente fuimos a urgencias. ¿Por qué lo pregunta? —dijo Anna.

—¿Notó alguna conducta extraña en ella o en Paco?

—¿Mi exmarido? ¿Por qué me pregunta por él? Ah… Ya entiendo. ¿Cree que pudo abusar de ella? —La mujer, después de pensar unos instantes, se levantó airada—: ¿Cómo puede pensar eso de él? Manchar su nombre de esta manera… ¡Fuera de aquí!

Víctor se levantó del sofá, pero insistió en ello:

—Señora, entiendo su enfado, pero comprenda las dudas. Fue el segundo ingreso en urgencias casi consecutivo. Antes hubo esta fractura, y, si buscamos más... —Víctor iba a enseñarle el otro informe, pero ella no hizo caso.

—Paco fue un excelente padre. Nunca le puso la mano encima a Marina, y menos para abusar de ella. ¡¡Por el amor de Dios!! ¡¡¡Es repugnante!!!

—Entonces, ¿qué sucedió?

—Tenía periodos menstruales muy abundantes. Sucedió más adelante, y nuestro médico de familia le recetó unos medicamentos.

—¿Tiene las recetas?

—Pues no. Porque ya hace un par de años que no le sucedía con tanta frecuencia y dejó de tomarlos. —Anna lo acompañó a la puerta —. Por favor, ya está bien. No siga por aquí.

—¿Y la fractura?

La mujer le echó una mirada furiosa, pero respondió a la pregunta:

—Un simple accidente. Cayó mal por las escaleras. Solo eso. Paco tenía carácter, no lo niego. A veces se enfadaba. Pero nada más. —Ella se tranquilizó un poco más, pero pidió que abandonara la casa—. Y ahora, si me permite, voy a descansar. No quiero hablar más.

Víctor cesó en el intento de sacar más información, ella lo acompañó hasta la puerta y lo echó del apartamento. Víctor aún tenía más dudas que antes. La madre negaba cualquier abuso, pero podía hacerlo por vergüenza, por la culpa, por remordimiento o por cualquier otro motivo. Además, la reacción tan airada era un poco sospechosa. Debían investigar si existían más visitas a urgencias. Eso les podría aclarar algunas cuestiones.

Capítulo 17

Unos días más tarde…

Lluís regresó a la segunda casa de la urbanización Les Escales para relevar a la patrulla de agentes que había estado vigilando durante la noche. Se recostó en el asiento delantero y recuperó la rutina de los últimos tres días. Cogió el bocadillo de la guantera y se dispuso a dar el primer sorbo de la mañana al café.

Sin movimiento en los alrededores, la vigilancia era extremadamente aburrida. No habían vuelto a ver a esos dos tipos y seguramente habrían huido por alguna otra salida. La comisaria había ordenado mantener la posición y esperar acontecimientos. Pero Lluís cada vez era más pesimista y empezaba a estar harto de la espera. Necesitaba acción. Sus dos errores casi consecutivos en la investigación lo habían condenado a esta vigilancia estéril.

Reclinó un poco el asiento para estar más cómodo, cambió de posición varias veces y terminó dando un par de patadas a los pedales del coche. Estaba rabioso por perder el tiempo de esa manera. «Es insoportable. No puedo más».

El registro de la primera casa, de momento, no había aportado ninguna pista sobre el paradero actual de Joan, ni tampoco una relación clara con la secta satánica. Estaban en un punto muerto. Él cada vez se sentía más frustrado e impotente. Habían escapado delante de sus narices, y había seguido al coche equivocado. Debía enmendar ese error, y la única forma era desobedeciendo las órdenes de la comisaria. Estaba dispuesto a entrar sin orden judicial y encontrar alguna pista. La vida de Joan podía depender de su desobediencia.

Se reincorporó en el asiento otra vez, salió del coche y rodeó el perímetro de la vivienda para inspeccionar las ventanas más de cerca. No vio ningún movimiento dentro. En la parte trasera, empujó la puerta de la verja, y esta se abrió sola. Antes de entrar, miró a ambos lados para comprobar que nadie lo estaba siguiendo y accedió al jardín. Después, corrió hacia una puerta de cristal para acceder a la cocina. Se disponía a forzar la cerradura cuando esta cedió sola. No estaba cerrada. «Qué extraño». Pero eso no frenó el ímpetu del subinspector, sino todo lo contrario. Su curiosidad aumentó

considerablemente. Desenfundó la pistola y entró en la cocina. Luego, fue al comedor y se fijó en la ausencia de muebles. Estaba todo vacío.

Cuando llegó a la planta superior, el resultado fue el mismo. Nada. No había rastro de ninguna persona y habían vaciado los pocos armarios que quedaban en las habitaciones. Regresó a la planta baja y se fijó en una puerta de madera del fondo. Era diferente del resto y llamaba la atención. Era de madera de roble y parecía muy robusta. Abrió y un sonoro crujido rebotó hacia el interior del espacio. Delante de él, aparecieron unas escaleras de madera. Encendió la luz y bajó con la pistola firme en la mano derecha mientras escuchaba el crujido de cada escalón tras cada paso. Ese sonido, en una casa vacía, era inquietante, pero Lluís siguió adelante.

Una vez tocó el suelo de nuevo, sus ojos se quedaron perplejos ante la visión. Era un sótano transformado en una especie de santuario. Al fondo, una piedra rectangular destacaba por encima del resto de objetos, y detrás colgaba una tela con un extraño símbolo irreconocible para él. Se acercó y tocó la superficie del altar. Estaba frío y liso.

Lluís inspeccionó el resto de la estancia. Detrás del altar, había una mesa con un cáliz dorado. El recipiente estaba vacío, pero en la superficie había unas manchas de color rojo. Algunas antorchas colgaban de la pared de piedra y había un par de columnas casi en el centro de la sala. El suelo era arenoso y los zapatos se hundían un poco. «¿Por qué han dejado intacta la habitación y se han llevado el resto de los muebles de la casa?», se preguntó a sí mismo. La composición era muy similar al cobertizo de madera de la secta satánica.

Se acercó lentamente a la tela que colgaba y la tocó suavemente con los dedos. Era áspera al tacto y bastante gruesa. Miró con detenimiento el símbolo de color dorado, pero no recordaba uno igual. Parecía un perro con tres cabezas. Era horrendo. «Tengo que salir de aquí…».

Un ruido de unas pisadas en el piso de arriba alertó a Lluís. Subió las escaleras velozmente, pero, cuando llegó, el comedor estaba completamente vacío. «Quizás ha sido la sugestión», pensó él. Entonces decidió llamar a Víctor. Aunque esperaba un sermón, la científica debía inspeccionar el lugar para buscar alguna nueva pista. Era vital para encontrar a Joan. Tecleó el nombre en el móvil y esperó un par de tonos hasta que escuchó la voz de Víctor.

—¿¿Qué?? No te podías estar quieto. ¡Maldita sea! ¿Quieres arruinar todo? —dijo Víctor una vez escuchó la aventura de Lluís.

Lluís no quería esperar el sermón e interrumpió a Víctor:

—He encontrado una especie de santuario. Hay un altar y una tela con un símbolo. Se parece al cobertizo.

—¿Qué símbolo? ¿De qué hablas?

—No tengo ni idea, pero debe venir la científica. Parece un monstruo con tres cabezas. Trae algún especialista. —Al no escuchar nada, insistió—: Mira, después me puedes echar la bronca, pero ahora no disponemos de más tiempo.

—No podemos registrar la vivienda sin una orden. Es allanamiento de morada. ¿Conoces el delito que acabas de cometer?

—¡¡Da igual, coño!! ¡La vida de Joan es más importante que la puta burocracia!

—Con tu actitud no salvarás a Joan. ¡Lo matarás con tu imprudencia! —Lluís empezaba a perder la paciencia con Víctor y el tono de su voz aumentaba gradualmente.

—¡¡¡Haz lo que te dé la gana!!! Yo ya te he avisado. —Colgó el teléfono y, de repente, escuchó un ruido detrás de él. Se giró rápidamente, pero fue en vano. Sintió un golpe en la nuca y cayó al suelo inconsciente.

Lluís despertó mareado y dolorido. La cabeza daba vueltas en medio de la oscuridad. Puso la mano en la nuca y notó un líquido viscoso. Seguramente era sangre de una pequeña brecha, pero estaba tan oscuro que era imposible confirmarlo.

Levantó la mano derecha y enseguida topó con una estructura metálica. Empujó con todas las fuerzas, pero no cedió. Intentó cambiar de postura para poder empujar con los pies, pero el lugar era demasiado pequeño. «¿Dónde estoy?». El compartimento tenía un balanceo constante y bastante perceptible. Intentó agudizar el oído y escuchó un ligero traqueteo. Estaba en un coche, y lo habían capturado. Ahora estaba perdido.

No tenía la pistola ni el móvil. No se podía comunicar con nadie. Debía intentar salir de ahí como fuera, pero, aunque pudiera abrir el maletero, tampoco podría saltar con el coche en marcha. Pero necesitaba respirar el aire libre. Así que, con la mano, siguió palpando el lado izquierdo y notó un objeto más blando. Empujó un par de veces, y este cedió un poco. Un rayo de luz penetró dentro del maletero junto a un soplo de oxígeno y le reconfortó un poco. Había conseguido sacar el respaldo del asiento trasero situado en el medio. Pero en esa posición era imposible mirar por el agujero. Para él, ya era la segunda vez que estaba en un lugar cerrado. La primera fue mucho peor que esta.

«Era uno de los primeros casos como subinspector, y él era un joven con mucha ambición. Era un policía muy hábil con la pistola y

estaba en un excelente estado de forma. Debido a su naturaleza rebelde y repelente a las normas, se metió en un buen lío. En vez de esperar a los refuerzos en una redada en el puerto de Barcelona tras un chivatazo, él decidió intervenir solo. Era su gran oportunidad y casi le costó la vida. Esperó el intercambio de droga y, cuando una de las bandas desapareció de la zona, él quiso intervenir para capturar a un peligroso delincuente relacionado con el narcotráfico. Aparentemente, solo estaba acompañado por un matón y tenía el factor sorpresa a su favor. Pero no calculó bien, y lo pillaron antes de la intervención. Notó la punta de la pistola en la nuca y se le heló la sangre. Decidieron meterlo dentro de un contenedor vacío en medio de una de las terminales del puerto. Allí, solo, en la oscuridad y sin oxígeno, pensó que iba a morir. No veía nada y, desesperado, golpeó varias veces la cerradura metálica. Pero era tan gruesa que era imposible romperla. Se sentó en un rincón y agachó la cabeza esperando el fatal desenlace. Por suerte, los refuerzos habían llegado pronto y habían visto cómo lo escondían en uno de los contenedores. Así que los policías lo sacaron rápidamente de allí. La reprimenda no fue nada comparada con los minutos que pasó en aquel asfixiante habitáculo».

Cuando su mente terminó de recordar el suceso, volvió a intentar salir de allí. Respiró hondo durante unos segundos y probó fortuna por el otro lado. Allí topó con la cerradura metálica del interior del maletero, pero, sin ninguna herramienta, no podía forzarla. Así que, decidió esperar hasta que el traqueto fue más intenso e incluso rebotó un poco por algunos baches en el camino. Y, de repente, el balanceo cesó.

Poco después, escuchó el ruido de dos puertas cerrándose y unos pasos se acercaron a su posición. Eran dos desconocidos que ahora estaban hablando entre ellos, pero no lograba entender ninguna palabra. Acomodó la cabeza contra la superficie más cercana al respaldo trasero e intentó colocar los pies pegados a la abertura del maletero.

Una mano manipuló la cerradura y abrió de golpe el maletero. La luz del sol cegó su visión, pero golpeó con las piernas a uno de los desconocidos y saltó al exterior. Se reincorporó y se dispuso a enfrentarse al otro individuo cuando sintió una descarga eléctrica en la pierna y cayó medio paralizado al suelo. Después, unas manos lo agarraron por el brazo y otro le pegó un puñetazo en la cara.

—¿Te vas a estar quieto o necesitas otra descarga? —dijo uno de los individuos.

Lluís intentó zafarse varias veces e intentó dar un par de patadas al desconocido de delante sin éxito. Pero cuando el mismo individuo

enseñó la pistola eléctrica, él entendió que no tenía ninguna posibilidad y cesó en el intento de escapar de allí. Al menos, de momento.

Los dos desconocidos arrastraron a Lluís hacia la enorme mansión que tenía delante. En lugar de acceder por la entrada principal, dieron un rodeo y entraron por una puertecita pequeña situada en uno de los laterales de la casa.

A muy pocos metros de allí, Joan ignoraba los problemas de Lluís. Era el quinto día dentro de la mansión, y había hecho algunos avances. Aunque no estaban las cámaras conectadas, no tenía libre movimiento porque debía esquivar a los sacerdotes y a los guardias que vigilaban tanto el exterior como el interior. Para salir al jardín o fuera de la casa, debían pedir permiso a uno de los sacerdotes y siempre salían acompañados. Su interés, por eso, no estaba en el exterior, sino dentro.

Los guardias vigilaban aleatoriamente diferentes zonas de la casa, y debía ir con mucho cuidado. Pero después de un par de días, ya conocía los turnos, las rutinas y a un gran puñado de ellos. La persona que había elaborado los turnos no era una mente muy brillante, y esta seguramente era Tony. Eso sí, escapar al exterior ya era otra historia. Todas las puertas estaban cerradas y vigiladas las 24 horas del día. Era imposible huir. Además, por las noches, cerraban las celdas y nadie podía salir de su dormitorio.

La gran mayoría de compañeros tenían problemas con el alcohol o las drogas. Algunos eran ladrones que antes vivían en la calle y se ganaban la vida robando. Desechos sociales sin familia ni un techo bajo el que vivir dignamente. Otros sufrían graves trastornos o depresión. Y unos pocos, los más débiles, se volvían locos allí dentro. Así era como, al igual que él, los habían engañado para entrar en la organización. Les prometían superar sus adicciones, ganarse la vida honradamente y volver a la civilización al cabo de un tiempo. Todo mentiras.

En esos días también había aprendido el funcionamiento de la organización. Cada vez tenía más claro que se trataba de un simple secuestro y no de una secta. Los jóvenes estaban divididos en tres grupos. El primero estaba formado por los sacerdotes con túnicas rojas. Colaboraban activamente en el funcionamiento y, normalmente, llevaban más de dos años. No oponían ninguna resistencia y tenían permiso para entrar y salir. Algunos incluso iban a trabajar. Se habían acostumbrado a esta nueva vida y solucionado sus problemas con la sociedad. Varios de ellos estaban bajo la influencia del síndrome de Estocolmo.

El segundo grupo tenía una antigüedad de alrededor de un año o incluso un poco más, los cuales ya no se oponían a la organización tan activamente, pero aún estaban siendo vigilados. De vez en cuando, en algunas circunstancias, aún se les suministraba la escopolamina, o mal llamada burundanga, y aún eran sometidos a torturas y abusos. Su compañero de habitación era uno de ellos.

Y, por último, el resto de los jóvenes, que formaban el grupo más numeroso. Ellos vestían con una túnica blanca. Los colores de la túnica servían para diferenciarlos más fácilmente, y el sistema funcionaba a la perfección. Llevaban poco tiempo en la organización y varios de ellos querían escapar de allí. La mayoría tenían ciertos problemas de adicciones o depresión. A estos se les suministraba la droga con bastante frecuencia para así mantenerlos controlados. Las dosis estaban muy controladas para evitar cualquier sobredosis, pero varios jóvenes habían muerto en los últimos meses. Si eso ocurría, Tony abandonaba el cadáver en algún lugar remoto. Habitualmente mezclaban a los miembros de los tres grupos para aumentar el control, porque los sacerdotes eran los ojos de Joseph.

Si alguien intentaba escapar, recibía un duro castigo en el cuarto de los horrores. Así lo había bautizado él mismo en la única visita. En una de las incursiones después de la comida, un guardia fuera de su turno habitual lo pilló fuera de la celda. Alertó a Joseph, y este mismo lo arrastró hasta el sótano. Cuando abrió la puerta, lo empujó y lo tiró escaleras abajo. Al aterrizar contra el suelo, se llenó la cara de arena. Al levantarse con dificultad, pudo observar el espacio. Era una especie de calabozo. Solo había cuatro paredes, arena en el suelo y un rastro de sangre debajo de unas cadenas metálicas.

Joseph ató sus manos en las cadenas colgadas del techo, le quitó la túnica y lo golpeó treinta veces con un látigo entre sonoras carcajadas. Eso era la primera vez. Si volvías a infringir alguna norma, los latigazos aumentaban en número y fuerza. Más de uno había muerto desangrado. Él aguantó con heroicidad los primeros quince latigazos, pero después sucumbió ante el dolor y, ya en los últimos, no pudo reprimir los gritos de dolor. Cuando terminó, lo soltó y lo empujó hasta su celda. Antes de subir las escaleras, Joseph le agarró el rostro con las dos manos.

—A ver si entiendes el mensaje —dijo con una cínica sonrisa. Pasó una de las manos por la espalda ensangrentada de Joan y luego puso esta misma mano en el rostro del inspector. Él cerró la boca y los ojos para evitar el contacto con la sangre. Joseph estaba fuera de sí, y Joan tuvo miedo por primera vez en mucho tiempo.

Más tarde, cuando había llegado a su celda, le trajeron un poco de

agua en un cubo para que su compañero le lavara las heridas. Él había aprendido la lección.

Ante la desesperación, algún joven se había intentado suicidar, y por eso decidieron instalar los barrotes en las ventanas. Entre los suicidios, las torturas, los abusos y las sobredosis, allí moría más de uno cada mes. «Es el infierno», pensó él después de la sesión de tortura que había sufrido en sus propias carnes.

Aún no había logrado descubrir el motivo o la finalidad del secuestro. Tantas torturas y abusos debían de tener algún fin. ¿O solo era pura diversión? En el caso de Joseph, era muy posible. Pero el líder supremo pasaba la mayor parte del día escondido en la habitación, y era Joseph quien infligía el daño la mayoría de las veces. El líder solo participaba en algunas ocasiones y estaba más incómodo.

El mayor problema de su infiltración eran las comidas. Los residentes comían juntos en el comedor, y allí no tenía escapatoria. La comida contenía la droga de la escopolamina, y era fácil detectar los síntomas en sus compañeros a los pocos minutos. La confusión, la agitación y, en algunos casos, el delirio eran signos evidentes de la intoxicación. Debía fingir para salir airoso. Todas las raciones no contenían la droga, sino que estaba distribuida de forma aleatoria, pero a él ya le había tocado utilizar el antídoto un par de veces. Él, igualmente, seguía sus incursiones a la cocina. Tenía un plan muy elaborado para aprovechar las horas de descanso y, así, coger muy poca comida para no hacer saltar las alarmas.

La rutina dentro de la organización era muy similar todos los días. Muy tranquila y demasiado aburrida para él. Cada miembro tenía asignada una tarea en el mantenimiento de la casa. Algunos trabajaban en la cocina, otros, en la limpieza y unos pocos, en las hectáreas de campo al lado de la finca. Esta última tarea estaba reservada a los más veteranos, por el enorme riesgo de fuga que existía. Joan estaba asignado a la cocina, y por eso había aprendido los turnos y las rutinas de los pocos empleados que no tenían nada que ver con los jóvenes. Además, había descubierto el lugar donde escondían el alcohol. Este estaba reservado para los guardias.

Como no podía robar ninguna botella, cuando terminaba el turno, se quedaba un poco rezagado y bebía alguna copa de *whisky* o ginebra. Él había reducido mucho la ingesta de alcohol y, con el paso de los días, le costaba más dormir y estaba más ansioso. También había regresado el leve temblor en las manos que había sufrido en la fábrica abandonada.

Por las tardes, era el momento de la perversión. Joseph, algunos días, se inventaba unos juegos macabros donde los jóvenes

participaban obligados. Heridas con cuchillos, mordiscos y golpes eran el resultado de la diversión de Joseph. El líder y Tony no participaban de los delirios de Joseph, pero tampoco los evitaban. Según ellos tres, los jóvenes tenían sucia el alma, eran desechos de la sociedad y merecían el sufrimiento.

Una vez a la semana, podían salir al exterior en grupos de cinco personas y acompañados por un buen puñado de guardias. Él aprovechaba las salidas para correr un poco alrededor de la finca y mantenerse en forma. Era la mejor actividad de la semana para Joan.

El plato principal era por la noche. Tenían un ritual donde se realizaban las ofrendas al líder para agradecerle la bondad y la ayuda en su recuperación. «Muy irónico», pensaba él. Esas sesiones eran muy escabrosas, casi tenebrosas. Primero, bebían del cáliz, donde el vino contenía una droga alucinógena. Joan evitaba beber, o escupía el contenido sin que nadie lo viera. Luego, obligaban a uno de los jóvenes a sacrificar un animal vivo. El primer día fue una gallina y el segundo, un ratón. Pero lo peor llegó en la tercera noche. Atado en el altar estaba uno de los jóvenes de la secta. Según el líder, había intentado escapar, y la traición se pagaba con la vida. No había una tercera oportunidad. El líder eligió a otro joven al azar, le entregó un cuchillo, y, mientras todos gritaban y jaleaban bajo el efecto del narcótico, este le clavó varias cuchilladas en el torso.

Joan se llevó las manos a la boca, involuntariamente, ante la escena que estaba presenciando. La joven víctima del altar estaba bajo el efecto de un sedante, así que casi no ofreció resistencia y la sangre empezó a derramarse por los laterales de la fría piedra. Él, a la segunda puñalada, giró la cabeza, asqueado y a la vez impotente por no poder salvar la vida de un inocente. Este asesinato tenía muchas similitudes con las heridas en el torso de Paco. El *modus operandi*, seguramente, había sido muy parecido. Cuando la víctima ya no se movía, dos guardias desataron el cuerpo y se lo llevaron a rastras dejando un reguero de sangre encima de la arena. Quien se desvía del camino, recibe su penitencia.

El último ritual no había sido la única de sus pesadillas. Había otra poderosa razón. Varias veces, por la noche, escuchaba algunos gritos que provenían de otras celdas. Por lo que le había contado su compañero, el líder y Joseph tenían ciertos gustos sexuales que practicaban con los jóvenes. Cada noche, el líder saciaba su sed sexual con algún chico o chica. Era el precio que pagar por la estancia en ese lugar de paz.

Estas atrocidades minaban la moral de Joan. Cada vez estaba más saturado mentalmente y no podría aguantar mucho más tiempo así.

Nunca había destacado por una gran fortaleza mental, y estos acontecimientos lo estaban llevando al límite. Además, no podía ingerir grandes dosis de alcohol para aliviar las penas. Bebía tan poco que estaba sufriendo los propios síntomas de la abstinencia.

Él se sentía responsable de cada uno de los actos tan crueles que llevaban a cabo los tres líderes. Cada agresión o asesinato caían sobre su conciencia como una pesada losa. Pero cuando tenía uno de esos días con la moral más alta, él se autoconvencía de que debía actuar ya y encontrar una solución para escapar de allí.

Últimamente, Joseph no realizaba con tanta frecuencia esas salidas nocturnas para captar nuevos fieles porque, según Martin, ya tenía una favorita.

Un día, el líder intentó forzar a esa chica, la número 33. Joseph enfureció y casi llegaron a las manos. Joan no lograba recordar quién era ese número. La próxima vez se fijaría en ella.

—¡Hasta tiró al abuelo al suelo! —dijo Martin entre carcajadas.

—¿Por qué obedece las órdenes del líder?

—¿Joseph? Supongo que hay una relación especial entre ellos. Si no, no se entiende esta absoluta obediencia.

—¿Son familia?

—Ni idea. Tampoco me importa.

—¿Cómo se llama el líder?

Martin volvió a negar con la cabeza.

Su compañero, cuando estaba lúcido, le suministraba información muy valiosa y le contaba sucesos que habían ocurrido en los últimos meses. Joan tomaba buena nota de ellos para entender mejor el funcionamiento de la organización y así encontrar el punto débil. Aunque no podía confiar en él al cien por cien porque su lealtad para con la organización empezaba a ser más férrea. Joan no podía desvelar su identidad bajo ningún concepto.

Capítulo 18

Después de varios días, Joan tenía muy claro que Lluís había perdido su rastro y estaba completamente solo. Cualquier esperanza al respecto, se había desvanecido por completo. La mínima ingesta de alcohol también suponía un grave problema. Cada vez dormía peor y se despertaba continuamente por las noches. Alguna vez por culpa de los gritos de algún compañero, pero la mayoría era por sus propias pesadillas. Estaba en un estado de constante ansiedad que provocaba que durante el día estuviera más cansado y de peor humor.

La única alternativa era conseguir el móvil de Joseph para poder hablar con el exterior. Gracias a Martin, en una de sus revelaciones, supo que Joseph guardaba un teléfono en el despacho. Pero sus aposentos siempre estaban vigilados por un guardia. Quería aprovechar por la tarde porque Joseph estaba ocupado con uno de sus juegos. Los jóvenes que no participaban se retiraban a sus celdas. En ese caso, solo debía acabar con el guardia de la puerta. El dormitorio de Joseph estaba apartado del resto en una de las puntas de la segunda planta, junto a la del líder. Por fin llegó la tarde indicada, y ese día se retiró a la celda. Una vez en la segunda planta y fuera del radar de posibles miradas indiscretas, se dirigió al ala opuesta.

Antes de girar la última esquina, sacó la cabeza para observar el pasadizo. Allí estaba el guardia, quieto, delante de la puerta del líder supremo. En total había tres dormitorios, uno para cada líder.

Tiró una pequeña canica al suelo para hacer ruido, y el guardia se dirigió hacia allí. Esperó, escondido en un cuarto de la limpieza, y, cuando el guardia comprobó que no había nadie, se dio la vuelta. Entonces, Joan aprovechó para golpearlo en la nuca y dejarlo inconsciente. Arrastró el cuerpo hasta el mismo compartimento y lo metió allí.

Una vez hubo dejado al guardia fuera de combate, se acercó a la puerta de Joseph y pegó la oreja para escuchar algún sonido en el interior. Al no oír nada, giró el pomo y la puerta se abrió lentamente. Sacó la cabeza e inspeccionó el dormitorio para comprobar que la estancia estaba vacía. Cuando lo confirmó, finalmente entró y cerró la puerta cuidadosamente. El interior no era tan austero como las celdas de sus compañeros, y además no había ningún barrote en la ventana.

Se dirigió directamente al escritorio y abrió el primer cajón. Rebuscó entre los papeles y no encontró nada. Hizo lo mismo con el segundo con el mismo resultado y luego fue a revisar el último. Allí, en el fondo, encontró el móvil. Lo encendió y el dispositivo respondió. Estaba desbloqueado, tenía batería y cobertura. Así que no perdió ni un segundo, mantuvo firme la mano en el celular y llamó a Víctor.

Estaba llamando cuando escuchó unos pasos en el pasadizo y unos gritos. Eso estremeció a Joan. De la alegría pasó al miedo en medio segundo. Había descuidado la atención en el pasadizo, y alguien se había acercado mucho.

—¿Dónde está el guardia? —dijo Joseph.

«Mierda, ha terminado antes de tiempo». El corazón de Joan se aceleró y miró a ambos lados para encontrar un sitio para esconderse. Otra puerta de fuera se abrió.

—¿Qué pasa? —preguntó el líder.

—El guardia no está en su puesto. ¿Estás bien?

Nadie más dijo nada, y Joan, con gran habilidad, se escondió en el armario. La llamada seguía en marcha, y, al otro lado, apareció la voz de Víctor. Él, muy flojito, intentó identificarse, y Víctor, por suerte, lo entendió.

—Estoy escondido. No puedo hablar —dijo Joan en voz muy baja.

En ese preciso momento, alguien abrió la puerta de golpe y accedió al interior del dormitorio.

—Aquí no hay nadie —dijo Joseph.

—Se habrá ido al baño un momento. ¡Cálmate! —dijo el líder.

—¿Que me calme? —Joan escuchó un leve forcejeo y decidió poner el altavoz en el móvil. La llamada no se había cortado, pero Víctor estaba en silencio.

—Sí, exacto. ¡Suéltame! Después de tus excursiones nocturnas, me preocupa muy poco si el guardia está en su puesto. ¿Estás seguro de que no te siguió la policía?

—Sí. ¿Cuántas veces te lo tengo que repetir? Cada vez tienes más miedo…

Joan seguía la conversación con mucha atención, pero también estaba muy nervioso por si alguien descubría el escondite. De repente, alguien se apoyó en una de las puertas del armario, la madera crujió un poco y él se estremeció más. Los temblores en las manos aumentaron y él intentó sujetar una con la otra para disminuir las convulsiones. Pegó la espalda al fondo del armario y las pulsaciones empezaron a aumentar mientras intentaba contener la respiración. Unos segundos más tarde, la presión disminuyó, y esa persona se alejó del armario. Joan respiró aliviado.

—No te atrevas a decir lo que siento o dejo de sentir. ¿Has olvidado tus enseñanzas?

—Estoy harto de ellas. Quiero volar libre, padre.

Joan se sobresaltó al escuchar la palabra. «¿Son familia?».

—¿Crees que no sé en qué se ha convertido esta organización? Solo sirve para complacer tus instintos más primarios, tu sadismo y tus locuras. En lugar de ser un lugar de culto y aportar disciplina, has convertido este lugar en un puticlub —dijo el líder.

—¿¿Cómo?? Yo no soy el baboso que va detrás de los jóvenes y abusa de ellos. ¡No sé para qué, porque no se te debe ni levantar! —Joan oyó un golpe seco—. Ya no habrá más golpes y dejarás en paz a mi amante. —Seguramente, el líder había intentado golpear a Joseph con el bastón y este había parado el golpe.

El líder soltó varias carcajadas.

—¿Amante? Te estás ablandando con este tonto enamoramiento. Yo puedo disponer de quien quiera. No olvides que YO soy el líder.

Joseph empujó al líder, y este cayó al suelo.

—Por poco tiempo. —Y entonces irrumpió otro desconocido en la estancia. Por la voz, enseguida reconoció a Tony.

—¡¡Basta ya!! Dejad esta estúpida pelea por el poder. Tenemos problemas más importantes. —Cuando los dos atendieron a Tony, este siguió hablando—: Hemos capturado a un subinspector de policía. Un tal Lluís Montes.

A Joan, al escuchar el nombre, se le encogió el corazón. «No puede ser…».

—Así controlas a la policía, ¿verdad? —dijo el líder.

—Nadie nos persiguió hasta aquí.

—Así es. Lo capturamos en una de nuestras propiedades de Les Escales —dijo Tony.

—Encárgate, Joseph, y esta vez soluciónalo del todo.

—Sí, maestro —dijo finalmente Joseph, arrastrando la última palabra más de la cuenta.

El bastón resonó varias veces por la estancia, alguien abrió la puerta y el sonido se fue alejando. Joseph y Tony aún estaban dentro.

—Encierra al poli en la enfermería. Será la ofrenda del ritual de mañana por la noche —dijo Joseph. Tony se fue mientras Joseph abría uno de los cajones, cogía unos documentos y, después, también se fue. Entonces Joan cogió el móvil y habló con Víctor:

—¿Has oído la conversación? —dijo Joan.

—¡Por fin! Sí, estamos localizando la llamada. Necesitamos más tiempo.

—¿Y Lluís? ¿Qué hace aquí?

—Se arriesgó y entró solo en una de las casas. Alguien lo estaba esperando, pero lo hemos seguido hasta cerca de Manresa. Allí lo hemos perdido, pero ahora os tenemos. —Víctor mantuvo una breve conversación con otro agente y después comentó la noticia con Joan —: Hemos triangulado la posición en una extensa zona.

—¿Dónde?

—A unos pocos kilómetros al norte de Manresa. Es una zona boscosa, alejados de cualquier núcleo urbano, pero aún son muchas hectáreas. Mantén el móvil encendido y aguantad como sea. ¿Has descubierto algo?

—Sí. Esto es un infierno. Estamos secuestrados. Hay abusos y torturas. No es ninguna secta.

—¿Qué? Entonces, tenías razón.

—No estoy seguro. Pueden tener alguna vinculación con la secta satánica. Sigue investigando.

—¿Y Marina?

—No la he encontrado todavía. Las chicas son fotocopias y están maquilladas. Es difícil. Te dejo.

Joan dejó abierta la llamada, saltó fuera del armario, dejó el dispositivo en su sitio y salió de la habitación velozmente, aún con los nervios a flor de piel, sin que nadie lo viera. Antes de salir, un sonido metálico muy ligero repicó en el suelo. Miró abajo, no vio nada y se fue. Rápidamente, regresó a la habitación y se metió en la cama.

Víctor paró el coche en la calzada de la carretera, a un kilómetro de la entrada de Les Escales. Allí había una patrulla de la policía custodiando un móvil roto a pocos metros. Los restos estaban esparcidos alrededor de la mediana de la carretera. Habían triangulado la posición del teléfono de Lluís y en ese punto habían perdido la señal. «Seguramente, los sospechosos lo habrían arrojado por la ventana del coche».

Antes de subir al vehículo, recibió una llamada de la comisaría. Había algunas novedades importantes. El número de teléfono del sospechoso al que había llamado el dueño del bar era un número de prepago y coincidía con el mismo número que había llamado Joan. Aún seguían tratando de localizar la llamada. También habían llegado los resultados de ADN de la sangre hallada en el cobertizo. El fluido del altar era sangre animal, y la sangre en el cuchillo era de uno de los sospechosos, concretamente de Jaume Llorens. Además, el ADN del semen hallado en una de las chicas no coincidía con ninguno de los dos detenidos, y tampoco estaba en la base de datos de la policía.

Con los resultados aun revoloteando por la mente, condujo cinco minutos más y llegó a la casa donde había desaparecido Lluís. O los

restos de ella. Entre la desaparición del subinspector y la llegada de la científica, alguien había provocado un incendio. Por suerte, la rápida reacción de los bomberos había permitido salvar la estructura. El interior estaba calcinado, pero era aún transitable. Todavía quedaban algunas columnas de humo de color negro sobrevolando por encima de sus cabezas. Habían utilizado gasolina para devastar la mayor área posible. Ese producto había prendido con gran celeridad y las llamas avanzaron en pocos minutos.

Víctor se dirigió al responsable del cuerpo de bomberos para hablar con él. Según este, cuando ellos llegaron a la escena y notaron el fuerte olor del combustible, utilizaron otros elementos diferentes al agua para apagar las llamas con rapidez. Viendo el resultado, habían logrado el objetivo.

—¿Por qué?

—El agua sobre la gasolina hubiera provocado una explosión.

«Menos mal que no había llegado él primero».

Como aún no se había extendido demasiado, pudieron extinguirlo con bastante velocidad y así evitaron una explosión, la cual hubiera complicado las tareas de extinción. Agradeció la explicación y se alejó en dirección a la entrada.

La científica ya estaba trabajando sobre el terreno y había accedido al interior unos minutos antes. Saludó al policía de la entrada, y un bombero le facilitó un casco y una mascarilla antes de entrar.

El hedor a gasolina era casi insoportable, aunque llevara puesta la mascarilla. Las paredes estaban ennegrecidas por la acción del fuego y el humo. Vio los restos calcinados de la puerta de madera y bajó las escaleras. Estas estaban en muy mal estado, y los bomberos habían puesto algunos soportes de metal para soportar la estructura mientras trabajaba la policía. Allí abajo había dos compañeros de la científica trabajando.

Según las primeras conclusiones, había dos puntos de inicio del incendio, y el sótano era uno de ellos. El otro punto caliente había sido la cocina. Estaba claro el objetivo: destruir el mayor número de pruebas, y en su mayor parte lo habían logrado. No quedaba rastro de la mesa ni de la tela con el misterioso símbolo que había descrito Lluís.

Se tapó más la nariz porque no podía soportar el olor. Incluso se estaba mareando y debía salir de allí. Víctor subió las escaleras rápidamente, acompañado de uno de los técnicos. En el último escalón, tropezó con una parte astillada de la madera, cayó al suelo y se manchó las manos de hollín negro. Intentó expulsar el polvo, pero provocó una pequeña nube negra que le hizo estornudar varias veces.

Se estaba agobiando demasiado y tuvo que salir corriendo de la casa. Cuando salió, respiró el aire puro y se limpió las manos. El técnico, un poco perplejo, lo siguió hasta el exterior.

—¿Está mejor, subinspector?

Víctor asintió de mala gana.

—No soporto los olores tan fuertes. Son nauseabundos.

—Menos mal que no ha olido nunca la carne humana quemada…

El comentario revolvió el estómago de Víctor. Salió corriendo hacia un matorral y vomitó los restos de la última comida. Se sentó en el bordillo de la acera, respiró el aire fresco y se reincorporó poco a poco. El técnico se acercó cuidadosamente y se disculpó torpemente.

Víctor hizo caso omiso a las disculpas mientras masticaba un chicle. Otro en su lugar se hubiera enfadado, pero él se contuvo.

—¿Qué han encontrado?

—Rociaron la gasolina en la cocina y en el sótano. En el resto de la casa, no.

—Querían destruir las pruebas. Es evidente. —No quería oír las evidencias, sino información nueva—. ¿Y lo han conseguido?

—En su mayor parte, sí. Empezaron por la cocina para provocar una explosión y así destruir toda la casa. Pero, por suerte, los bomberos cerraron el gas de la zona a tiempo.

Víctor asintió y se interesó por las pruebas que no se habían quemado.

—El altar está intacto y nos confirma la idea de que aquí se celebraban algunos pequeños rituales. Es muy parecido a las otras dos casas, tanto en Les Escales como en La Floresta. También ha quedado casi intacto el cáliz de oro. La temperatura de fundición es muy alta, y, al parecer, tiene una especie de grabado en la superficie exterior. —El técnico le acercó el cáliz dentro de una bolsa de pruebas, y vio unas líneas formando algún tipo de escudo—. Lo enviaremos al laboratorio.

Víctor tenía suficiente. Se despidió de cualquier manera y llamó a la comisaria.

—No creo que vayamos a encontrar mucho más. Me intriga el grabado del cáliz. Pero del resto, nada. El escenario es muy parecido a las otras dos casas. Nos quieren distraer de nuestro objetivo principal. No sé qué más puedo hacer.

—Los papeles del registro de la propiedad están de camino a la comisaría. Eres más útil aquí que sobre el terreno.

—¿Y la llamada?

—Bueno, verás… Se cortó hace unos minutos. Lo siento.

—Era nuestra mejor baza. ¿Qué ha sucedido?

—El teléfono se quedó sin cobertura, sin batería o han descubierto

la llamada. Es imposible saberlo con certeza.

—¡Mierda! ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Hemos delimitado la zona al menos?

—Aún es un área demasiado extensa. Hay varias poblaciones y masías. Necesitamos más información, y por eso te quiero aquí, ¡ya! No hay tiempo para lamentaciones. —La comisaria no acostumbraba a levantar la voz, pero ahora estaba bastante irritada. Las cosas estaban saliendo mal.

—¿Qué ha pasado con los detenidos?

—Vázquez ha tenido que soltarlos. Sin pruebas, no podía retenerlos más tiempo. Estarán bajo vigilancia.

Víctor terminó la llamada y puso rumbo a la comisaría. Él también perdió la ilusión con la noticia. Había depositado muchas esperanzas en la localización del teléfono y así iniciar un operativo de rescate. Pero ahora eso era imposible porque un aérea de tantos kilómetros era inabarcable para la policía. Podían estar en cualquier casa rural de la zona. Habían perdido el rastro de Lluís y Joan en pocos días y solo quedaba él. El tiempo se esfumaba entre sus manos.

De su astucia en la búsqueda de la documentación dependía la supervivencia de sus amigos. Sus músculos se empezaron a tensar ante la presión de ser el único capaz de encontrar una pista del paradero de ellos dos. Una pesada carga sobre los hombros.

Regresó, media hora más tarde, para trabajar en los documentos registrales de la mansión ubicada en Les Escales. Estaba a nombre de una sociedad mercantil llamada Estructuras Inmobiliarias, S. L. Solo disponía del nombre de los tres socios, el año de la fundación (1992) y la residencia fiscal en las islas Bahamas. «Un paraíso fiscal», pensó él. Un apartado de correos era la única dirección de la sociedad. Únicamente era una empresa fantasma para blanquear dinero.

La empresa tenía varias propiedades repartidas por España y Sudamérica. Entre estas, destacaban la mansión y la otra casa, donde había desaparecido Lluís. Pero no había ni rastro de ninguna propiedad ni local en la zona de Manresa. «A ver si tengo más suerte con los socios».

Los tres eran sospechosos. Sus nombres eran Toni Dolç, Patrici Rocafort y Jordi Sants. Empezó por el primero, quien resultó estar residiendo en Argentina desde hacía un par de años y, por lo tanto, no podía tener relación con el caso. Quedaba automáticamente descartado.

Los otros dos aún vivían en Catalunya. El señor Rocafort pertenecía a una antigua familia catalana burguesa y disponía de un par de propiedades en la zona de Manresa. No había mucha más información

de Patrici. En cambio, de sus padres había un atestado de la policía. Con la curiosidad cada vez más patente, fue a buscar el archivo. Según este, fallecieron en un terrible accidente de tráfico cuando el chico aún era muy pequeño. En el otro vehículo accidentado viajaban unos jóvenes borrachos que regresaban a casa de una fiesta y chocaron frontalmente contra el coche de los padres de Patrici. Él no viajaba en el interior.

Víctor cada vez estaba más interesado por la vida de Patrici e indagó más sobre los orígenes de la familia. Entonces recordó el símbolo de la tela y el posible grabado de la copa de cáliz. «¿Podría ser un escudo? Concretamente, el de la familia Rocafort…».

Antes de ir al laboratorio, también investigó al tercer socio. Más por rutina que por creer que iba a encontrar algo interesante. Según los datos, era un multimillonario excéntrico que llevaba un tren de vida muy elevado y viajaba continuamente por medio mundo. Su patrimonio era enorme, y constaba como una de las personas más ricas de Catalunya. En la ficha había una dirección, y decidió enviar a un compañero para investigar esa vía.

Ante la nueva evidencia con el segundo socio, Víctor llamó al laboratorio de la policía científica para informar sobre la nueva pista para priorizar el trabajo con el grabado del cáliz. Luego, se dirigió hacia allí.

—Estamos buscando en nuestra base de datos y hemos contactado con un famoso historiador.

—Puede ser vital para el caso.

—Lo sabemos. Por eso le hemos enviado una foto del dibujo. —Según el profesional, era un blasón que pertenecía a una casa burguesa. No podía especificar más porque había cientos de escudos así.

Entonces Víctor volvió a llamar al historiador para aportar su granito de arena.

—¿Podría pertenecer a la familia burguesa Rocafort?

—Déjeme comprobarlo y les llamo en unos minutos. —El hombre colgó el teléfono, y Víctor empezó a caminar arriba y abajo por el laboratorio.

Unos veinte minutos más tarde, volvió a sonar el teléfono. El historiador confirmaba su hipótesis. El escudo pertenecía a la familia Rocafort, y, por lo tanto, Patrici pasaba a ser el principal sospechoso. Los Rocafort habían sido una influyente familia dentro de la burguesía catalana en el siglo XVIII, los cuales habían acumulado una enorme fortuna. Además, poseían una masía con el nombre de Mas Can Oleguer. Tenían que dirigirse a las afueras de Manresa ahora mismo.

Antes de partir, fue a informar a la comisaria de los hallazgos. La adrenalina corría por las venas del subinspector y no podía esconder la euforia.

Capítulo 19

Joan estaba tumbado en la cama recuperándose de la emoción vivida en los últimos minutos. En ese preciso momento, entró su compañero en la habitación. Martin se recostó en la cama y dejó la medalla en la mesita.

Cuando vio ese gesto, Joan puso la mano en el cuello y se percató de que le faltaba la medalla de iniciación. De repente, recordó el sonido metálico que había escuchado al salir de la habitación de Joseph. «No puede ser». Y se puso nervioso, muy nervioso. Martin fijó la mirada en su rostro, y Joan intentó disimular su reacción.

—Me ha venido… una punzada en el estómago. ¿Puedes ir a pedir una infusión? —dijo Joan. Fue la primera idea que le vino a la cabeza para sacarse de encima a su compañero.

—Claro. —Martin se levantó y se fue. Estaba claramente bajo los efectos de la burundanga y, en ese estado, obedecía cualquier orden. Era muy sumiso, tal como había demostrado en otras ocasiones.

Cuando Martin cerró la puerta, Joan se levantó como un resorte y se dirigió corriendo al mismo pasadizo. Estaba vacío porque el guardia aún estaba aturdido por el golpe. Aprovechó ese instante para acercarse a la puerta y, después de comprobar que no había nadie dentro, colarse de nuevo en la habitación. Enseguida vio la medalla de oro en el suelo y, sin mirar nada más, la recogió y regresó tras sus pasos hasta su celda. El corazón aún galopaba, y la respiración agitada perturbaba su mente. Se volvió a acostar y cerró los ojos para descansar.

Martin llegó poco después con la infusión en la mano. Joan agradeció el gesto, pero no quiso tomarla por si también contenía alguna sustancia extraña. Quería aprovechar el estado de su compañero para interrogarlo y dar un paso más en la investigación. Así que hizo un nuevo esfuerzo para levantarse, sacó una foto de Paco de dentro del escondite de la cama y se la mostró.

—¿Lo conoces?

Martin frunció el ceño como recordando algún episodio y, finalmente, asintió con la cabeza. Joan se alegró muchísimo y siguió avanzando.

—Fue uno de los sacrificados hace unas semanas.

—¿Quién lo mató?

—¿Matar? Nadie mata aquí… —dijo Martin un poco alterado. Este se puso en una posición defensiva.

—Perdón… Quería decir… ¿Quién hizo la ofrenda al líder supremo? —dijo Joan intentando tranquilizar a su compañero. Martin relajó un poco la postura.

—Joseph ofreció el pecador al número 33. —Joan se quedó pensando quién era ese número, pero no lograba ponerle una cara. Debía actuar rápido, porque pronto sería de noche y cerrarían todas las celdas. Aunque no disponían de relojes, cuando fuera empezaba a oscurecer, tardaban una hora aproximadamente en encerrarlos. Así que salió del dormitorio casi sin despedirse y fue a buscar la plantilla donde salían las habitaciones. Allí se mostraba la relación de los números de cada uno con la correspondiente celda.

Según el cuadro, el número 33 estaba en la celda número 14. Se dirigió directamente hacia allí. Antes de picar a la puerta, puso la oreja y escuchó el leve murmullo de una conversación entre Joseph y una chica. El tono de la voz fue aumentando progresivamente hasta convertirse en una discusión, y oyó unos pasos acercándose a la puerta. Miró a ambos lados del pasillo y se metió en el escobero, situado unos metros a la izquierda. Justo después, se abrió la puerta y salió Joseph visiblemente enfadado. Tanto que la cerró con un portazo.

Joan esperó unos segundos, salió del escondite y volvió a escuchar detrás de la puerta. Oyó unos sollozos casi imperceptibles y, armándose de valor, decidió entreabrir la puerta muy lentamente. Dio unos golpecitos para pedir permiso para entrar. Al no escuchar ninguna respuesta, terminó dando un paso adelante.

Ahora podía ver la escena completa. En la cama había una chica rubia, desconsolada, con la cara aplastada en la almohada. Se acercó lentamente y se presentó:

—Soy el número 47. He oído los gritos y he venido para ver si te encontrabas bien.

La chica ni se inmutó, y él siguió hablando mientras se aproximaba un poco más. Al final, se sentó en la cama.

—Si quieres estar sola, me puedo marchar y venir en otro momento.

Joan hizo el gesto de levantarse e irse, pero ella lo agarró de la muñeca.

—Quédate, por favor. Necesito compañía.

Ella levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Los suyos estaban rojos de llorar y ella se percató enseguida, porque se secó las lágrimas con

la manga de la túnica. Cuando él se fijó más, su rostro le pareció familiar. Había visto antes a esa chica en algún sitio, pero, con tanto maquillaje, era difícil.

—¿Quién eres?

—La número 33.

—No, tu nombre real.

—Hace mucho tiempo que no lo utilizo y no logro... —La droga influía directamente en los recuerdos y perjudicaba la memoria a corto y medio plazo.

Joan se arriesgó y probó suerte:

—¿No sería Marina? —Él había recordado la hipótesis del forense. Cuando estuvo estudiando el cuerpo de Paco, había encontrado restos de ADN de su hija, y Martin había confirmado que ella había matado a Paco. A su padre. Todo encajaba. Además, su rostro era demasiado familiar.

Ella, cuando escuchó el nombre, sonrió y le vinieron algunos recuerdos.

—Sí… ¿Cómo lo sabes? —La revelación en sí perturbó a Joan, porque confirmó la vinculación de Marina con la muerte de su padre.

Tenía el convencimiento de que ella no estaba consciente en el momento de la muerte de su padre, sino bajo los efectos de la escopolamina, y ahora no era el momento de dar esa información.

—Llevamos meses buscándote. Estás desaparecida, y tu familia está muy preocupada.

—¿Desaparecida? Estoy con mi novio de retiro. No es posible…

—¿Eso te ha dicho él?

Ella se retiró un poco al escuchar la pregunta. Joan no había acertado con las palabras y se dio cuenta de inmediato del vínculo de unión entre Joseph y Marina. Ella agarró la almohada para protegerse en un claro movimiento defensivo.

Luego, levantó la mitad del cuerpo para ponerse en una posición más cómoda. Con el movimiento, él descubrió una mancha de sangre en la parte inferior de las sábanas. Desvió la mirada rápidamente, pero ella ya se dio cuenta de su descubrimiento, y Joan se preocupó.

—¿Te ha hecho daño?

Ella negó con la cabeza, pero Joan no estaba nada convencido, y menos viendo el color rojo de las sábanas.

—No te preocupes por eso. Es normal en mí —dijo ella.

—¿Normal? —Él se detuvo y pensó en las consecuencias de contar su tapadera, pero estaba al servicio del ciudadano y de prestar ayuda a los más necesitados, y ella se encontraba en esa situación. Así que se armó de valor y decidió arriesgarse para generar suficiente confianza

—. Estoy infiltrado. Soy inspector de policía. Me puedes contar todo sin problemas.

Ella se quedó perpleja y ni siquiera pestañeó durante unos cuantos segundos. Al ver la primera reacción, Joan ya se había arrepentido un poco de la confesión. «Tengo que frenar mis impulsos».

Después, ella respiró hondo, como aliviada, y sus músculos se destensaron. Con esta segunda reacción, Joan se quedó un poco más tranquilo. Aunque aún detectó algo de desconfianza en la mirada y una ligera sonrisa que no supo cómo interpretar.

—Sufro de menorragia. Es un trastorno en la menstruación, y acostumbro a sangrar más de la cuenta. Con el estrés, es peor. Pero no han abusado de mí.

Joan vio mucha seguridad en la explicación. «No parece mentir». Pero quiso insistir un poco más:

—Entiendo tu miedo, pero pronto estarás a salvo fuera de aquí. ¿Estás segura de que estás bien?

—Yo no me quiero ir. —Y luego, ella cambió el tono radicalmente —: ¿Por qué me tengo que creer tu versión? Quizás me quieres manipular. No quiero escuchar más tus palabras. ¡Vete!

Joan aún necesitaba más información y volvió a hablar de nuevo, aun conociendo el riesgo que esto suponía para la misión:

—Necesito otra cosa. Hay un buen amigo mío en apuros. Llegó ayer.

—¿El policía? —Ella enseguida se tapó la boca, disgustada por la incontinencia verbal.

Joan asintió.

—Se llama Lluís. —Ella sabía que decía la verdad porque había acertado el nombre del agente y solo alguien que lo conocía podía hacerlo—. ¿Dónde está ahora?

—En la enfermería —dijo Marina finalmente. La confianza había regresado tan rápido como se había ido unos segundos antes. Joan sonrió.

—Allí no he visto a nadie desde fuera.

—Porque está en la sala reservada del fondo a la izquierda. —Joan solo había vislumbrado el espacio común, pero no había podido ver más allá.

Luego, pensó en los antídotos que llevaba encima y en su deber de proteger a la chica. Sacó un bote pequeño del bolsillo derecho y le ofreció el antídoto a Marina.

—Es para evitar los efectos de la droga. Tómalo después de ingerir cualquier comida o bebida. Te salvará.

Ella dudó, pero Joan insistió. Finalmente, ella aceptó.

—Gracias.

Antes de irse, aún tenía algunas preguntas, y al recuperar la confianza de Marina, quería preguntar sobre el ritual donde murió Paco. Debía arriesgarse, porque el tiempo apremiaba.

—Joseph, hace unas semanas, te hizo una ofrenda en un ritual. ¿Te acuerdas?

Marina estuvo pensativa un buen rato.

—Algunos episodios.

—¿Cuáles? —insistió Joan.

Con un gran esfuerzo, empezó a contar los sucesos de aquella noche:

—Bebí de un cáliz dorado y después todo está borroso. Me acerqué al altar con un objeto en mi mano y, de repente, me manché de un líquido rojo… No. ¡¡Ya basta!! —Ella abrió los ojos, conmocionada por el recuerdo que acababa de visualizar en su mente.

—Tranquila. Estoy aquí. No tengas miedo. —Pasó un brazo tembloroso por encima del hombro de Marina para reconfortarla. Él intentó evitar los temblores, pero era imposible. Eso a ella le molestó, y él se apartó—. ¿Qué has recordado?

—El rostro. Se parecía al de mi padre. No es posible…

Joan asintió con firmeza, pero el poder de la revelación perturbó demasiado a Marina. No quería creer en los recuerdos de su mente y no estaba preparada para asimilarlos. Joan la ayudó a respirar hondo para bajar las pulsaciones. Cuando lo consiguió y ella estaba un poco más tranquila, siguió el interrogatorio:

—Céntrate en el altar. ¿Qué había encima?

—Un animal. Una gallina.

—¿Cómo? No, no. Habías visto a tu padre. —Joan quizás había perdido la oportunidad.

—No. Eso fue una confusión. Estoy perturbada…

—¿Estás segura?

Ella asintió varias veces. La inseguridad y la confusión habían desaparecido por completo. Como si, de repente, hubiera recuperado la memoria. Pero esta versión de ella no era tan creíble. Algo había hecho cambiar la versión de Marina. Ahora tenía la seguridad de que estaba mintiendo. Lo notaba en su expresión, en los gestos y en la mirada. Quizás el excesivo miedo había anulado la posibilidad de contar la verdad.

—¿Qué pasó después?

—Joseph me abrazó muy fuerte y me ayudó a bajar los escalones. Una vez en el centro del santuario, me abracé con otros compañeros, pero mi túnica estaba manchada de sangre del animal. Eso era el color

rojo —la precisión para relatar los momentos posteriores a la muerte de Paco inquietó a Joan. Una persona bajo los efectos de la droga de la escopolamina no podría recordar con tanto detalle ese preciso instante. «¡Está inventando una historia!»

Joan tenía suficiente información y tampoco iba a conseguir más. Ella estaba a la defensiva. No quería insistir más en ello, pero le preocupaban las últimas palabras de Marina. «¿Miente por proteger a Joseph o a ella misma?». Se despidió y le hizo una promesa:

—Vamos a salir de aquí. Te lo prometo. —Ella asintió, y él se fue.

Joan no disponía de mucho tiempo y se fue a buscar a Lluís. Cuando se acercó a la enfermería, esperó unos minutos, pero vio que estaba vigilada y no podría entrar. Debía fingir algún episodio, y entonces se le ocurrió una buena idea. Fingiría estar borracho, lo llevarían a la enfermería para suministrarle el suero y así lo dejarían descansar en una camilla. El único riesgo era volver a beber, pero no tenía otra alternativa. Solo bebería un poco para que los guardias notaran el aliento a alcohol.

Se dirigió a la cocina, cogió una botella de vino del armario y bebió un trago. El sabor refrescante del vino, afrutado, le recordó tiempos pasados y siguió bebiendo hasta vaciar la botella entera en pocos minutos. Luego, se fijó en la otra botella al lado de esta. La tentación de seguir bebiendo fue creciendo, cedió y empezó a beber de la otra botella. Cuando había bebido un poco más, la dejó un momento encima del armario. La ingesta de alcohol tan rápida produjo una falsa sensación de felicidad repentina y de liberación.

Después, una neblina se introdujo en su mente y su cabeza empezó a dar vueltas. Quizás había bebido demasiado, y se dirigió al jardín con dificultades. Chocó con una pared, pero, finalmente, aterrizó en el suelo de la puerta que daba acceso al exterior. Empezó a cantar una canción inentendible, casi gritando, para llamar la atención de los guardias. Uno de ellos se acercó, reclamando silencio, y cuando olió el alcohol, lo cogió por un brazo y lo llevó a la enfermería.

—¡Puto borracho! Este no ha aprendido la lección —dijo el guardia a la enfermera.

—Déjalo aquí. Ya te puedes ir.

El guardia tumbó a Joan en una camilla, y la enfermera fue a buscar un suero.

—¿Estás segura?

—Sí, me sé defender solita. No te preocupes, grandullón. El guardia se retiró, y Joan se quedó a solas con la enfermera. El techo daba vueltas, y cerró los ojos para evitar el mareo. Aunque le vino una nausea y luego otra para, al final, terminar vomitando en el suelo.

Ella regresó con el suero y vio el destrozo. Primero, le colocó una vía con gran destreza y le puso una almohada más cómoda detrás de la cabeza. Y, después, limpió el suelo con una fregona.

—Descanse ahora. El suero le hará efecto dentro de unos minutos.

Ella apagó las luces, se retiró a su despacho, y él esperó el efecto del suero. Pero el sueño le venció y se durmió. Al cabo de un rato, se despertó ansioso, sin saber dónde estaba exactamente. Luego, recordó el episodio de la bebida para infiltrarse en la enfermería y salvar a Lluís. «¿Habré llegado tarde?».

La neblina había desaparecido casi por completo y se notaba más centrado. Abrió los ojos y el techo no le daba tantas vueltas. En ese momento, aprovechó para salir de la camilla. Sus pies tocaron el frío suelo y aún notaba dormidas las extremidades inferiores. Cuando avanzó un poco más, la vía lo detuvo de golpe. Cogió el gotero y entonces siguió avanzando por la habitación. Se notaba muy inestable y se tuvo que agarrar a la cama para no caer un par de veces.

Buscó un papel en el escritorio y escribió una frase alertando a Lluís. La letra le salió muy torcida, pero se entendía más o menos bien. Cogió el último bote del antídoto que tenía en el bolsillo interior de la chaqueta y fue a buscar a su amigo. Lo encontró en la habitación que le había descrito Marina unas pocas horas antes y le colocó la nota en la mano derecha. Luego, se acercó para suministrar el antídoto a Lluís, pero alguien vino por detrás muy sigilosamente y lo golpeó en la nuca. Cayó al suelo, se desmayó y el antídoto se derramó por el suelo.

Capítulo 20

Joseph entró en la enfermería y se acercó al cuerpo de Joan. Con el pie, golpeó levemente el brazo izquierdo para ver si mostraba alguna reacción. Pero había perdido la conciencia por el golpe y no se movió.

—Prepara al poli. Vamos a matar dos pájaros de un tiro —dijo Joseph al guardia apostado al lado de la cama. Él miró, a través del cristal, al policía estirado en la otra habitación.

Poco después, llegó Tony a la enfermería.

—¿Quién es este? —dijo en referencia al cuerpo de Joan tirado en el suelo.

—Otro poli. Ya tenemos sacrificio para hoy por la noche. Va a ser un ritual muy emocionante.

—Entonces, quería salvar a su compañero. ¿Quién le ayudó?

—Me da igual. Pronto dejará de existir —dijo Joseph.

Tony asintió y dio órdenes a los dos guardias apostados fuera. Inmediatamente entraron y cogieron el cuerpo de Joan. El otro guardia entró en la habitación donde estaba el otro policía.

Joseph subió las escaleras para dirigirse a sus aposentos, pero antes quiso hacer una breve visita. Cuando entró en la habitación, ella se lanzó a sus brazos.

—Perdóname por estos días. No quiero discutir más contigo —dijo ella.

—Cariño, hoy tenemos una ceremonia muy especial —dijo Joseph.

—Será divertido, estoy segura. Ha llegado el momento de aspirar al trono —dijo Marina con una sonrisa. Los dos se besaron y Joseph regresó a sus aposentos con el convencimiento de haber recuperado la confianza de ella.

Ella tenía razón. El plan para gobernar estaba en marcha. «Hoy quitaré la corona al viejo».

Una vez en su despacho, cogió la túnica, se cambió de ropa y fue a buscar a Patrick para contarle las novedades.

—Hay que deshacerse de los cadáveres después del sacrificio. No quiero polis muertos por aquí. —Patrick puso cara de circunstancias y añadió—: ¡Qué lástima! Rezaré por sus almas.

—Tony se encargará.

—Espero que lo haga mejor que la última vez —dijo Patrick.

—Ya te dije que era un poco inútil.

—Sí, pero cumple las órdenes mejor que nadie. —Joseph captó la indirecta, pero, por una vez, no quiso discutir. Tenía otros planes en la cabeza. Él regresó a sus aposentos para recoger un objeto, y cuando regresó a la celda del líder, unos minutos más tarde, había alguien en el interior.

Pegó el oído en la puerta y escuchó atentamente. Después de un par de minutos, ya tuvo suficiente información. El contenido de la conversación hirió a Joseph en lo más profundo del corazón. No se esperaba esta traición, pero pagarían por ello. Cuando uno de los dos salió de la habitación, él se escondió en su despacho y esperó. Luego, fue a buscar al líder como si no hubiera ocurrido nada, y ambos bajaron en dirección al santuario.

La cueva estaba medio llena, y la gente iba entrando poco a poco. Colocó a Patrick encima del cojín y se fue a la entrada para esperar la llegada de los guardias con el primer policía.

Unos minutos más tarde, llegaron dos guardias arrastrando el cuerpo. Joseph se puso delante de la comitiva y los acompañó hasta el altar.

Todo el mundo estaba listo. Patrick, Tony y él estaban ubicados en uno de los cuatros costados del santuario, justo en la parte superior de uno de los cuatro grupos de escalones que convergían en el centro. Los tres estaban sentados encima de unas cómodas almohadas. Este lado era un poco diferente a los otros tres restantes, ya que, a la mitad de los escalones, había un enorme altar de piedra donde se realizaban los sacrificios. Enfrente, al otro lado, estaba la entrada principal. El resto del santuario estaba lleno de jóvenes, menos el cuadrado central, que estaba vacío. En el perímetro, pegados a las paredes, estaban los guardias.

Empezaron la ceremonia con los ritos habituales y después pusieron al detenido encima del altar. Estaba drogado con la escopolamina y no se iba a mover mucho. «¡Qué gran invento!».

Hizo un gesto a uno de los guardias de la entrada, y entraron tres personas más. En medio iba Joan, atado y medio drogado. Andaba muy mareado y daba tumbos de un lado para otro, muy lentamente, arrastrando los pies. Los dos guardias, a ambos lados, lo sujetaban para que no se cayera antes de llegar a los primeros escalones.

Seguramente se había infiltrado para terminar con la organización. Claramente, había fracasado en el intento. «¡Qué patético!».

—HOY VAMOS A AGRADECER A LOS DIOSES NUESTRA FORTUNA. PARA ELLO, HAREMOS UN NUEVO SACRIFICIO —gritó Joseph.

Los aplausos y los vítores tomaron vida. El estruendo en la sala era considerable. Joseph estaba orgulloso.

Bajó la escalera y se acercó a Joan.

—Ven, compañero. Tenemos una sorpresa para ti. Por fin, vas a formar parte de los privilegiados.

Joan murmuró alguna palabra inentendible. Joseph lo acompañó al lado del altar y después se colocó al otro extremo.

—Maestro, en agradecimiento a tu bondad y generosidad, te ofrecemos esta humilde ofrenda. Acéptala de buen grado —dijo Joseph con un gran esfuerzo mientras la rabia se lo comía por dentro.

Patrick se levantó del asiento con la ayuda de Tony.

—Acepto la ofrenda. La sangre de los impuros aliviará las penas de los puros. ¡Así debe ser!

—Así será —dijo Joseph muy flojito, casi para él mismo.

Se acercó al cuerpo inmóvil del altar y quitó la capucha del rostro. Allí estaba el policía, con la mirada casi congelada. Su nombre era Lluís Montes y era un simple subinspector del cuerpo de policía. Joseph se giró y cogió un cuchillo de encima de una almohada que le habían acercado dos sacerdotes.

—Con la hoja pura de este cuchillo limpiaremos el mal —dijo Joseph, esta vez en voz alta.

Bajó unos escalones y puso el cuchillo en la mano de Joan mientras le indicaba unas breves instrucciones. Este agarró el utensilio con fuerza, se giró lentamente y levantó el brazo esgrimiendo el cuchillo. La multitud gritó enfervorecida y saltó de alegría. Joseph dibujó una sonrisa y buscó a Marina. Cuando sus miradas se cruzaron, ella le regaló una sonrisa cómplice y bajó la cabeza en señal de sumisión y respeto.

Capítulo 21

Joan tenía la visión borrosa y se sentía muy mareado. Su cabeza daba vueltas y más vueltas. Tenía la boca muy seca y necesitaba urgentemente tomar un buen trago. Esa necesidad iba aumentando minuto a minuto. De fondo, el ruido ensordecedor en la sala nublaba su razón. No lograba recordar nada de las últimas horas. Tenía un cuchillo en la mano derecha y detrás de él estaba el altar de los sacrificios. Había un cuerpo encima, pero no lograba ver el rostro del desconocido con claridad. Delante, había una masa de jóvenes enfervorecidos y fuera de sí, gritando y aplaudiendo.

Alguien le agarró el brazo derecho y lo obligó a alzarlo por encima del hombro. Los decibelios subieron y estallaron en su cabeza. Él reprimió el impulso de gritar y no ofreció ninguna resistencia. Realmente, no podía. Lo intentó, pero el cerebro no ejecutó las órdenes. Luego, se giró lentamente para ver al individuo y descubrió el rostro sonriente de Joseph. «¿Qué hago aquí?».

Si intentaba repasar las últimas horas, los recuerdos eran confusos y no tenían ningún orden ni sentido. Era inútil. El dolor de cabeza y las ganas de beber para saciar la sed eran insoportables.

Joseph acompañó a Joan hacia el altar. Él dio los primeros pasos lentamente. Los pies, las piernas y todo el cuerpo pesaban mucho. Estaba lento, como dormido. Él realmente quería girarse y salir huyendo, pero no podía. El cerebro desobedecía sus propias órdenes y, en cambio, ejecutaba las exigencias de su captor sin rechistar. Estaba impotente ante los caprichos de ese demente.

Cuando estaba a medio metro del altar, se apoyó, con la mano izquierda, en la fría piedra. Su respiración era muy acelerada, como si hubiera hecho un gran esfuerzo. Joseph se apartó y dejó a la vista el cuerpo entero del desconocido, tumbado boca arriba, en el altar. No se movía y parecía dormido.

Seguía con la visión borrosa e inclinó la cabeza para acercar el rostro al desconocido. Cuando estaba a pocos centímetros, descubrió la identidad de la víctima. Era Lluís.

En ese preciso momento, algunos vagos recuerdos se colaron en su cerebro. Estaba en la enfermería antes, pero no recordaba el motivo.

Querían apuñalar a Joseph con todas las fuerzas, pero los brazos no

respondían. Joseph se acercó a su oreja y le murmuró unas pocas palabras:

—Este ser impuro debe morir, y tú eres el verdugo. —Luego, alzó la voz para el resto de los presentes—: Repite conmigo. ¡Bien alto!

Joan repitió, con mucha potencia, la frase con exactitud. «¿Por qué he dicho esto? Si no quiero…». Era una batalla interna entre el bien y el mal. Entre ejecutar las órdenes de un demente o rebelarse contra ellas. Los aplausos regresaron entre el público.

—Ahora, acaba con él. —Joan asintió sin querer.

—Muerte, muerte, muerte —repetía una y otra vez el público con energía. Las palabras retumbaban en las paredes y resonaban con más fuerza.

Él se colocó al lado del cuerpo de Lluís, alzó con dificultad el brazo derecho, donde tenía el cuchillo, y los vítores fueron subiendo, gradualmente, de volumen. Estaba listo para ejecutar a Lluís, su mejor amigo, y no era capaz de oponer ninguna resistencia. Unas lágrimas se le colaron entre los ojos y cayeron encima del cuerpo inmóvil.

Con la otra mano, tocó el brazo izquierdo de Lluís. Esperaba encontrar la extremidad fría, pero su sorpresa fue cuando sintió todo lo contrario. Estaba muy caliente, como si la sangre corriera a toda velocidad por las venas. Estaba vivo, y él lo iba a ejecutar.

Joseph dio la orden definitiva, y el brazo derecho de Joan cayó, con impulso, sobre el pecho de Lluís. Cuando estaba a pocos centímetros de su corazón, los dos brazos de su amigo se movieron a gran velocidad y se dispusieron en una posición defensiva para parar el golpe de Joan. Lluís abrió los ojos, quitó el cuchillo de la mano de Joan con facilidad y se levantó. Joan, apenas con fuerzas, se tambaleó para atrás para terminar apoyándose en el altar.

Lluís le quitó la pistola a uno de los matones y disparó a Tony. El caos se desató en la sala cuando se oyeron algunos gritos de los guardias de la entrada alertando de la presencia de policías fuera.

Un helicóptero sobrevoló la posición, y Lluís aprovechó la distracción para golpear a Joseph. Este cayó por algunos escalones, pero se levantó ágilmente. Joan se tapó los oídos, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Joseph, en la huida, golpeó a Joan, y este cayó inconsciente.

Al cabo de unos pocos minutos, hubo algunos intercambios de disparos cerca de la entrada, y, finalmente, la policía irrumpió en el santuario entre gritos.

—¡No se muevan! ¡¡Alto, policía!!

Lluís fue a comprobar el estado de Joan. Joseph había aprovechado el caos, unos minutos antes, para huir por una de las

salidas secretas del santuario, ubicada en la pared de la izquierda. A su lado, apareció Víctor, vestido con el traje de las fuerzas especiales, para proteger a Joan.

—Ve tras él. ¡¡Detenlo!! —dijo Víctor.

—¿Y Patrick y Marina? —Lluís hizo un sobresfuerzo para hacerse oír entre tanto ruido.

—Han desaparecido… —Lluís pidió a Víctor la repetición de las últimas palabras porque no había escuchado nada. Entonces Víctor elevó el tono de la voz—: Han desaparecido también. Quizás están juntos.

Víctor y Lluís decidieron arrastrar a Joan hasta el otro lado del altar para evitar un percance mayor. Un par de policías llegaron a su posición, y Lluís salió con uno de ellos en dirección a la salida secreta en el lado izquierdo del santuario.

Cuando subían los escalones del lado izquierdo, se deshicieron de otros dos matones y los dos agentes terminaron atravesando la misma puerta por donde había escapado Joseph unos instantes antes.

Una vez dentro, el ruido cesó de golpe. Delante de Lluís se abría paso un túnel. No había ninguna luz y no se veía más allá de un metro. El otro policía alumbró el corredor con la linterna y ambos avanzaron a paso ligero. El pasadizo giró a la izquierda y después, a la derecha hasta llegar a unos escalones. Subieron y llegaron a una puerta de madera. Estaba cerrada con llave.

Los dos empujaron, pero la puerta no cedió. Entonces se alejaron unos pasos y Lluís realizó un par de precisos disparos a la cerradura. Finalmente, esta cedió y accedieron al vestíbulo principal. Aquí ya habían irrumpido los primeros agentes.

Lluís escuchó unos pasos acelerados en el piso de arriba. Alguien se dirigía a las habitaciones. Subió las escaleras con la espalda pegada a la pared, y el otro policía seguía sus pasos a un par de metros de distancia. Miraba fijamente al recibidor de acceso del segundo piso esperando que alguien saliera por allí. Nadie apareció, así que luego giró a la izquierda y vio las piernas de alguien escapándose por la esquina del final del pasadizo. Ambos policías, de forma cautelosa, llegaron a esa esquina sin incidentes. Él sacó la cabeza lentamente por la esquina y vislumbró tres puertas a la derecha. Todas parecían cerradas.

Tras descansar un par de segundos y analizar la situación, decidió acercarse lentamente a la primera de ellas y escuchó movimiento al otro lado. Golpeó la puerta con el puño.

—¡¡Policía!! ¡Abran la puerta o la echaremos abajo!

Lluís cogió el pomo y comprobó que la puerta estaba abierta. No

habían puesto el pestillo ni cerrado con llave. Empujó levemente, la puerta cedió y enseguida identificó a Joseph apuntando con una pistola a una chica de rostro muy familiar. «Se parece a Marina». En el suelo, yacía el líder supremo, Patrick. Parecía muy aturdido por haber recibido algún golpe, seguramente.

—Tranquilo. No hagas ninguna estupidez. Estás rodeado y no hay escapatoria.

—Ayúdenme, por favor. ¡Está loco! —dijo Marina.

—¡¡Cállate, zorra!! —Juntó más el cuerpo de Marina al suyo y le clavó la pistola en la sien—. Me has engañado y tienes que morir.

—Me estás haciendo daño. ¡¡Socorro!! —Ella luchaba para deshacerse de las garras de Joseph, pero este la sujetaba por el cuello con fuerza.

—Aquí no va a morir nadie más, ¿me escuchas, Joseph? Esto ha terminado —dijo Lluís. Cuando él clavó la mirada en el rostro de Joseph, se dio cuenta de que estaba delante del artífice del engaño en el bar La Palometa. Los ojos eran clavados a los del falso camarero. Este y el novio de Marina eran la misma persona.

—¡No! Es hora de reunirnos con el Creador —dijo Joseph fríamente.

Esa reacción asustó a Lluís. «Es capaz de matarla». Él dio unos pasos más hacia adelante para entrar por completo en la habitación. El otro policía estaba pegado a su espalda y abrió la puerta de par en par.

—Ni un paso más o me la llevo por delante. Usted decide, inspector. ¿Quiere más cadáveres?

—Voy a seguir avanzando. No le vas a hacer daño a tu querida novia —dijo Lluís marcándose un farol.

—¿Quieres apostar? Ella nos ha engañado a todos con esa cara de cría inocente. —Marina estaba llorando y suplicando por su vida mientras Joseph le sujetaba la nuca con fuerza y, con la otra mano, mantenía firme la pistola.

Ahora, Lluís no tenía ninguna duda de que la decisión de Joseph era firme, así que no lo presionó más. Su mirada desprendía un odio real hacia ella, no hacia los policías. No tenía nada que perder, así que decidió parar y esperar refuerzos.

En ese instante, el líder se movió sigilosamente y palpó el suelo en busca de su bastón. Lluís detectó el movimiento enseguida, pero Joseph estaba de espaldas y no se había dado cuenta. Finalmente, Patrick localizó su bastón, escuchó atentamente la voz de Joseph para descubrir su posición y lo golpeó en una de las piernas. Patrick acertó de llenó en la parte posterior de la rodilla izquierda, y Joseph se dolió

del impacto. La distracción fue suficiente para que Joseph soltara a Marina, y Lluís se abalanzó sobre él.

Él golpeó la mano derecha de Joseph, y este perdió la pistola. Marina salió corriendo hacia fuera mientras el otro policía apuntaba al líder para que no se moviera más ante el intento de asestar otro golpe.

—No se mueva o le pego un tiro —escuchó Lluís que pronunciaba su compañero para hacerse oír.

Después de un leve forcejeo, Lluís logró controlar a Joseph. El otro compañero le prestó unas esposas y lo detuvo. Lo levantó del suelo y ambos salieron de la habitación con los detenidos esposados.

Allí fuera, acurrucada en la pared, estaba Marina. Aún impactada por el desenlace de la situación y con las lágrimas en la mejilla. Cuando vio a Joseph esposado, ella se levantó y desató una furiosa reacción contra Lluís. Golpeó su pecho un par de veces y le gritó:

—¡Suéltelo! Es buena persona. No me quería hacer daño. Por favor… —dijo Marina cayendo al suelo y sujetando la pierna derecha de Lluís.

Él apartó con relativa facilidad a Marina y siguieron avanzando por el pasadizo. A mitad de camino, otro agente se encargó de la custodia de Joseph, y él regresó con Marina. Antes, pidió un psicólogo y un sanitario: la joven estaba bajo la influencia del síndrome de Estocolmo y parecía que también bajo los efectos de alguna droga.

Ella ya había dejado de pegarle, pero escondió la cabeza entre sus brazos y no quiso pronunciar ninguna palabra más. Cuando llegó el sanitario, Lluís le contó que podía estar bajo la influencia de alguna droga. El médico la examinó y le puso una vía para inyectarle suero cuando llegaran a la ambulancia. Después, los tres se levantaron y fueron hacia una de las ambulancias. Colocaron a Marina en la camilla y el médico le tomó el pulsó.

—Está muy alterada por los efectos de la droga. Tendremos que esperar unas horas y le extraeremos una muestra de sangre.

—He pedido la asistencia de un psicólogo.

—Sí, se dirige al hospital. Nosotros también nos vamos.

Lluís asintió y dejó a otro policía al cargo de Marina. Cerraron las puertas de la ambulancia, encendió las sirenas y se alejó por el camino de tierra.

Él quería encontrar a sus amigos, Joan y Víctor. Había un gran revuelo de coches de policía y ambulancias en la entrada principal. Buscó entre los vehículos hasta que encontró a Joan tumbado en una camilla de otra ambulancia. A su lado estaba Víctor.

Ambos se abrazaron, y Lluís contó los sucesos. Joan estaba sedado y no se enteró de nada. Iba a ser trasladado al hospital para ser

examinado de las heridas en la cabeza, pero, según el médico, no revestían gravedad.

Víctor salió de la ambulancia para compartir nuevos datos con Lluís.

—¿Cuál es el balance del operativo?

—Aún es pronto, pero hemos detenido al responsable de seguridad. Un tal Tony. Está herido y lo llevan también al hospital.

—Nosotros hemos detenido a Joseph y a Patrick. Así que tenemos a tres cabecillas.

Víctor asintió.

—Tenemos tres policías heridos. Ninguno de gravedad. Ahora llegará la científica.

—¿Cuántos muertos?

—De ellos, hay un par como mínimo. Por disparos nuestros. Y, al menos, una decena más de heridos. Yo me quedaré aquí. La noche será muy larga. Tú acompaña a Joan y tómate un descanso.

Lluís asintió y entró en la ambulancia para acompañar a Joan al hospital.

Capítulo 22

Víctor terminaba de colgar el teléfono después de informar brevemente a la comisaria. El operativo había sido un éxito.

A su alrededor, aún había un gran alboroto. Quedaban una decena de jóvenes sentados en la escalera de la entrada mientras seguían siendo atendidos por algunos sanitarios. Estaban esperando la llegada de alguna ambulancia más para su traslado al hospital de Manresa. Algún joven había tenido un ataque de ansiedad, otros estaban claramente bajo los efectos de la droga.

Los heridos de mayor gravedad habían sido derivados con anterioridad a los grandes hospitales de referencia en la comunidad, y ahora solo quedaban los casos más leves.

Los policías tenían trabajo por delante para identificar a cada joven y avisar a la familia más cercana, si esta existía. En caso contrario, terminarían en centros sociales. Para esta tarea, Víctor solicitó la colaboración de un inspector de la policía de Manresa junto a una decena de policías más de la misma comisaría. Mientras seguía mirando a algunos jóvenes, un sargento reclamó su presencia en una casita de madera situada en el lado izquierdo de la mansión.

—Hemos encontrado algunas herramientas.

Víctor agachó la cabeza para acceder al taller. La única luz provenía de una bombilla colgada del techo y rodeada de tétricas telarañas. Se fijó en la pared de enfrente. Había varias herramientas colgadas, como un martillo, una sierra, unas anillas y unas llaves. Pero lo más sorprendente era una herramienta escondida en el armario de abajo.

—Un hacha. —Víctor se puso un guante y agarró la herramienta por el mango. En la hoja había unos rastros de sangre seca—. Perfecto. Cuando venga la científica, quiero que se lleven esta hacha y analicen la sangre y las huellas. «Espero que aún se pueda extraer ADN».

—Ha sido utilizada para algo más que cortar un par de troncos —dijo el sargento. Víctor volvió a colocar el hacha en el mismo lugar y siguió examinando el pequeño espacio.

Allí dentro también había un taladro eléctrico guardado dentro del embalaje original y muchas otras herramientas susceptibles de ser utilizadas con otros fines. «La científica tiene trabajo».

—¿Señor? —otro agente lo llamó. La policía científica había llegado y quería hablar con el policía al mando. De momento, era una pequeña avanzadilla. Cuatro agentes empezarían a analizar el escenario principal. Él se reunió, brevemente, con el responsable de la comitiva judicial.

—El escenario principal es el santuario. Allí hay un par de cadáveres y ha habido varios heridos. Después está el resto de la casa, incluyendo los despachos de los tres cabecillas, y, además, quiero analizar un hacha del cobertizo. Pero también hay otras herramientas.

—No se preocupe, inspector. Lo analizaremos todo. El juez de guardia también viene de camino. —Víctor asintió.

Luego, decidió entrar en la mansión para buscar alguna otra pista. En la planta baja, descubrió una sala de seguridad. Las cámaras estaban apagadas y el sistema no funcionaba. Siguió indagando por los alrededores y, finalmente, subió al piso superior.

Antes de llegar al pasadizo, se encontró con una tablilla colgada en la pared. Allí había una relación de las habitaciones, más bien celdas, según el nombre que ponía allí, con varios números. En el colgante que llevaba Joan estaba impreso el número 47. Miró el número de la habitación y se dirigió hacia allí.

Dentro había dos camas y un armario pegado a la pared. Abrió las puertas del mueble y allí dentro había un par de túnicas blancas. Examinó la habitación y no encontró nada relevante. Se acercó a la ventana y vio unos barrotes de metal que limitaban la visión al exterior. «Parece una celda». Volvió tras sus pasos para revisar la tablilla otra vez para buscar al joven acompañante de Joan. Quería hablar con él y se apuntó el número. Después, se fijó en que había tres habitaciones sin ningún número.

Giró a la izquierda dos veces y vio las tres puertas a la derecha. La primera estaba abierta de par en par. Allí había un escritorio de madera. Abrió los cajones y en el tercero encontró un móvil apagado. Volvió a ponerse un guante, sacó una bolsa de pruebas del bolsillo y colocó el teléfono dentro.

Antes de salir de la mansión, se fijó en una puerta a la derecha, justo antes de salir al jardín. La abrió y descendió por una escalera. Cuando puso el zapato en el suelo, se hundió un poco en un terreno arenoso. Del techo bajaban unas cadenas de hierro y en un rincón del espacio había un cubo vacío. En la arena, justo debajo de las cadenas, había varias manchas de color rojo. Parecía una celda de torturas. A Víctor le asqueó solo pensar en todos los abusos que podrían haber sufrido los jóvenes. «Es asqueroso».

A la salida, entregó la prueba con el teléfono a uno de los técnicos

de la policía científica y le pidió la máxima celeridad. Además, informó del hallazgo del sótano. El técnico puso mala cara. Todo corría prisa, pero para él eran prioritarios el teléfono y el hacha.

Por último, se acercó al grupo de jóvenes que aún quedaban en los alrededores. Preguntó por el número 21, y un joven levantó la mano. «Estoy de suerte».

El chico parecía en buen estado y quizás bajo los efectos de la escopolamina. Eso podría facilitar la respuesta a alguna de sus preguntas. Aunque no era muy ético aprovecharse del estado de aturdimiento, no disponía de mucho tiempo para el protocolo. Por si acaso, pidió un agente como testigo. Los tres se alejaron del grupo y entraron en una habitación.

Se presentó y lanzó la primera pregunta:

—¿Eras compañero de Joan?

El chico puso cara de desconcierto.

—¿Quién? —Entonces Víctor cayó en la cuenta: los números eran para identificar a los jóvenes.

—El número 47.

—Ah, sí. Claro. Un buen tipo. Se portó bien conmigo. ¿Por qué lo pregunta?

Víctor obvió la condición de policía de Joan. No tenía importancia.

—Por nada. Estamos investigando a todos los jóvenes. ¿Tuvo algún comportamiento extraño?

—No. Pero solía dolerle la barriga. La comida era una mierda aquí, ¿sabe? El último día tuvo que quedarse en la celda. Yo le subí una infusión.

—¿Cuál era la relación entre Joseph y el líder?

—De amor y odio.

—¿Cómo?

—Se querían y se mataban a la vez. Eran familia, seguro, pero, como toda familia, siempre estaban discutiendo. Mis padres hacían lo mismo. Es normal.

—Ya. ¿Y conocías a la novia de Joseph?

—Sí, la número 33. Eran amantes. Cuando llegó, ya se tiraba a Joseph. Yo acababa de llegar hacía muy poco tiempo también.

—¿Estás seguro?

—Sí. Eso se nota. A mí nunca me cayó bien. Yo siempre he sido un rebelde y no me ha gustado lamer el culo a los viejos. Ella era muy empalagosa con Joseph.

—Cuando llegamos, Joseph la estaba apuntando a la cabeza con una pistola y parecían todo menos dos tortolitos. ¿Sabes el motivo? ¿Discutieron por algo?

—¿Y yo qué sé? ¿Puedo irme? Estoy cansado de tantas preguntas ya…

—Solo una última cosa: ¿puedo revisar tus brazos y tu espalda?

Quería comprobar si tenía algún golpe, marca o pinchazo como indicios de violencia. Examinó los dos brazos con determinación, pero no encontró nada relevante. Cuando examinó la espalda, encontró varias heridas verticales más el tatuaje con el número 21. Víctor preguntó por las marcas, pero el chico no quiso contestar.

—Puedes regresar. Me has sido de mucha ayuda.

Él lo miró de manera inquisitiva y se fue por la puerta seguido del agente.

Finalmente, Víctor decidió abandonar la mansión cuando llegó el juez de guardia para levantar los cadáveres y, así, regresar a Barcelona. La policía científica también tenía mucho trabajo por delante, y él ya no era útil allí.

Joan despertó en una cama de un hospital. El color blanco impregnaba las paredes, el suelo y la cama. Tenía una vía en el brazo derecho y le dolía bastante la cabeza. Con la mano izquierda, se palpó la zona trasera de la cabeza y detectó una venda que protegía una supuesta herida.

Intentaba recordar cómo había llegado allí, pero los recuerdos eran muy confusos. Estaba en la enfermería de la mansión y quería advertir a Lluís de un peligro inminente. «¿Lo había conseguido?». La angustia y la agitación se fueron incrementando segundo a segundo. No sabía si su amigo había sobrevivido y decidió avisar a alguien.

—¿Enfermera? —Después recordó que en los hospitales siempre había un botón de color rojo para pedir ayuda. Buscó por encima de las sábanas, lo encontró y lo pulsó.

Menos de un minuto después, entró una enfermera en la habitación. Se acercó, le colocó bien la almohada y comprobó el suero. Aún estaba por la mitad, así que no sustituyó la bolsa.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo he llegado aquí? ¿Está bien mi compañero?

—Tranquilo. Relájese. Aquí fuera hay varias personas que quieren verle. —Ella sonrió.

Bajo el umbral de la puerta aparecieron el conocido rostro de Lluís y el de su prometida, Laura. Al ver a su amigo, el alivio invadió su cuerpo. «Está vivo».

—Les dejo solos.

—Gracias —dijo Lluís. La enfermera se fue y cerró la puerta.

Laura se abalanzó encima de él y le dio un beso. Él se quedó abrazado a ella un buen rato hasta que se separaron.

—He sufrido mucho estos días sin ti. No me vuelvas a hacer esto jamás.

Joan asintió y sonrió un poco.

—Yo también —dijo Joan con bastante esfuerzo. Aún estaba aturdido por la medicación y se sentía agotado.

—Te dejo con Lluís. Seguro que tenéis cosas de que hablar. —Laura le dio la mano a Lluís, este le devolvió la muestra de afecto y ella salió de la habitación.

—Me alegro de volver a verte, amigo. —Él tosió un par de veces porque tenía la boca muy seca y apenas podía pronunciar algunas palabras. Lluís le acercó un poco de agua y tomó un par de sorbos. Incluso en su estado, Joan echaba de menos un buen trago. Era inevitable pensar en el sabor refrescante de una buena caña.

—¿Cómo he terminado aquí?

—La historia es un poco larga. —Lluís se sentó en la butaca y empezó a explicar los acontecimientos de las últimas horas—. Me desperté en la enfermería. Estaba atado, pero sin heridas importantes. En la mano tenía un papel y seguí las instrucciones. Después, entró alguien, y me hice el dormido. —Lluís siguió contando el trayecto hasta el santuario, el ritual, la intervención de la policía y la detención de Joseph y Patrick.

—¿Y Marina? ¿Estaba con ellos?

—Está bien. Creemos que sufre el síndrome de Estocolmo, pero es normal en un caso de secuestro como este.

—¿Como? No, no… Yo hablé con ella el mismo día. Recuerdo algunos fragmentos de la conversación… —Joan quería cambiar de posición, y Lluís se levantó de la butaca para subir la cama.

—¿Mejor? Es normal que no recuerdes algunos fragmentos recientes. Te drogaron con escopolamina.

—¡Maldita sea! Creo que yo le dije que era policía. Su reacción fue rara.

—¿Y qué pasó después?

—No lo recuerdo bien. Tengo lagunas… —Joan giró la cabeza, contrariado, y entonces vio la medalla de oro encima del escritorio. Lluís se la acercó y observó el grabado con atención.

—Es el mismo grabado que el cáliz de oro de la segunda casa. Son tres cabezas y, por detrás, está el número.

—Sí, representa a cada uno de los tres líderes: Patrick, Joseph y Tony. Nos lo enseñaron los primeros días. ¿Cómo terminaste en la mansión?

—Por mi tozudez y mi insistencia para desobedecer órdenes. —Lluís se rio, y Joan lo miró con expresión inquisitiva.

—Como siempre, ¿no? Eres indomable. —Él volvió a toser y pidió más agua. Al beber el líquido, le resultó muy soso y empezó a inquietarse un poco. Necesitaba una bebida más fuerte para templar los nervios.

—Ahora, mejor descansa. En pocas horas te darán el alta.

Antes de irse, Joan agarró a Lluís. El rostro del primero estaba muy serio.

—Volví a beber —con la confesión, se liberó y se quitó un peso de encima. Necesitaba contárselo a un buen amigo.

—Sí, en los análisis aún tenías una tasa de alcohol residual. Me lo temí. Pero ahora no es el momento de hablar de esto. Ya habrá tiempo.

—Una última cosa: ¿habéis encontrado alguna relación con la secta satánica?

—Me temo que no. Y ahora, descansa.

Lluís dejó el brazo de Joan encima de la cama y se fue.

Capítulo 23

Cuatro días más tarde, los tres acudieron al laboratorio de la policía científica en la central. Allí estaban analizando todas las pruebas halladas en la mansión de Manresa. El informe con los análisis definitivos y el peritaje final estaba listo. Era el momento de sacar conclusiones y respuestas para interrogar a los sospechosos.

Víctor fue el primero en llegar al edificio. Después llegó Joan, y más tarde, Lluís. Antes de entrar, Víctor se fijó en el estado de Joan. Había vuelto a beber otra vez. No estaba borracho, pero había tomado alguna copa. Lluís también se dio cuenta y hablaron con él:

—¿Has vuelto a beber? —dijo Víctor.

—Solo he tomado una copa. Dejadme un poco en paz. ¡Qué marcaje! —dijo Joan bastante airado.

—Toma. —Lluís lo agarró por el brazo, sacó un paquete de chicles y le dio uno. —Al menos, camufla el olor.

—Ya hablaremos en otro momento —Víctor no tenía la intención de discutir ahora. Al menos, Joan parecía sereno y quizás tenía razón cuando decía que solo había tomado una copa. Pero él sabía que era un tema que iban a tratar y solucionar dentro de muy poco tiempo. Ni él ni Lluís podían seguir mirando hacia otro lado.

Joan avanzó con paso decidido y sin decir ninguna palabra más. Él y Lluís lo siguieron hasta el interior de las instalaciones. Luego, entraron en el despacho del supervisor de la científica. Los tres saludaron y se sentaron. El agente les entregó un dosier con varias hojas dentro y les indicó que la comisión judicial ya tenía una copia.

—Empecemos por el santuario.

Joan negó con la cabeza.

—Prefiero los resultados del hacha y del teléfono. Son más importantes y concluyentes. —El supervisor torció el rostro ante la interrupción, pero hizo caso a los deseos del inspector.

—En el mango del hacha hay huellas de Tony, y la sangre del filo pertenece a Paco, el padre de Marina. —Víctor sonrió para sus adentros mientras el técnico seguía la exposición—: El resto de las herramientas estaban limpias. En cuanto al teléfono, hay una sorpresa.

—¿Cuál? —inquirió Víctor interrumpiendo al técnico.

—Hay huellas de Marina y de Joan, claro.

—¿¿Marina?? —dijeron los tres al unísono e interrumpiendo de nuevo la exposición.

—Si me dejan, sigo. Lo más sorprendente viene en el registro de llamadas —dijo el técnico con un evidente tono de reproche.

Víctor cogió el informe y fue directamente a la página 10. Allí había un listado de números de teléfono y en rojo había una coincidencia.

—Es el número del dueño del bar.

—¿Quiere decir que Marina llamó a Mario? —preguntó Lluís.

—Es factible. —El técnico asintió, y los tres se sumaron en un silencio sepulcral—. Más cosas…

—¿Sobre?

—El escenario principal. —Joan asintió para que el científico siguiera su exposición—. Dos muertos por balas de la policía. —Después fue repasando la lista de los heridos, la sangre hallada en el santuario y, por último, se detuvo en el análisis de la bebida del cáliz. Contenía escopolamina, como era evidente.

—¿Tiene mis análisis?

—Sí, inspector. También hay restos de la droga. —Por los gestos de Joan, algo le extrañó, pero no expresó las dudas en voz alta.

—¿Y los de Marina? —dijo Lluís.

—Aún estamos en ello.

—¿Qué hay de las otras dos chicas? —dijo Joan en referencia a las jóvenes que se suicidaron en la fábrica.

—El ADN del semen hallado en la vagina concuerda con un sospechoso: Patrick. —«¡Qué asco!», pensó Víctor ante tal revelación.

Terminaron de tratar los detalles de otras zonas de la mansión, como el sótano, pero no había nada más relevante. Los tres, una vez informados de los resultados, se levantaron y regresaron a la comisaría. Durante el camino, Joan interrogó a Lluís sobre los análisis de sangre. Víctor conducía el vehículo, pero permaneció atento.

—¿Qué ha pasado con mis análisis?

Lluís no contestó, pero su mirada lo delataba.

—¿Estás loco? Te pueden empapelar y arruinar el caso —dijo Víctor.

—No investigarán unos análisis donde aparecen unos resultados obvios.

—¿Y el doctor? —dijo Joan.

—Un favor. No tiene que declarar en el juicio.

—Te agradezco mucho la ayuda, pero sé cuidarme solito —dijo Joan de mala gana.

Lluís asintió contrariado, pero esta vez no discutió con Joan. Para

sorpresa de Víctor, cambió de tema radicalmente:

—¿Has recordado algo más de la conversación con Marina? —cuestionó Lluís.

—Sí. Ahora estoy casi seguro.

—¿De qué? —dijo Víctor sin entender nada. Joan le contó cómo había informado de su tapadera a Marina.

—Fue una imprudencia, lo sé. Pero en ese momento ella necesitaba mi ayuda. Ahora ya no estoy tan convencido.

—¿Por qué?

—Cuando salí de allí, terminé en la enfermería al cabo de una o dos horas, no lo recuerdo bien. Y entonces me golpearon por detrás.

—¿Crees que ella alertó a Joseph?

—Es posible. ¿Cómo supieron que yo iba a ayudar a Lluís? La duda es si bajo los efectos del síndrome de Estocolmo, de la droga o por su propia voluntad. —La duda planeó en el ambiente, pero entonces Joan recordó otra escena—: Antes, perdí la medalla de iniciación en el despacho de Joseph. Fue unos minutos, pero quizás la encontró.

—Otra posibilidad que descartaría la implicación de Marina. Lo descubriremos dentro de poco —dijo Víctor.

—¿Cómo llegaste a la enfermería? —dijo Lluís.

Joan se avergonzó.

—Bebiendo otra vez. Y creo que bebí más de una botella. —Agachó la cabeza y terminó confesando—: Por mi culpa, casi te matan, amigo —él hacía referencia a su estado de embriaguez y cómo no había podido suministrarle el antídoto.

Lluís se extrañó mucho.

—Entonces, si no fuiste tú, ¿quién me suministró el antídoto? ¿Estás seguro?

—Creo que sí. Aún hay fragmentos borrosos, pero creo que se cayó al suelo. ¡Maldita, sea! —dijo Joan para sí mismo. Se le veía frustrado por no poder recordar bien los sucesos.

Víctor no comentó nada más porque Lluís le dio un golpecito en el brazo.

—Vamos al despacho de la comisaria —dijo finalmente Víctor cuando estaban entrando en el aparcamiento de la comisaría.

Una vez informada de los últimos avances, decidieron el orden de los interrogatorios. Víctor empezaría con Patrick, luego iría Joan con Joseph y, por último, Lluís hablaría con Marina.

—Voy a llamar al despacho del juez. —Mònica cogió el teléfono y, poco después, puso el altavoz—. ¿Señoría? Estamos preparados para empezar.

Un policía llamó a la puerta. Era el subinspector que había

interrogado a Tony en el hospital.

—Ha aceptado el trato. Según él, fue Joseph quien le ordenó descuartizar a Paco. Pero ya estaba muerto.

—Su versión concuerda con el informe del forense. Y, según él, ¿quién lo mató? —dijo Víctor.

—Marina, bajo las órdenes de Joseph. Como otros muchos rituales.

—Así que todo apunta a él —dijo Lluís.

—Mi oficina redactará el acuerdo para que lo firme —dijo Bruno. El juez había autorizado el pacto. A cambio de la colaboración de Tony, que estaría en un módulo de menor seguridad, y algunos otros beneficios como el adelanto del tercer grado siempre que no se descubriera que él había sido el autor directo de algún asesinato.

—Necesito resolver otra cuestión urgente. Tony preparaba las dosis de escopolamina. ¿Puede asegurar si Marina tomó la bebida esa noche? —dijo Joan. Una vez realizada la pregunta, el subinspector se retiró apresuradamente para regresar al hospital.

—¿En qué estás pensando? —dijo Mònica.

—Lo sabremos dentro de poco, creo. Pero entre las lagunas de mi mente, las situaciones de estrés y…

—Hay algo que no te cuadra, ¿verdad? —dijo Lluís antes de que su amigo pudiera confesar el tema de la bebida. Víctor también creía que no era el momento.

—Sí: ella. Hay algo raro —añadió Joan.

—Quiero felicitarles por su gran trabajo. Han devuelto a muchos jóvenes con sus familias. Mi más sincera enhorabuena, aunque todavía queda trabajo por delante.

—Se lo agradecemos —dijo Mònica en nombre de todos.

—Estaré presente en los interrogatorios esta tarde. —El juez Izquierdo colgó la llamada, y, en ese preciso momento, el inspector Vázquez llamó a la puerta. Su actitud era bastante más dócil, ya que habían sido ellos los que habían resuelto el caso.

—Mi enhorabuena —dijo el inspector casi vomitando la frase. Su mirada mostraba una rabia interna que estaba intentando controlar con todas sus fuerzas.

—Gracias. Estaremos complacidos de que nos acompañe en los interrogatorios —dijo Mònica.

Vázquez asintió. Él y su equipo no habían conseguido pruebas para inculpar a los dos detenidos de la secta satánica ni habían encontrado al resto de los discípulos. Su ineficacia había quedado demostrada y había sido un fracaso total. En cambio, la operación de infiltración del inspector Molins había sido un éxito, aunque hubiera habido algunos fallos operativos.

Finalmente, los tres también abandonaron el despacho de la comisaria. Salieron a comer para reponer fuerzas, ya que la tarde iba a ser muy larga.

Víctor se despidió de ambos y se fue para su casa. Quería comer algo rápido y avisó a su mujer. Cuando llegó, sintió el aroma del pollo con almendras tan típico de ella. «Es una *crack*», pensó él. El humor de Romina había mejorado sustancialmente con los últimos acontecimientos. Su actitud y su rostro así lo demostraban cada vez que estaba junto a él.

—Esta tarde tengo el interrogatorio al líder de la organización.

—¡Qué buena noticia! Por fin eres el primero. Es tu gran oportunidad. Aunque odio que se haya presentado de esta manera.

Romina ya conocía los problemas de Joan con la bebida y ella creía que ahora Víctor podía demostrar sus dotes de mando delante de la comisaria para que, así, lo tuviera en una mayor consideración. Ella era muy ambiciosa, pero no deseaba ningún mal a Joan. Él, esta vez, opinaba parecido a ella. Aunque no quería quitarle el puesto a Joan, era una gran oportunidad.

—Lo sé. Estoy un poco nervioso.

—Lo vas a hacer fantásticamente. —Ella se sentó a su lado y le dio un beso en la mejilla.

—Me alegra ver que por fin has dejado a un lado la idea de pedir el traslado a otra comisaría.

—He estado un poco pesada con el tema. Apoyo tu decisión, y quizás sea acertada.

Romina no acostumbraba a ceder la razón en cualquier tema. Y esta pequeña victoria hinchaba el orgullo de Víctor. Terminó de comer el pollo a gran velocidad y se fue a su trabajo con el ánimo por las nubes.

A su regreso a la comisaría, Víctor se disponía a entrar en la sala de interrogatorios número uno. Dentro estaba sentado uno de los principales sospechosos, Patrick. También llamado el líder supremo, según los numerosos testigos. Él había estudiado detenidamente la ficha. Sobre todo, el accidente de tráfico de sus padres y las causas del incidente donde perdió la visión. Según este último informe, unas chispas le impactaron en los ojos mientras soldaba unas piezas de metal en la finca. Desde ese instante, aparte de su inmensa riqueza, recibía una prestación de incapacidad.

Víctor estaba muy nervioso ante el reto del interrogatorio. Había participado en muchos, pero, para él, siempre era como si fuera la primera vez. Además, este tenía una gran relevancia en el caso y tenía mucho público. Fuera, al otro lado del cristal, estaban sus amigos, la

comisaria, Vázquez y el juez Izquierdo.

—Has tenido una vida desgraciada. Primero, mueren tus padres en un accidente…

Patrick interrumpió bruscamente a Víctor, y él se inquietó en la silla.

—Mis padres fueron asesinados. —Además, la ceguera del detenido era perturbadora.

—En el atestado de la policía pone *accidente*, no *asesinato*.

—Eran unos putos borrachos que se estrellaron contra el coche de mis padres. Repito, para mí, no fue un accidente y me da igual lo que ponga en el informe. —Patrick sonrió cínicamente. Para Víctor era complicado centrarse en el interrogatorio mientras observaba los ojos en blanco de Patrick. Era un poco escalofriante.

Víctor se conformó con la respuesta y preguntó por el otro incidente:

—Luego, varios años más tarde, pierdes la visión. He leído las causas de tu accidente. Tuvo que ser muy duro. ¿De verdad fue soldando unas placas?

—Crea lo que quiera. Perdí parte de mi vida y le di sentido a otra.

Para Víctor no eran relevantes las verdaderas causas del accidente, así que avanzó con el interrogatorio:

—¿La parte de secuestrar a jóvenes?

—De ninguna manera. Yo captaba a jóvenes con problemas. Quería ayudarlos con mi sabiduría. Ellos me seguían y eran libres —dijo Patrick con una tranquilidad pasmosa.

—¿Qué conocimientos tenías de psicólogo?

—Ninguno, pero sabía escuchar muy bien. Fue una habilidad potenciada desde que perdí la visión.

—Cuéntame el funcionamiento y la estructura de la organización. Si es que se puede llamar así…

—¿Organización? —Patrick estalló en carcajadas—. Grupo espiritual. Ya le he dicho que eran libres de irse si querían.

—Claro, claro. Sigue —dijo Víctor sin creerse una palabra.

—Tenía tres estructuras. En la cabeza estábamos Joseph, Tony y yo. En el segundo escalón, los sacerdotes, porque eran los chicos con más experiencia y podían tutelar al resto, ubicados en el tercer escalafón. A mí me gustaba llamar al grupo Las Tres Celdas.

—¿Tres celdas?

—Sí. Como la cabeza de cerbero, o más conocido como el monstruo de las tres cabezas. En la mitología, era el guardián del inframundo.

—¿Así que tú eras uno de los guardianes del infierno?

Patrick asintió.

—Más o menos. Protegía a los muchachos del mal camino.

Víctor estaba alucinando con aquella sarta de mentiras.

—Curiosa manera de protegerlos. ¿Qué pedías a cambio a esos muchachos?

—Nada. Ayudarlos a salir del pozo era suficiente recompensa. Purificar sus almas era otra de mis misiones. Así se salvaban del fuego.

—¿Por qué debían ser iguales físicamente?

—Me recordaban a los cabrones que mataron a mis padres. Así era más fácil corregirlos. —Aunque estuviera hablando de un tema tan sensible como la muerte de sus padres, el detenido seguía manteniendo la misma actitud de tranquilidad. Era un tempano de hielo.

—¿Con palizas?

—A veces hace falta castigar para aprender.

Víctor estaba incrédulo, pero cada vez se sentía más cómodo en el interrogatorio. Estaba dominando la situación. Por lo que deducía, Patrick utilizaba a los jóvenes con un parecido físico a los responsables del accidente de tráfico para infligirles dolor. Como no había localizado a los verdaderos, se desfogaba con otros.

—¿Cuándo conociste a Joseph?

—Fue uno de los jóvenes a los que ayudé en mi santuario. Había escapado del orfanato. Algo me llamó la atención y decidí adoptarlo. Fue el destino.

—¿La atención físicamente? ¿Abusó de él?

—No. Qué va. —Patrick no se inmutó por la acusación, siguió tranquilo, frío como el hielo—. Nunca he abusado de ninguno de los jóvenes que he tenido a mi cargo.

—¿Está seguro? —Víctor abrió una carpeta y sacó una hoja—. Le voy a leer el contenido: «Positivo en la muestra de ADN». ¿Sabe de dónde hemos extraído esta muestra? De la vagina de una de sus chicas predilectas. ¿Llegó allí por accidente? —Víctor clavó la mirada en los ojos blancos y vacíos de Patrick, pero esa visión le perturbó otra vez y miró en otra dirección.

—Yo no quería. A veces, era superior a mí. Me dominaba esa parte mía. No forzaba a las chicas, Joseph era mucho peor.

—Los testigos no cuentan la misma versión.

—Yo intentaba siempre proteger a los jóvenes de Joseph. Se convirtió en un monstruo.

—Él solo aprendió del maestro. Usted creó al monstruo. —El silencio se impuso en la sala durante unos segundos, y luego, Víctor formuló la siguiente pregunta—: ¿Perdió el control sobre él?

¿Cuándo?

—A la mayoría de edad. Era muy ambicioso. Y quería más y más poder. Yo molestaba, y empezó a hacer cosas por su cuenta. Más aún cuando perdí la visión.

—¿Como cuáles?

—Abusar de los chicos y de las chicas. Indistintamente, le daba igual. Organizaba juegos, torturaba solo para obtener placer.

—¿Y usted no tuvo nada que ver? ¿Quién lo educó así?

—No. Fui severo en su educación, pero nada más. —El detenido seguía negando las evidencias una detrás de otra. «Si fuera Pinocho, la nariz ya no le cabría en la sala».

—Usted era el máximo responsable y ahora quiere excusarse en su pérdida de visión para culpar a su hijo adoptivo.

—¡No es verdad! —por primera vez, Patrick mostró cierta crispación, aunque enseguida volvió a su posición original, fría y calculadora—. Esa chica le envenenó la cabeza contra mí. Antes no era así conmigo —dijo ya más tranquilo.

—¿Quién? ¿Marina?

—Sí, su tonto enamoramiento tiró todo por la borda. Era absurdo. Ella lo controlaba, y él seguía sus órdenes. Allí perdí el control.

—Si estaba secuestrada por ustedes, ¿cómo iba a controlar a Joseph? Se está inventando una historia para salir indemne, pero no le servirá para nada.

—Esa niñata no era ninguna santa. Tenía un propósito y lo consiguió. Y veo que también los tiene engañados a ustedes. Ingenuos.

—¿Cuál?

—Matar a su padre.

Víctor se rio de la respuesta de Patrick.

—Eso no puede ser. Ella fue captada por Joseph en el bar y luego fue secuestrada.

—No, inspector. Esa es la historia que quiere hacerles creer a todos. Ella hizo un trato conmigo. Me pidió que ordenara a Joseph drogar a Paco para asesinarlo.

—¿Tiene pruebas de esta barbaridad?

—Mire los análisis. No tendrá ni una gota de la burundanga.

—Eso no prueba nada. La escopolamina se mantiene pocas horas en el organismo.

Víctor ya tenía suficiente y se levantó con la duda planeando en la cabeza. Aunque no quería creer a Patrick, la historia era inquietante. Detrás del cristal, estaban todos pensando en lo mismo. «¿Y si Patrick tenía razón? Aunque este también había mentido sobre la violación y el resto de los hechos…».

—¿Qué os parece? —dijo Mònica devolviendo a Víctor a la realidad.

—El tipo este también violó a varones. Me lo contó mi compañero de habitación. Ha mentido descaradamente.

—Sí, pero no conseguiremos ningún testigo varón. No van a admitir un hecho tan traumático como ese —dijo Mònica.

—Cada vez tengo más dudas sobre Marina. No lo sé. ¿Tenemos esos análisis de orina? —preguntó Joan.

—No, voy a pedirlos con urgencia. Según me comentaron, ella estaba muy nerviosa y costó más tiempo —respondió la comisaria.

—Hablaré con el responsable. No tardarán —dijo Bruno imponiendo su autoridad. Si alguien podía acelerar los resultados, este era un juez.

—Cuando descubrí los informes de urgencias, hablé con el doctor que atendió a Marina. Me dijo que era posible confundir un intento de agresión con la menorragia —dijo Víctor.

—Debemos seguir las pruebas y nuestro instinto —afirmó Lluís.

—La chica está vigilada en el hospital. Vamos a aclarar esto —propuso Mònica.

—Me toca a mí —dijo Joan.

Capítulo 24

El policía estaba asegurando las cadenas del pie de Joseph mientras Joan estaba delante del cristal observando al detenido. Allí dentro parecía un insignificante muchacho, pero dentro de él guardaba a todo un sociópata. Así lo había descrito el psicólogo en la visita del día anterior. Joan también había investigado los orígenes de Joseph. Habían encontrado el informe en un polvoriento almacén de un antiguo registro de adopciones. Con los datos bien estudiados, Joan entró con decisión en la sala.

Cuando Joseph vio a Joan, él ni se inmutó.

—¿No te sorprendes de verme aquí? —Joan dejó caer las carpetas encima de la mesa.

—Lo sospechaba y ahora tengo la confirmación. Un puto poli de mierda. Lástima que no acabara contigo cuando tuve la oportunidad.

—¡Vaya recibimiento! Sí, señor. Me gustan los tipos duros como tú. —Joan aplaudió en la cara de Joseph para provocarle, y este se puso más tenso. Entre las páginas del informe del psicólogo, destacaba una idea: «Es muy impulsivo y no soporta las provocaciones»—. Ahora la tengo yo para terminar contigo. Te vas a pudrir muchos años en prisión, pero tengo una buena noticia. Una última oportunidad.

—¿Me vas a ofrecer un trato? Ya te lo puedes meter por donde te quepa. Pierdes el tiempo. —Joseph intentó escupirle en la cara, pero él fue más rápido y esquivó el escupitajo.

Joan siguió con sus planes sin hacer caso a los insultos de Joseph.

—¿Seguro? Si colaboras, puedo pedir cierta indulgencia al juez. Mejores condiciones y un módulo con más seguridad. Ya sabes lo que les pasa a los violadores de chicas y, más aún, de chicos, ¿no?

—No tengo ganas de hablar. Quizás me divierta conociendo otros juegos… —dijo Joseph con una sonrisa burlona.

—Para maricones como tú, el recibimiento es muy hostil.

Joseph se puso aún más tenso, pero no cedió.

—Quiero probar suerte.

Viendo la respuesta, Joan cambió la estrategia. Probó la segunda opción:

—¡Qué lástima! Vas a pagar tú solito por todos los delitos mientras Patrick y Marina se van a ir de rositas. ¡Libres! —Joan se levantó de la

silla, y, cuando estaba abriendo la puerta, Joseph reaccionó:

—¡Espera! ¿Cómo que libres? ¡¡Son igual de culpables que yo!! —Joseph estaba rojo como un tomate y con la vena del cuello a punto de estallar.

—Es posible, pero, sin pruebas o testimonios, será imposible. Ellos han dado su versión. ¿Has cambiado de opinión? —preguntó Joan acercándose de nuevo al detenido.

Joseph tenía una batalla interna. Por un lado, le daba náuseas colaborar con la policía, pero dejar en libertad a esos dos individuos y cargar él con todas las culpas le provocaba más rabia. El odio y la venganza eran más fuertes, y Joan lo notaba. Había entrado en su juego, y ahora dirigía la partida.

—¿A cambio de que cuente todo? —Joseph hizo una pausa—. ¿Y estás preparado para creerme, inspector?

Joan no supo cómo interpretar esa última pregunta. «¿Qué esconde realmente el detenido?». Pero él decidió retarlo.

—Pruébalo. Empieza por el principio. ¿Qué edad tenías cuando murieron tus padres?

—Era pequeño. Tenía unos diez años.

—¿Y cuando apareció Patrick en tu vida?

—Catorce años. Había escapado del orfanato y no tenía ningún sitio adonde ir. Patrick me recogió en la calle y me ayudó. Después, me adoptó.

—¡Qué curioso! ¡Cuánta bondad! —Joan hizo una breve pausa—. No hemos encontrado registros de la muerte de tus padres. ¿Sabes lo que pasó?

—No quiero recordar esa época. Fue muy dura. Además, ¿qué te importa a ti?

Joan asintió y en todo momento observaba la reacción de Joseph. Las venas del cuello se hinchaban cuando tocaban algún tema muy delicado. Y su infancia era uno de ellos.

Joan se quiso interesar por los inicios de la relación padre e hijo.

—¿Qué aprendiste con Patrick?

—A controlar mis impulsos y respetar unas normas. En el orfanato acostumbraba a robar a los compañeros.

—Con pocos resultados, por lo que veo. —Joseph volvió a ponerse tenso, pero Joan no se inmutó—. Antes de perder la vista, ¿Patrick ya captaba a jóvenes?

—Sí. Desde el principio. Para castigar a los responsables del accidente de sus padres y también para satisfacer sus impulsos sexuales. Sus demonios internos, así lo comenta él. Eso también lo aprendí de él. —Otra sonrisa irónica siguió a la respuesta.

—Él nos ha contado otra versión. Según él, cuando perdió la visión, te descontrolaste y empezaste a abusar de los jóvenes a los que él ayudaba desinteresadamente.

Joseph estalló en carcajadas y las cadenas sonaron con estruendo cuando movió los brazos.

—¡Viejo malnacido! Él me pegó varias palizas hasta que no tuve más remedio que obedecer o morir. Cuando obedecí, las palizas terminaron. Entonces él tuvo el accidente, y yo tuve que seguir sus pasos.

—¿Cuántos chicos y chicas?

—Perdí la cuenta hace tiempo. Setenta u ochenta. O quizás más. —La cifra de abusos causó náuseas en el inspector. No se esperaba una cifra tan abultada. «¿Dónde estaban esas víctimas? Seguramente habían terminado por el mal camino»—. Cuando ya no servían o morían, los abandonábamos por ahí y cogíamos a otros. Desechos sociales, pero yo perfeccioné el método y empecé a elegir otro tipo de jóvenes en los tugurios de la ciudad. El riesgo me ponía cachondo. Lástima que no te puse la mano encima —dijo Joseph mientras deslizaba la lengua por la comisura del labio en un vago intento de coquetear. A Joan únicamente le despertó un sentimiento de asco.

—¿Conoces a estos dos individuos? —dijo Joan mientras mostraba las fotografías de Ricard Matas y Jaume Llorens, los líderes de la secta satánica Las Llaves del Mal.

Joseph asintió.

—Eran los pringados de la secta esa. Mataban a animales, ¡qué absurdo!

—¿Qué hiciste?

—Os llevé hasta ellos para poder escapar. Copié los símbolos que utilizaban para marcar a los animales. Eran inofensivos.

Joan confirmaba que todo era un burdo montaje para inculpar a esos dos inocentes. Aunque tenían una devoción por Satán, no habían hecho nada. Entonces él se interesó por los inicios de la relación con Marina.

—¿Cómo conociste a Marina?

—En La Palometa, uno de los locales donde captaba a los jóvenes. Con ella, fue distinto. Me enamoré, y ella me salvó. —Esta fue la primera vez que mostró algún sentimiento. Afloró el lado más sensible, más vulnerable. Pero solo fue un instante—. Terminé con los abusos sexuales. Pero casi pongo todo en riesgo. Luego, entre ella y Patrick me manipularon.

Un policía llamó a la puerta y reclamó su atención. Joan se disculpó y salió un momento.

—He hablado con Tony. Marina se quedó a solas con Joseph y no puede confirmar si bebió del cáliz con la droga. —Joan asintió, agradeció el trabajo al agente y regresó con Joseph.

—El día de la muerte de Paco. ¿Qué sucedió?

—Patrick me ordenó capturarlo. Estaba haciendo demasiadas preguntas. Cuando lo hice, lo drogamos y lo preparamos para el ritual.

—¿Tony no hacía este tipo de trabajos?

—Demasiado torpe. Yo era más sutil.

—¿Quién drogó a Marina?

—Nadie. Ella no bebió del cáliz.

Joan se quedó atónito con la seguridad de la respuesta.

—¿Estás seguro?

—Al cien por cien. En ese momento, pensé que sí, pero sus reacciones... La burundanga causa unos síntomas muy evidentes, ¿sabe, inspector? —Joseph se tomó un respiro y luego siguió—: Más tarde, Patrick me ordenó que fuera ella quien matara a Paco.

—¿No lo quisiste impedir?

—¡¡Claro que sí!! —La vena del cuello volvió a hincharse—. Estaba enamorado de ella y no podía permitirlo, pero tampoco podía desobedecer una orden de mi padre. Podía ser muy persuasivo, y ya conocía las consecuencias. Además, tenía a Tony como su perrito faldero.

—Así que preparaste a Marina.

—Sí, y ella apuñaló a su padre. Fin de la historia. —Joseph bajó la cabeza en señal de arrepentimiento. Antes, cuando habló de los abusos, no había tenido una reacción semejante. El corazón estaba hablando por él y aún sentía algo por la chica.

—¿Cuándo empezaste a dudar de Marina?

—Al principio pensaba que ella no era consciente, pero era una maldita farsa. Ella me confesó que era la confidente. Ella misma me había avisado de la presencia de su padre en el bar.

—¿Fue la noche del suicido de esas dos chicas?

—Tú estuviste allí… —Joseph abrió los ojos como si hubiera descubierto la verdad absoluta.

Joan no confirmó la hipótesis de Joseph. Además, cuando subió al tejado, Joan estaba de espaldas.

—Ellas vieron tu rostro en la puerta, se asustaron y saltaron. Provocaste su muerte.

—Y la de otras. No soy un santo, inspector. Pero no voy a cargar con la muerte de Paco. No soy el responsable.

Joan sacó una bolsa de pruebas con un móvil dentro y la puso delante del detenido.

—¿Es tuyo?

Joseph cogió la bolsa y examinó el teléfono.

—Es posible.

—¿Sí o no? ¡No me hagas perder el tiempo! —dijo Joan elevando el tono de la voz.

—Sí. Es mío. Estaba en mi despacho. —Joseph dejó caer el móvil encima de la mesa, y Joan cogió la bolsa.

—¿Marina conocía su existencia?

—Sí. Le conté que era el modo para comunicarme con el exterior.

—Había varias llamadas y mensajes al número del dueño del bar La Palometa, Mario.

—¿Mensajes? —Joseph negó con la cabeza varias veces—. Yo solo llamaba. Nunca envié un mensaje. No me gustan. —Entonces tanto Joan como Joseph cayeron en la cuenta—: Lo utilizó ella, ¿verdad? Así conseguía los chivatazos.

Joan no confirmó las sospechas de Joseph.

—¿Este mensaje es tuyo?

—No. ¡No! —Joseph estaba perdiendo la paciencia—. Ya se lo he dicho, inspector: ¡yo nunca enviaba mensajes! —Ante el intento de levantarse, las cadenas emitieron un nuevo ruido—. Odio escribir por el móvil. Prefiero hablar. Así no se dejan rastros indeseables.

Joan se tomó un respiro mientras abría otra bolsa. Volcó una medalla de iniciación encima de la mesa y, después, continuó con otra pregunta sobre los dos últimos días:

—¿Te suena?

Joseph examinó el objeto y contestó:

—Es la medalla de iniciación. Todos los jóvenes tenían una. Incluido tú. —Joseph sonrió.

—Mantuviste una conversación con Patrick y Tony el último día, en tu despacho. Habíais capturado al subinspector Montes.

—¿Cómo conoces el contenido de la conversación? —por primera vez, Joseph se puso un poco nervioso y desapareció la sonrisa de su boca.

—Tú solo contesta. Las preguntas solo las hago yo. Patrick se fue, luego Tony y después tú. Al cabo de unos minutos, regresaste al despacho.

—No. No volví. Estuve fuera un par de horas.

—¿Dónde fuiste?

—A Manresa. Para arreglar unos trámites en el Ayuntamiento. —Joan, inmediatamente, se giró hacia el cristal e hizo una señal. Víctor o Lluís debían comprobar si esa coartada era cierta. Joan también aprovechó para hacer un pequeño descanso.

A su regreso, aún estaban comprobando la coartada de Joseph, pero siguió el hilo del interrogatorio.

—¿Qué hiciste cuando volviste de Manresa?

—Fui a ver a Marina. Quería saber los motivos del engaño. Estaba muy dolido. Entonces vi la sangre y le pregunté por ella. Y ella dijo que había sido Patrick. Otro de sus engaños, pero en ese momento la creí otra vez. —Joseph giró la cabeza varias veces.

—¿Por qué otro engaño?

—Patrick había estado ocupado con otra chica. Tony me lo confirmó más tarde. Muchas veces era su acompañante en las juergas sexuales del viejo. Se quedaba vigilando fuera.

Víctor picó a la puerta, y él volvió a salir.

—Joseph fue visto en el ayuntamiento. Hay una cámara de seguridad.

—Me lo temía.

Joan regresó otra vez dentro.

—Bien. Tu coartada es cierta. ¿Cómo supiste que yo estaba infiltrado?

—Otra vez ella. Me lo contó, y yo aún no sabía la mentira del abuso del viejo. La creí. Te encontré en la enfermería y te golpeé en la cabeza.

Esa prueba era fundamental. Con la coartada de Joseph en Manresa, nadie más tenía conocimiento de la infiltración de Joan excepto Marina. Los había engañado a todos.

—¿Y luego?

—Escuché una conversación entre Patrick y ella. Y yo enfurecí. La puta zorra había organizado todo. —Joseph no podía controlar la rabia en su interior, y eso era perfecto para el objetivo de Joan.

—¿Por qué?

—Y yo qué sé. Era una puta psicópata. Estaba mal de la azotea.

—¿Igualita que tú? Qué paradoja… —Joan soltó varias carcajadas.

—Exacto. Luego, te drogué para que mataras al otro poli. Así mataba dos pájaros de un tiro. Y después me encargaría de la zorra esa.

—Pero no contabas con que Lluís se levantaría y vendría la policía.

—No. La muy puta me distrajo de mis funciones, y por eso me pillasteis. ¡Maldito amor! —Joseph pegó un puñetazo en la mesa.

—¿Ella suministró el antídoto al subinspector Montes?

—¿Quién si no? Solo podía ser ella, pero no entiendo de dónde lo sacó.

—Era mío —dijo Joan con una sonrisa.

Joan, llegado a ese punto, ya tenía suficiente información. Se

levantó, le lanzó otra mirada despectiva y se fue. Aunque Joseph hubiera sido manipulado por Marina, seguía siendo un sociópata y no le despertaba ninguna simpatía.

Víctor, Lluís, el inspector Vázquez, el juez Izquierdo y la comisaria estaban allí fuera. Habían pasado más de tres horas de interrogatorio, y estaba bastante cansado. Más aún lo estaba Joseph. Pero cuando lo observaba a través del cristal, parecía aliviado. Se había quitado un peso de encima.

—Parece ser que me engañaron muy bien. Lo reconozco —dijo Vázquez en referencia a la desvinculación de la secta satánica con el caso.

—Todos hemos sido manipulados en este caso —dijo Mònica muy humildemente.

—¿Dice la verdad o le han tendido una trampa a Marina? —dijo Lluís.

—Dice la verdad, pero lo confirmaremos dentro de muy poco. Hay que ir al hospital —dijo Joan.

—Id vosotros dos —dijo Mònica apuntando a Lluís y Joan. El juez estuvo de acuerdo, y ambos salieron disparados hacia allí.

En el camino al hospital, Joan recibió una llamada. Era Víctor.

—Marina ha escapado. Ha burlado la vigilancia y ha desaparecido.

—¡¡Maldita sea!! —dijo Joan mientras hacía una señal a su amigo.

Lluís frenó en seco.

—¿Qué sucede?

—La chica ha escapado del hospital, pero sé adónde se dirige. Quiere culminar la venganza con la persona que lo sabía todo y no hizo nada para evitarlo.

—¿Su madre?

—Exacto. ¡¡Corre!!

Lluís puso las sirenas al coche y aceleró de nuevo en dirección a las afueras de la ciudad.

Diez minutos más tarde, llegaron al bloque de pisos donde vivía Anna, la madre de Marina.

Los dos se acercaron sigilosamente a la puerta y escucharon el sonido de unas voces. Una de ellas parecía Marina. En ese instante, estaba recriminando algo a su madre. Anna estaba muy asustada y nerviosa. Se disculpaba con su hija entre sollozos.

Lluís miró a Joan y ambos decidieron intervenir. Forzó la cerradura y accedieron al interior sigilosamente, con las armas en alto. Marina estaba de espaldas a la puerta, pero cuando Anna vio a los inspectores, hizo una mueca que alertó a Marina. Entonces ella agarró a su madre y le puso un cuchillo en el cuello.

—¡Atrás o la mato! ¡¡Fuera!! Este asunto es privado. ¡¡No os metáis!! —dijo Marina enrabietada.

—No, ya no lo es. Sabemos lo que hiciste. Hay que terminar con esto —dijo Joan mientras sujetaba la pistola con alguna dificultad. Los temblores regresaron en el peor momento.

—Tú mataste a tu padre. ¡Dios mío! —Anna estaba en estado de *shock*—. No actué bien, lo sé. Pero escucha a los policías. No hagas ninguna tontería. Por favor, cariño.

—¡No! ¡No me llames así! ¡¡Nunca más seré tu hija!! —Marina estaba muy alterada y balanceaba el cuerpo continuamente—. Aún no ha terminado. Tienes que sufrir las consecuencias de tus actos. ¡¡Me dejaste sola con ese monstruo!!

—¿Y de qué servirá? —dijo Joan.

—Para tener paz.

—Suéltala ahora. No tienes escapatoria —dijo Lluís. Y él avanzó un par de pasos. Joan quiso evitarlo para no acosar más a Marina, pero fue demasiado tarde. Él ya tenía suficiente con intentar enfocar el objetivo y controlar los temblores en la mano.

Ella, acorralada contra la pared y sin escapatoria, clavó la punta del cuchillo en la yugular de su madre. Ese movimiento puso al descubierto parte del cuerpo de Marina. Lluís efectuó un disparo, y Joan, un segundo más tarde, otro. El primero impactó en el hombro de la misma mano donde la chica tenía agarrado el cuchillo, y el segundo, mucho más desviado, en el estómago. Seguidamente, ambas se desplomaron al suelo.

«Estaba apuntando en el brazo…». Joan quedó impactado y soltó el arma mientras Lluís corría a taponar la herida del cuello de la madre. Lluís gritaba a Joan, pero este no lo escuchaba. La habitación daba vueltas, y él cayó al suelo de rodillas. Entonces, cuando Lluís hubo controlado la hemorragia del cuello, se levantó y agarró a Joan por las axilas. Le dio un par de bofetadas mientras lo sacudía con fuerza, y Joan finalmente reaccionó y volvió en sí. Vio el desastre que había provocado y corrió hacia Marina para taponar la grave herida del estómago. Lluís pidió dos ambulancias rápidamente. La herida del hombro no era grave, pero la de encima del estómago había perforado alguna arteria, porque salía demasiada sangre. Joan se quitó la camiseta y taponó la herida con fuerza. Quizás esos segundos en los que había actuado tarde eran la diferencia entre la vida y la muerte. Él estaba desolado y estaba actuando más por la adrenalina que por la razón. «¿Qué he hecho?».

Por suerte, las ambulancias llegaron muy rápido y pudieron estabilizar tanto a la madre como a Marina. Joan y Lluís, llenos de

sangre, subieron a los respectivos vehículos sanitarios y se dirigieron al hospital.

De camino, Joan llamó a la comisaría para informar del desenlace.

—Hemos llegado a tiempo. Están heridas, pero con vida.

—La comisaria dice que os quedéis allí para interrogar a Marina cuando despierte. El juez y ella quieren cerrar el caso ya —dijo Víctor.

Capítulo 25

Lluís llegó al hospital en la ambulancia que transportaba a Anna. Rápidamente, los médicos se fueron al quirófano para reparar la herida. Mientras esperaba, él y Joan se fueron al baño para quitarse las manchas de sangre. Como no fue posible, pidieron una ropa de recambio para estar más presentables.

Luego, se dirigieron a la sala de espera. Joan estaba derrumbado y con la cabeza baja mirando al suelo.

—Ha sido culpa mía. Soy un desastre de policía.

—Todo el mundo puede fallar un disparo.

—Yo no. Siempre he sido el mejor. —Joan suspiró—. Soy un puto alcohólico, tengo un grave problema. —Entonces Joan giró la cabeza y lo miró fijamente.

Lluís se dio cuenta de que ahora era el momento para ayudar a su amigo. Por fin, había admitido su problema.

—Nos tienes a mí y a Víctor para ayudarte, pero creo que debes ir a un centro especializado.

—Sí. No puedo seguir así. ¿Y si la hubiera matado? —dijo Joan siguiendo con su actitud autodestructiva.

Lluís se acercó a Joan para consolarlo.

—Pero no ha sido así. Está viva, y hemos resuelto el caso.

—No sé. El alcohol es mi perdición. Son tantas las ganas que tengo de beber… No me puedo resistir, amigo. Es superior a mí.

«¡Dios mío!», pensó Lluís. Él no sabía cómo no habían visto la situación de Joan antes de terminar así. Ellos también habían fallado como amigos y eso no se lo perdonaba.

—La ayuda te irá bien. Hablaremos con la comisaria discretamente y lo organizaremos todo. Estate tranquilo. Saldrás de esta y volverás a ser el policía de siempre.

En ese preciso momento, el cirujano salió a su encuentro para informarlos de la operación y dejaron la conversación.

—Ambas están bien. Marina ha sufrido una mayor pérdida de sangre, pero acaba de salir del quirófano. Está en la UCI y después subirá a planta.

—¿Puede recibir visitas?

—Aún no. Está sedada. Deben esperar un par de horas más para

que recobre la consciencia y se despierte. Entonces lo valoraremos.

Ambos asintieron y fueron a visitar a la madre, que estaba mucho mejor. La herida en el cuello había sido bastante superficial y no había llegado a perforar ninguna arteria. Joan picó a la puerta, y Lluís entró detrás.

—Él es el subinspector Montes, un compañero —dijo Joan.

—Señora, tenemos que saber todo lo que ocurrió.

—Mi hija entró con la llave de casa y me apuntó con el cuchillo.

Joan interrumpió a Anna:

—No. Eso no. En la adolescencia de Marina. Sobre los abusos. —La madre giró el cuerpo para darles la espalda momentáneamente.

—¿Es necesario?

—Me temo que sí.

Ella relató desde la primera visita al hospital hasta el día que tuvo la certeza del abuso, y luego, cuando su hija se fue de casa.

—Él me prometió que no lo volvería a hacer, pero era tarde. Según él, estaba enfermo.

—¿No pensó en denunciarlo? —dijo Joan.

—Al principio sí, pero no quería que mi hija pasara por eso. Intenté protegerla, a mi manera. No pude… —Y ella se echó a llorar mientras negaba con la cabeza.

—¿Cómo no se dio cuenta de los abusos antes? —dijo Lluís. Él estaba enfadado por no haber prestado más atención. Para él, la madre también era cómplice de los abusos.

—No lo sé. ¡¡No me recrimine más mi actitud!! —dijo ella muy alterada, y se negó a contestar más preguntas.

—Lluís, ya tiene suficiente carga en las espaldas. Dejémosla en paz —dijo Joan. Él agarró el hombro de su compañero, pero Lluís se soltó de inmediato.

Ambos salieron de la habitación.

—Te has pasado un poco. Está sufriendo, ¿no lo ves?

—¿Y lo que sufrió Marina? Su padre abusaba de ella, y ahora ella irá a prisión. ¿Qué clase de sistema es este? —dijo Lluís.

—Debería haber pedido ayuda. La venganza nunca es el camino.

—Acuérdate de estas palabras cuando te ocurra a ti algo parecido.

Lluís dejó a Joan con la palabra en la boca, se fue a tomar un café y salió a airearse un poco. Joan se quedó en la distancia sin decir nada más. Aunque Lluís sentía pena por su amigo, ahora mismo el enfado era mayor. Al cabo de una hora más, el mismo cirujano los avisó de que podían entrar para hablar con Marina. Ya era casi de día, y ninguno de los dos había dormido nada. El cansancio empezaba a hacer mella, y quería terminar con esto lo más rápido posible.

Marina estaba en la cama, con los ojos entreabiertos. Un importante vendaje cubría el hombro derecho y una vía salía del brazo. Los dos se presentaron y él empezó el interrogatorio:

—Conocemos los abusos de tu padre. ¿Por qué has atacado a tu madre? —dijo Lluís.

—Es obvio, ¿no?

—Sí, pero queremos oír tu versión.

—Ella tenía sospechas desde mucho antes de que yo me fuera de casa. Me tenía que haber protegido y no hizo nada. ¡¡Era una niña!! —Ella abrió los ojos y lo miró fijamente. La mirada de sufrimiento le penetró en el alma.

—Así es. Estabas a su cargo, y los padres deben cuidar a los hijos. Lo que hizo tu padre es una aberración y tendría que haber pagado por ello en la prisión. ¿Cuándo fue el primer abuso? —dijo Joan.

—A los 13 años fue el primer intento. Luego, vinieron varios más. Yo intentaba salir de casa y no coincidir con mi padre a solas.

—Tuvo que ser horroroso. ¿Cuándo se enteró tu madre?

—Unos años más tarde. Tuve el valor de contárselo, aunque mi padre me había amenazado si lo hacía. Vivía con tanto miedo.

—¿Cómo reaccionó tu madre? —dijo Joan.

—No me creyó. Eso me dolió mucho más que cualquier abuso. Hasta que me escapé con una amiga.

Lluís estaba consternado.

—¿Cuándo pensaste en el plan para matar a Paco? —dijo Lluís.

—La misma noche en que conocí a la familia de Joseph.

—Por familia, ¿te refieres a tus compañeros secuestrados? —dijo Lluís.

—¡No! Ellos tenían problemas. Patrick y Joseph los ayudaban.

—¿Cómo? ¿Abusando de ellos y con torturas? —dijo Joan.

—Joseph cambió cuando me conoció. Se convirtió en una buena persona.

Lluís no daba crédito a la explicación de Marina. Parecía más desesperada por inventarse una realidad paralela que por admitir la verdad. Joan aceptó peor las explicaciones, a tenor de la pregunta que formuló a continuación:

—Más manipulable, ¿verdad? Una chica que había sufrido abusos permitía el mismo sufrimiento para sus compañeros. ¿Dormías tranquila? Yo no podía… —dijo Joan. Lluís se incomodó con la manera de formular la última pregunta.

—No me dé sermones, inspector. Yo solo tenía un plan en la cabeza: vengarme de mi padre. Era mi único objetivo. Él estaba destrozado y desesperado por recuperarme. Era su juguete, y recibió

su merecido. ¿Qué clase de padre hace eso? —dijo Marina con cara de asco.

—¿Estuviste enamorada alguna vez de Joseph? —dijo Joan.

—No. Lo utilicé. —Joan no podía creer lo que estaba oyendo al ver sus airadas reacciones. Lluís hizo caso omiso. Era curioso que esta vez fuera él quien estuviera manteniendo la calma. Normalmente era al revés, pero el estado de alteración de Joan iba a más. «La bebida lo ha transformado en otra persona».

—¿Cómo lo hiciste? —dijo Lluís retomando el hilo de la historia.

—Puse unas migas de pan. Un rastro para mi padre que lo llevó al lugar donde Joseph lo capturó.

—¡Cuánta frialdad! ¿Por qué no lo entregaste a la policía? Eso hacen las personas normales… —dijo Joan.

—¿Y quién me hubiera creído? Habían pasado ya varios meses después del último intento de abuso. No tenía pruebas, y el único informe médico ponía que sufría de menorragia. ¿Usted me hubiera creído?

—Habría investigado, sí —dijo Joan muy convencido. Él tampoco tenía dudas de esa afirmación.

—Sigue, por favor —Lluís era más empático con la víctima. Entendía mejor que nadie el sufrimiento de Marina. De pequeño había sufrido una historia similar que le había tocado de cerca. No a él, pero sí a alguien muy cercano.

—Hice un trato con Patrick: podía ser suya si, a cambio, disponía de mi padre en mi ritual de iniciación.

—¿Cumpliste tu parte del trato? —dijo Lluís.

Marina asintió.

—Sí. Joseph no lo supo nunca. Pero Patrick quiso más.

—Alucinante —dijo Joan en voz baja. Este no podía seguir escuchando más y salió de la habitación. A Lluís le molestó mucho su actitud, pero prosiguió con las preguntas:

—Cuando Joan confesó su tapadera e intentó ayudarte, tú lo vendiste a Joseph. ¿Por qué?

—Tenía que recuperar su confianza para escapar. Estaría distraído con el ritual, y yo escaparía esa misma noche.

—Pero la policía irrumpió en el santuario y trastocó tus planes. Entonces, ¿por qué me ayudaste a mí?

—Si tu despertabas, generaría una mayor distracción y yo escaparía. Con la aparición de la policía, tuve que improvisar, pero Joseph me capturó. Ya sabía toda la verdad y estaba fuera de sí. El resto ya lo conocéis. —Él también estaba impactado por la frialdad de Marina. Contó todos los sucesos sin atisbo de ningún sentimiento. Por

desgracia, se había convertido en otra psicópata. Cuando había necesitado ayuda, nadie estuvo allí. En su opinión, la madre era casi más culpable que ella. Ambas tendrían su penitencia. La madre se sentiría culpable para el resto de su vida, y Marina, seguramente, iría a prisión o a un centro psiquiátrico de alta seguridad.

Lluís terminó el interrogatorio y luego salió de la habitación bastante abatido. Aún seguía muy enfadado con la actitud de Joan.

—¿A ti qué coño te pasa? —dijo Lluís muy enfadado.

—Ha manipulado a todo el mundo y ahora quería hacer lo mismo con nosotros. Lo tenía todo bien estudiado. Es fría y calculadora. No me parece ninguna víctima, la verdad. También es una psicópata, como Patrick.

Al escuchar la palabra *psicópata* en voz alta, Lluís enfureció.

—¿Cómo la has llamado? Retira estas palabras.

—¿O qué? Es lo que pienso.

—¿Y quieres saber lo que pienso de ti? Eres un puto borracho que no puede controlarse…

Joan no aguantó la ofensa y le pegó un puñetazo en la cara. Entonces él respondió y se enzarzaron en una pelea. Unos médicos acudieron allí y los intentaron separar.

—Por favor, inspectores. ¡Están en un hospital! Si quieren pelearse, allí tienen la calle.

Lluís se soltó del médico, lanzó una mirada fulminante a Joan y desapareció por la esquina del pasillo.

Joan regresó a la comisaría el mismo día por la tarde, con las duras palabras de Lluís revoloteando por su cabeza. Antes, había pasado un momento por casa para asearse y dormir un poco. Dentro de unos minutos, tenía un encuentro con la comisaria.

Los rumores de la pelea habían llegado a sus oídos y parecía muy enfadada. Él había tenido suficiente tiempo para analizar la situación y reconocía que se le había ido de las manos.

—Siéntate —Mònica no dijo nada más, y supuso que estaba esperando una explicación. Así que relató los acontecimientos en el hospital y la posterior pelea.

—Se me fue de las manos. No debí pegarle. Lo siento, señora.

—Eres uno de mis mejores inspectores, pero hace tiempo cruzaste la raya y esto debe terminar. Tienes que solucionar tus problemas con la bebida —esas fueron las primeras palabras de la comisaria. Concretas y directas. Ella no se andaba con rodeos.

—Lo admito, pero no estaba bebido en el hospital.

—Sí, lo sé. Pero ya es suficiente. Porque cuando haya otra situación estresante, volverás a recaer. ¡El comportamiento de dos

inspectores en el hospital fue lamentable! —el tono de la voz de Mònica fue subiendo gradualmente—. Me tuve que disculpar con el gerente, y me llamaron mis superiores. ¡¡No me queda otra alternativa!!

—¿Y qué va a hacer? —dijo Joan un poco asustado.

—La suspensión de empleo y sueldo de los dos durante un mes, una disculpa entre los dos y al hospital y el seguimiento de un tratamiento para resolver la adicción a la bebida. Ninguna de ellas es negociable —dijo Mònica cuando vio el intento de reacción de Joan.

—¿Me está apartando después de resolver el caso? —consiguió articular Joan.

—¿Qué esperabas? Estás al borde de la inhabilitación. Aunque, si no hubiera habido este enfrentamiento tan lamentable y tus problemas con el alcohol, ahora estaría felicitándote por el trabajo bien hecho.

Joan reflexionó durante unos instantes la propuesta y decidió aceptarla. Tampoco tenía otra opción, y enfrentarse a la comisaria traería peores consecuencias. Ella era una de sus firmes defensoras. De las pocas que tenía dentro del cuerpo ahora mismo. Los superiores pedían su cabeza, y ella le estaba ofreciendo una salida. Además, en el fondo, necesitaba ayuda urgente y lo sabía. «Van a ser unas pequeñas vacaciones», pensó él.

—De acuerdo. ¿Y los detenidos? ¿Qué delitos se les van a imputar? —dijo Joan cambiando de tema.

Mònica hizo una señal a Víctor, y él entró en el despacho. Lo saludó muy fríamente. Según había entendido, el juez Izquierdo estaba terminando la fase de investigación y ya había fecha para los juicios.

—Subinspector, ¿cuáles van a ser las acusaciones? —dijo Mònica.

—Patrick será acusado de abuso sexual, detención ilegal con agravantes, como son las drogas, y colaboración necesaria en un homicidio. Joseph también será acusado de detención ilegal, colaboración necesaria en un homicidio e instigación al suicidio. Será tratado por su sociopatía.

—¿Y los delitos sexuales?

—Por desgracia, no tenemos pruebas suficientes para incriminar a Joseph. No hemos encontrado ningún testigo fiable y no hay pruebas de ADN que lo incriminen —dijo Mònica.

—Marina —continuó Víctor— será imputada por homicidio en primer grado por la muerte de su padre. Estaba plenamente consciente en el momento del asesinato. Su madre ha decidido no interponer una denuncia, y, por lo tanto, no se le imputará ningún delito más. Y para Tony, hay los delitos de detención ilegal y colaboración necesaria en un homicidio y en varios abusos sexuales. Además, todos ellos, menos

Marina, serán acusados de pertenencia a una organización criminal y tráfico de drogas.

—La otra comisaría está terminando la investigación de algunos casos pendientes que pueden tener relación con ellos. Quizás se añadan más delitos a la lista si se encuentran más víctimas —dijo Mònica.

—Van a pasar muchos años en la prisión o en un centro de psiquiatría de alta seguridad.

—¿Patrick y Joseph serán imputados por el juez?

—Esa es la intención, aunque los abogados utilizaran la carta de la exención de responsabilidad penal.

—No van a volver a ver la luz del sol, sea en el lugar que sea —dijo Mònica.

—Se ha hecho justicia, y hemos podido devolver a algunos jóvenes a sus familias. —Víctor hizo una pausa para rebuscar unos papeles—. Aún estamos buscando víctimas de la organización. Hay decenas, pero Joseph y Tony están colaborando más que Patrick.

—Tony tendrá algún beneficio más en la cárcel. —Mònica realizó una pausa—. Hay otra cosa que quería comentar. No tiene que ver con el caso.

—¿De qué se trata? —dijo Joan. Por la reacción de la comisaria, se trataba de algún tema espinoso. «¿Qué otra sorpresa tendrá hoy?»

—Del excomisario David Camps. Ha sido localizado por la Interpol.

—¿Dónde? —dijo Víctor. Ambos estaban estupefactos.

—En Brasil. Al parecer, ha contactado con las cenizas de la organización de Los Inferno y está empezando a mover algunos hilos. La información aún es contradictoria.

—¿Y se le puede extraditar? —preguntó Joan.

—No es tan fácil con un país como Brasil. La policía no es la misma que aquí. Te iré informando, pero ahora recuerda el compromiso, Joan —dijo Mònica en referencia al tratamiento y al pacto que habían alcanzado unos minutos antes.

Joan asintió y acompañó a Víctor fuera. Allí, sentado en una silla, estaba Lluís. Se acercó y le pidió disculpas por el comportamiento en la declaración de Marina y su posterior reacción.

—El odio pudo más que la cordura. Lo siento, amigo —dijo Joan.

—¡Qué coño! Ven aquí. —Lluís cogió a Joan y le dio un fuerte abrazo—. Te vas a curar y vas a volver más fuerte, ¿me oyes?

—Seguro que sí. Nosotros guardaremos el fuerte —dijo Víctor, quien, finalmente, esbozó una sonrisa.

Joan agradeció las muestras de afecto, se despidió y se fue a casa. Antes de ingresar en el centro para tratar la adicción, quería hablar

con Laura. Le debía una buena explicación. Estaba muy nervioso porque no sabía cómo reaccionaría su pareja. Ella era ajena al problema con la bebida, pero, para su sorpresa, había un invitado en la casa. Era su antiguo compañero, Sergi.

—¿Qué haces aquí? —dijo Joan, sorprendido por la inesperada visita.

—He venido a verte. Quería saber si habías sobrevivido a esa panda de psicópatas. —Los dos estallaron en carcajadas y se sentaron.

—Aprovecharé ahora para hablar con los dos. Sergi ya lo sabe, pero tú no. —Laura, por la expresión en el rostro, se asustó un poco.

—No me asustes, cariño. —Ella tragó saliva, y él le cogió las manos.

—Quizás me debería ir —dijo Sergi. Pero Joan se lo impidió.

—Tú ya eres parte de la familia. Puedes quedarte. —Joan se giró hacia Laura y la miró a los ojos—. Estos últimos meses no he sido el Joan de siempre. Ya lo has visto. El trabajo me ha absorbido por completo y he estado muy nervioso y ausente.

—Sí. El estrés es muy malo, pero ahora te podrás tomar un pequeño descanso, ¿no? —Ella miró también a Sergi en busca de alguna respuesta.

Joan asintió.

—Sí, pero deberá ser lejos de casa. He tenido problemas con la bebida. De hecho, soy un adicto al alcohol —cuando él escuchó estas palabras, se dio cuenta de la dimensión del problema que no había sabido gestionar de ninguna manera.

La bomba impactó en el corazón de Laura, y ella reaccionó alejando las manos momentáneamente. Por su reacción, ella ya sospechaba alguna cosa.

—Me lo temía, pero no quería que fuera verdad. Algunas noches olías a alcohol y lo sospechaba. Quería hablar contigo, pero no encontraba nunca el momento. No sé…

—Empecé bebiendo más hasta que la necesidad de beber era continua. Podía beberme una botella entera y seguir. No podía y no puedo parar. —Joan bajó la cabeza y se avergonzó—. Tengo un problema, pero tiene solución.

—¡Dios mío! ¿Cómo no me he dado cuenta? —Ella hizo una pausa, entrelazó sus manos y respiró hondo—. También es culpa mía. Necesitabas más apoyo, y yo estuve ocupada con mi trabajo.

—Creo que no es culpa de nadie —dijo Sergi intentando hacer de intermediario entre los dos.

—Es cierto. Perdona si te he fallado, cariño. No he estado a la altura —dijo Joan.

Laura volvió a coger las manos de Joan.

—¡No! ¡Eso nunca! Deja esta carga a un lado. Es demasiado pesada para ti solo. No tienes que demostrar tus cualidades cada día. Descansa.

—Quiero ser el mejor, y eso a veces me pasa factura. Debo controlarlo.

—Así es. En este lugar te ayudarán. Son los mejores —dijo Sergi.

—¿Cuánto tiempo?

—El tiempo necesario para curarme y regresar como un toro —dijo Joan con una media sonrisa.

—Te voy a echar mucho de menos. ¿Cuándo tienes que irte?

—Mañana por la mañana. Pero esta noche soy todo tuyo —Joan le guiñó un ojo disimuladamente.

—Ahora sí os dejo, tortolitos. —Sergi se levantó con mucha dificultad, y Joan lo ayudó a llegar a la puerta.

—¿Te pido un taxi?

—No hace falta. Tú disfruta de tu pareja esta noche y olvídate de todo. Hazme caso por una vez.

—La comisaria te ha dicho…

—Sí, sí. Pero eso no es prioritario ahora mismo. Cuídate y después ya regresarás para salvar al mundo. —Sergi esbozó una sonrisa, se abrazó a Joan y él cerró la puerta.

Cuando se giró, su pareja lo estaba esperando en el sofá. Él se aproximó, la besó y ambos se quedaron abrazados durante una eternidad.

FIN







octavipina.com

Octavi Pina nació en la ciudad de Barcelona en junio de 1990. Estudió Ciencias Empresariales en la Universidad Pompeu Fabra y, aunque son mundos totalmente diferentes, su pasión por la lectura lo condujo a escribir su primera novela, Huida hacia adelante. Seguidamente a esta, publicó una segunda novela del mismo género, Turbulencias. Y ahora publica Almas durmientes, su tercera novela. Este tercer libro transcurre en los inicios como inspector del mismo protagonista.

Mantiene su apuesta de varios narradores para contar la misma historia porque se sintió muy cómodo utilizando esta fórmula en sus dos primeras obras.

Actualmente, se encuentra inmerso en la promoción de esta tercera obra, pero ya tiene en mente su cuarta novela. Esta tendrá a los

mismos protagonistas con un nuevo caso entre manos. La idea es escribir una serie de libros inspirados en el mismo personaje.